Islandia, revolución bajo el volcán

Xavier Moret

«*En este libro, a medio camino entre el libro de viajes y la crónica periodística, explico lo que ha pasado en Islandia desde el otoño de 2008, cuando el país sufrió una fuerte crisis financiera que llevó a la bancarrota a sus bancos y a muchos de sus ciudadanos a la ruina. El libro incluye entrevistas con personajes islandeses, como la ex presidenta Vigdís Finnbogadóttir, y un repaso de la ejemplar reacción de los ciudadanos indignados, que provocaron la dimisión del Gobierno y llevar a los tribunales a los responsables de la crisis*» (de la web del autor).

Xavier Moret

Islandia, revolución bajo el volcán

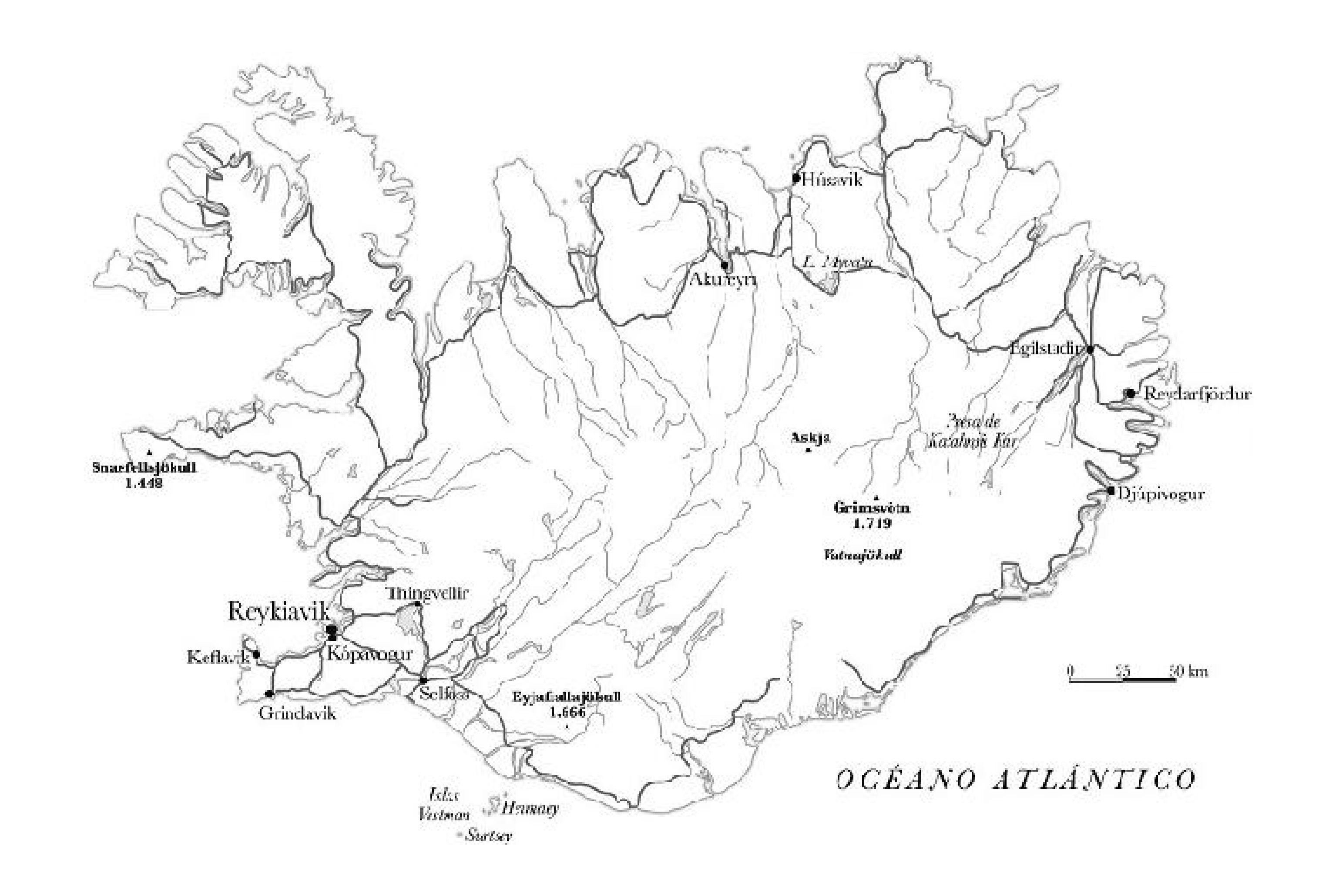
ePub r1.0
Raksha 27.11.13

Título original: *Islandia, revolución bajo el volcán*
Xavier Moret, 2011
Diseño de portada: Alba Editorial

Editor digital: Raksha
ePub base r1.0

«Mi opinión ha sido siempre esta:
nunca, mientras vivas, tienes que rendirte,
ni aunque te lo hayan robado todo.
Si no tienes nada más,
siempre podrás decir
que es tuyo el aire que respiras».

Gente independiente. Halldór Laxness



Húsavik
Akureyri
L. Myvatn
Egilstadir
Reydarfjördur
Presa de
Kárahnjúkar
Askja
Snaefellsjökull
1.448
Grimsvötn
1.719
Djúpivogur
Vatnajökull
Thingvellir
Reykiavik
Kópavogur
Keflavik
Selfoss
Grindavik
Eyjafjallajökull
1.666
0
25
50 km
OCÉANO ATLÁNTICO
Islas
Vestman
Heimaey
Surtsey

Prologo

La revolución silenciada

Me enamoré de Islandia en mi primer viaje a este país nórdico, a esta isla remota que a menudo los cartógrafos olvidan incluir en los mapas de Europa. Era el verano de 2001 y me quedé extasiado ante los espectaculares paisajes volcánicos, la luz cálida y sesgada, la vitalidad de Reykiavik y la amabilidad de sus gentes. Fue tan fuerte la impresión que incluso escribí un libro, *La isla secreta*, en el que quise contar cómo había sido la historia y cómo eran las gentes que habitaban esta isla asediada por el frío que se concedía en verano un glorioso paréntesis en el que reinaba el sol de medianoche.

He regresado varias veces a Islandia después de aquella primera visita, y en cada ocasión he ido conociendo nuevos aspectos de este sorprendente país. Tuve la tentación de actualizar *La isla secreta* con notas a pie de página y nuevos capítulos[1], pero los acontecimientos vividos de un modo acelerado en los últimos años terminaron por convencerme de que Islandia merecía un nuevo libro, una obra que explicara los cambios sufridos por la sociedad islandesa desde que la gran crisis financiera hundió al país en la bancarrota en octubre de 2008. Lo sucedido entonces fue dramático: en tan sólo unos días, un país que gozaba según los expertos de las mejores perspectivas de crecimiento; habitado, según decían, por la gente más feliz del mundo,

pasó a ser una nación tocada y casi hundida por la crisis económica. Es evidente que hay un antes y un después respecto a esta fecha que algunos islandeses califican como «nuestro 11 de septiembre»; fue un duro golpe, sin duda, pero el pueblo islandés, llevado de su espíritu vikingo, optó por no resignarse a unas decisiones que sus políticos consideraban «inevitables» y, con una firmeza ejemplar, decidió salir a la calle para manifestarse, forzar un cambio de Gobierno, enviar a la cárcel a algunos banqueros corruptos, ser dueños de sus actos y luchar por un futuro mejor para sus hijos.

Si nos remontamos en la historia, Islandia fue durante muchos siglos un mundo aparte, una isla volcánica, inhabitable según algunos, que vivía casi al margen de todo, encerrada por completo en sí misma. Hasta finales del siglo IX, con la llegada del primer colono, Ingólfur Arnarson, no empezó a poblarse con vikingos que huían de Noruega y que fundaron en 930 su primer Parlamento, el Althingi, en el hermoso valle de Thingvellir. Allí, alrededor de la llamada Roca de la Ley, se juntaban una vez al año los granjeros de las distintas partes de la isla para dirimir sus asuntos sin necesidad de ningún rey. Era la Edad del Asentamiento, unos años de proezas y combates en los que se fueron forjando las sagas, las vibrantes narraciones épicas, primero transmitidas oralmente, que fueron fijadas por escrito entre los siglos XII y XIV y que todavía hoy constituyen el gran tesoro cultural de Islandia. Hubo en la larga historia de Islandia erupciones volcánicas, terremotos, hambrunas y otras desgracias, y fueron muchos los islandeses que, ante la magnitud de las calamidades, decidieron emigrar a América, aunque también fueron muchos los que, llevados de su carácter indomable, optaron por permanecer en la isla de sus antepasados.

A partir de 1944, año en que Islandia alcanzó la independencia de Dinamarca, las tensiones derivadas de la guerra fría y el establecimiento de la base norteamericana de Keflavik pusieron a Islandia en el mapa geoestratégico del mundo. Hasta entonces la riqueza de la isla se basaba sobre todo en la pesca del bacalao, un producto que todavía hoy supone un 14,3% del Producto Interior Bruto y un 70% de las exportaciones. Con estos datos se comprende que los islandeses se esforzaran por ir ampliando progresivamente sus aguas territoriales, cosa que hicieron en 1952, en 1972 y en 1975, hasta situarlas a doscientas millas de sus costas. Esta ampliación tuvo como consecuencia tres *guerras* sucesivas con Gran Bretaña, en las que si bien no hubo muertos, sí destacó un héroe: el capitán Thröstur Sigryggson, que, al mando del guardacostas *Aegir*, aprovechando la oscuridad y una fuerte nevada, la noche de Fin de Año de 1975 burló la vigilancia de una fragata británica y logró cortar las redes de tres pesqueros británicos que faenaban ilegalmente en aguas islandesas.

La siguiente ocasión en que Islandia volvió a ser noticia fue en 1972, a raíz de un encuentro de ajedrez en la cumbre, con el Campeonato del Mundo en juego, en el que el norteamericano Bobby Fischer se impuso al ruso Boris Spassky. Ocho años después, en 1980, la elección de Vigdis Finnbogadóttir como presidenta de Islandia (la primera mujer que se convertía en jefa de estado con el apoyo de las urnas), recordó al mundo que Islandia era un país diferente, un país a tener en cuenta. Vigdis Finnbogadóttir, por cierto, permaneció en el poder durante dieciséis años, hasta 1996, pero el siguiente personaje que consiguió centrar la atención mundial sobre Islandia fue alguien totalmente distinto: la cantante Björk, que en 2003 vendió más de quince millones de copias de su álbum *One Little Indian*.

Islandia se convirtió en país de moda y en destino turístico al alza, mientras que un pequeño grupo de millonarios islandeses, los llamados *BuyKings*, parecían tener dinero a espuertas para comprarlo todo, incluidos grandes almacenes en Gran Bretaña y en Dinamarca.

En octubre de 2008, sin embargo, cuando todo parecía sonreírle a Islandia, una isla habitada tan sólo por 320.000 personas, la catástrofe (*kreppa*, en islandés) se abatió sobre el país. Los tres principales bancos quebraron, la corona islandesa se devaluó un 60% y la Bolsa se hundió. En tan sólo unos pocos días, Islandia había pasado de ser un país que deslumbraba al mundo por su modernidad y su espectacular crecimiento a una isla golpeada sin compasión por la crisis financiera.

La mejor lección de aquella crisis, que llegó cargada de malas noticias para la economía del país, fue que los islandeses, lejos de quedarse en casa, decidieron reaccionar y salir a la calle. Lo hicieron de un modo pacífico, concentrándose cada sábado en la plaza del Parlamento de Reykiavik para protestar ante unos políticos que, en su opinión, habían permitido los desmanes de unos banqueros corruptos que habían llevado el país a la ruina. Se manifestaron sin caer en la violencia a lo largo de diecisiete semanas, sin quemar ni un solo coche, pero con una determinación a toda prueba. Fue aquella una revolución silenciada, una revuelta popular que ocupó muy poco espacio en los informativos del resto del mundo, pero que logró al fin su objetivo. En febrero de 2009, a consecuencia de la presión ciudadana, el Gobierno conservador islandés optó por dimitir y se convocaron elecciones para el 25 de abril. El nuevo Gobierno de centro-izquierda que salió de las urnas supuso un radical cambio de rumbo, tras dieciocho

años con los conservadores del Partido de la Independencia en el poder.

Pero, a pesar de este espectacular vuelco, el pueblo islandés decidió continuar alerta, ya que seguía desconfiando de los políticos tradicionales. No bajó los brazos, sino que redobló la protesta. Después de que el Gobierno aceptara un acuerdo con Inglaterra y Holanda para devolver unos 4.000 millones de euros, que los ciudadanos de estos países habían depositado en bancos islandeses y que habían perdido a raíz de la crisis de 2008, los islandeses recogieron firmas para celebrar un referéndum, en marzo de 2009, en el que él No triunfó claramente, con un 93% de los votos. Un segundo acuerdo, más favorable para los islandeses, también fue rechazado en abril de 2011, en esta ocasión con un 59% de los votos en contra, dejando claro que muchos ciudadanos se negaban a pagar los errores de sus corruptos banqueros y de los políticos que en su opinión habían actuado como cómplices. Llevados por este espíritu irreductible, los manifestantes consiguieron que David Oddson, gobernador del Banco Central que anteriormente había sido primer ministro, fuera apartado de su cargo, que se abriera un proceso judicial contra el que fue primer ministro Geir Haarde y que se dictara una orden de arresto internacional contra el ex presidente del banco Kaupthing, Sigurdur Einarsson, que fue finalmente detenido en Londres en marzo de 2011.

En el marco de estas reformas impulsadas por la presión pacífica de los ciudadanos, en abril de 2011 el Parlamento nombró una Asamblea Constituyente para que redactara, en una iniciativa única de democracia directa, una nueva Constitución que sustituyera a la actual, que es de hecho una copia de la danesa redactada a raíz de la independencia. Para esta asamblea se eligieron 31

ciudadanos sin filiación política, avalados por un mínimo de treinta firmas, entre los que hay profesores universitarios, abogados, un pastor luterano, periodistas y camioneros, que mientras dure su trabajo recibirán un salario igual al de los diputados. La Constitución que salga de esta Asamblea, cuyas sesiones pueden seguirse por Intenet, deberá ser avalada por el Parlamento islandés. «Esta es la primera vez en la historia del mundo que una Constitución se renueva de este modo», ha subrayado la portavoz del comité organizador, Berghildur Erla Bergthorsdóttir. Y la primera ministra, Johanna Sigurdardóttir, ha declarado por su parte: «Esperamos que la nueva Constitución sea una nueva base social que nos llevará a la reconstrucción y a la reconciliación, y para que esto suceda toda la nación tiene que implicarse».

Mientras se iban sucediendo estas y otras convulsiones en el panorama político islandés, en enero de 2011 llegó una noticia sorprendente: la economía islandesa, por primera vez desde octubre de 2008, conseguía salir de la recesión, según datos de la Oficina Oficial de Estadística de Islandia. El Producto Interior Bruto creció un 1,2% en el tercer trimestre de 2010, lo que suponía el final de un período de siete trimestres seguidos en recesión. El milagro de este pequeño país parecía que se confirmaba, aunque todavía quedaba mucho camino por recorrer.

La emigración de islandeses, sobre todo a Noruega y a Estados Unidos, ha aumentado a lo largo de este período de incertidumbre, al tiempo que se han dejado oír voces que piden el ingreso en la Unión Europea para evitar, precisamente, crisis como la de otoño de 2008. De todos modos, las encuestas siguen vaticinando que los islandeses votarían No a un hipotético referéndum de entrada en la UE.

La fuerte identidad nacional, y el temor a perder la exclusiva de los ricos caladeros de bacalao, juegan en contra. Por todo ello se deduce que las conversaciones, iniciadas en junio de 2011, van para largo.

Mientras tanto, con crisis o sin ella, la vida cotidiana continúa en Islandia más o menos como siempre, con una menor euforia económica, por supuesto, unas cifras de paro que han alcanzado el 10% (un récord para el país) y muchas hipotecas impagadas. En la calle, sin embargo, no se ven síntomas de miseria, aunque sí muchas obras interrumpidas, pisos vacíos y carteles que expresan la indignación de la gente. Es evidente que algo importante se está larvando en Islandia, como lo prueba el hecho que la cantante Björk y la organización Saving Iceland monten periódicamente campañas de concienciación sobre el peligro que supone para el país la construcción de grandes presas y de fundiciones de aluminio, en las que se embarcó el Gobierno anterior, y alerten sobre la necesidad de conservar la privilegiada naturaleza de la isla.

Pasando a informaciones más optimistas, a principios de 2011 se publicó que en el año 2010 hubo más nacimientos que nunca en Islandia. En este país tan aficionado a las estadísticas se informó que en 2010 nacieron 4.907 bebés, de los que 2.523 eran niños y 2.384 niñas. En el mismo período fallecieron 2.017 islandeses y se confirmó que la esperanza de vida se situaba en los 79,5 años, comparada con los 79,7 de 2009. Se espera, sin embargo, que los nacidos ahora vivan hasta los 83,5 años, según estudios oficiales.

Otra noticia, esta de abril de 2011, indica que en el valle de Thingvellir, donde se encuentra la falla que separa la placa continental Norteamericana de la Euroasiática, se abrió un nuevo boquete, lo que demuestra que la geología

sigue siendo algo muy vivo en Islandia. Para terminar, en lo que respecta al apartado de noticias curiosas, el insigne profesor Sigurdur Hjartarson, fundador de la Faloteca Islandesa, anunció la pasada primavera que por fin había podido incorporar a su colección, expuesta en su museo de Húsavik, el pene humano de Páll Arason, un donjuán islandés que a su muerte, ocurrida a los 95 años, había especificado claramente la donación.

Y mientras la popularidad de los políticos tradicionales continúa a la baja en Islandia, en los últimos tiempos se observa que el electorado castiga incluso a los nuevos políticos, surgidos de la escena alternativa tras el desastre de 2008. Según encuestas de la primavera de 2011, la popularidad del actor cómico Jón Gnarr, elegido alcalde de Reykiavik en mayo de 2010, va a la baja y, en caso de celebrarse nuevas elecciones, su partido sacaría tan sólo la mitad de diputados.

Este rápido repaso a la actualidad islandesa no puede cerrarse sin hacer referencia a la atención mundial que, en abril de 2010, consiguió concentrar el volcán Eyjafiallajökull, cuando le dio por entrar en erupción, expulsando una columna de cenizas que provocó un auténtico caos en el espacio aéreo europeo. Los islandeses lo celebraron con un chiste: «Nos pedíais *cash* (en referencia al dinero reclamado por Gran Bretaña y Holanda por el caso Icesave) y os enviamos *ash* (por las cenizas del volcán)». El humor es lo último que se pierde… Pasada la erupción, los islandeses convinieron en que, al fin y al cabo, la erupción del volcán había sido una buena promoción por Islandia, que ocupó las portadas de los diarios y las aperturas de los informativos durante varios días. Una erupción parecida se repitió, en este caso en el volcán Grimsvötn, en mayo de 2011, aunque su duración fue más limitada y los efectos no fueron tan

catastróficos para el tráfico aéreo. Tan sólo unos días después, por cierto, el Instituto para la Economía y la Paz hizo público que Islandia, una nación sin ejército, era el país más pacifista del mundo, según un cálculo basado en 23 ítems. Islandia había bajado al puesto número 4 tras la crisis de 2008, pero tampoco en este campo había tardado en recuperarse.

De todo esto, y de otras muchas cosas, trata este libro sobre Islandia, esta obra en la que he querido contar, a través de mi visión personal y de conversaciones con personajes del país, cómo ha vivido esta isla remota unos años en que la sociedad islandesa se ha visto agitada por una gran crisis financiera, la consiguiente recesión y la ejemplar reacción de unos ciudadanos que viven desde hace siglos bajo la amenaza de que a alguno de los más de doscientos volcanes de la isla le dé por entrar en erupción, como sucedió en la primavera del 2010 con el Eyjafiallajökull.

Primera parte

REGRESO A LA ISLA SECRETA

Mayo de 2010

1. Un país distinto

Justo cuando el avión se inclinó para encarar la pista del aeropuerto de Keflavik las nubes tuvieron el detalle de apartarse para que pudiera contemplar el torturado corazón volcánico de Islandia y la gruesa columna de humo que se elevaba del cráter del Eyjafiallajökull, el famoso volcán que se convirtió en la primavera de 2010 en una pesadilla para el tráfico aéreo europeo… y en un trabalenguas para los presentadores de radio y televisión de todo el mundo. El origen del maldito embrollo estaba, según los expertos, en las cenizas del volcán, que tuvieron la ocurrencia de elevarse hasta las capas altas de la atmósfera, amenazando con dañar las turbinas de los aviones y provocar una serie de accidentes aéreos en cadena. Ante esta trágica eventualidad, la Unión Europea decidió cancelar todos los vuelos sobre una amplia zona del continente, lo que provocó un caos aéreo nunca visto: más de 20.000 vuelos suprimidos, cientos de miles de pasajeros bloqueados en los aeropuertos y unas pérdidas diarias de unos 200 millones de euros. Y todo por culpa de un pequeño volcán islandés que hacía doscientos años que no entraba en erupción… Como contraste, mis amigos islandeses, que se caracterizan por su actitud vikinga ante la vida, con buenas dosis de arrojo y valentía incluso en los momentos más difíciles, hacía días

que no cesaban de enviarme mensajes animándome a que viajara Islandia para poder contemplar «esta hermosa erupción».

El humo del volcán, que podía ver claramente desde la ventanilla del avión, era ahora de un blanco inmaculado; nada que ver con la espesa humareda que había visto días atrás en televisión. Aquel humo blanco que por momentos se confundía con las nubes, era tan sólo un inocuo vapor de agua que no suponía el más mínimo peligro para el tráfico aéreo; era, en definitiva, la bandera blanca que izaba el Eyjafiallajökull después de varias semanas de una erupción seguida en riguroso directo por casi todo el mundo. Por una parte era una buena noticia —ya que anunciaba que no tendría ningún problema para aterrizar en Keflavik—, pero por otra significaba que no podría ver la dantesca estampa del volcán escupiendo fuego, humo y cenizas sobre el paisaje islandés.

La primera vez que viajé a Islandia fue en junio de 2001, respondiendo a la amable invitación de mi amigo Einar, que tuvo el detalle de conseguirme una casa en Reykiavik para que pudiera terminar una novela que se me resistía. En los últimos diez años había regresado ocho veces a Islandia; la última en verano de 2008, tan sólo unas semanas antes de que estallara el gran escándalo financiero que sumió al país en una fuerte crisis: los tres bancos comerciales de la isla quebraron y el país se hundió en una recesión de la que vaticinaban los expertos que no le sería nada fácil salir. La Islandia que había sido señalada, pocos años atrás, como un modelo de país próspero con un gran futuro ante sí, la Islandia en la que aseguraba una encuesta que vivía la gente más feliz del mundo, se enfrentaba ahora a los

nubarrones más pesimistas. Con la llegada de la *kreppa* (la catástrofe) todo era diferente.

Desde el momento en que el avión tomó tierra en el aeropuerto de Keflavik era consciente de que me iba a encontrar una Islandia muy distinta a la que conocía. Una economía maltrecha y el humo de un volcán impertinente parecían conjurarse para acechar la isla. De todos modos, sólo veinticuatro horas antes de emprender el vuelo, un vulcanólogo islandés, Arni Trausti Gudmundsson, me había tranquilizado en Barcelona. «A pesar de lo que se dice y de lo que se escribe, es totalmente seguro ir a Islandia», me dijo mientras se zampaba unos canapés en un hotel de la playa de la Barceloneta. «La gente piensa que el volcán es un gran peligro, y no: en Islandia todo está funcionando perfectamente. En mi país se registra una erupción cada cuatro años, pero esto no significa que la actividad se paralice. En absoluto. Estamos preparados y todo continúa funcionando. Es más, en Reykiavik ni tan siquiera notamos los efectos de la erupción. Los han notado más en el continente, hacia donde el viento ha empujado el humo y las cenizas, que en la isla, donde sólo unas pocas granjas han sufrido la furia del volcán. De hecho, la erupción ha afectado únicamente a un 1% de la superficie de Islandia».

Mientras avanzaba por el largo pasillo hacia la recogida de equipajes me fijé en que ya no estaba el anuncio que había originado una polémica meses atrás. En él se preguntaba al turista recién llegado: «¿Vienes a Islandia por la naturaleza o por el tipo de cambio?». Era un guiño que quería ser simpático sobre la devaluación, claro, pero a algunos islandeses les pareció una promoción de mal gusto y las autoridades optaron por retirarlo. Era evidente que con la crisis algunos islandeses se habían vuelto muy susceptibles. En los muros del aeropuerto se repetía ahora el

clásico anuncio con el maravilloso paisaje islandés y el sol de medianoche como fondo: «En verano mantenemos la luz encendida 24 horas para usted». Mucho más suave, mucho menos polémico.

Al otro lado de la aduana me esperaba mi amigo Einar con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos abiertos de par en par. A primera vista no parecía que la crisis le hubiera afectado demasiado; ni a él ni a su país. Todo estaba en su sitio: los mismos acabados de diseño nórdico, los abundantes folletos de promoción, los 4x4 de apariencia poderosa y unas cuantas parejas aparentemente felices paseando con unos cuantos hijos rubios vestidos con colores llamativos a su alrededor. Por otra parte, lucía un sol espléndido y la bella silueta nevada del volcán Snaefellness, aquel por el que Julio Verne imaginó un viaje al centro de la Tierra, se dejaba ver al otro lado de la bahía como un buen augurio para mi estancia en la isla. Todo estaba tan igual que hasta me pareció ver la sombra de un elfo en el extenso campo de lava que hay entre el aeropuerto y la capital. La única diferencia apreciable era que el horizonte ya no estaba decorado por un bosque de grúas.

—La fiebre constructora cesó de repente en octubre de 2008 —me comentó Einar mientras conducía hacia Reykiavik—. En los años de la euforia un pequeño grupo de financieros corruptos nos hicieron creer que Islandia vivía un gran momento y que nos íbamos a comer el mundo, pero después de la crisis se ha desinflado la burbuja inmobiliaria. Ahora hay cientos de pisos vacíos que nadie compra.

—Recuerdo que la última vez que estuve aquí me sorprendió que se estuviera construyendo tanto en un país de sólo 320.000 habitantes.

—Vivíamos en una nube… —Einar meneó la cabeza—. Los millonarios islandeses compraban grandes almacenes en

Londres y en Copenhague, y hubo uno que hasta se compró un equipo de fútbol de la Premier League, el West Ham. En Londres los llamaban los *BuyKings* (juego de palabras entre «vikingos» y «reyes de la compra»). Celebraban fiestas por todo lo alto a las que invitaban a grandes estrellas, viajaban en jets privados, tenían yates de lujo y gastaban sin parar. Pero todo resultó ser una gran patraña… Ahora la gente odia a esos millonarios corruptos y quiere que paguen con la cárcel.

—No será fácil. Los ricos suelen estar bien protegidos.

—Y cuentan con buenos abogados, es cierto. Pero los islandeses estamos hartos. Nos han mentido durante años para enriquecerse y han provocado la quiebra de nuestros bancos… Por su culpa ahora hay gente en el paro y la devaluación nos ha empobrecido. A lo largo de 2009 hubo manifestaciones cada sábado en la plaza del Parlamento hasta que conseguimos que cayera el Gobierno. Pero incluso con el nuevo Gobierno la gente sigue cabreada. Estamos viviendo una crisis muy fuerte.

Sólo hablamos de dos cosas a lo largo del recorrido: la crisis económica y el volcán. Más de lo primero que de lo segundo. Era evidente que aquellos eran los dos temas estrella de mi nuevo viaje a Islandia.

—Para vosotros, los europeos, el volcán es muy importante —se río Einar—. Os creéis que va a estallar de un momento a otro, que se hundirá la isla y que todos moriremos, pero para nosotros es sólo una erupción más. Piensa que hay unos doscientos volcanes en Islandia. Aquí hace tiempo que estamos acostumbrados a convivir con volcanes, tormentas, terremotos, vientos huracanados… Es una isla inhóspita a ojos de los extranjeros, pero a los islandeses nos gusta vivir aquí.

Para avalar sus palabras, Einar me recordó que el primer colono islandés, Ingólfur Arnarson, se había instalado en lo que ahora es Reykiavik en el año 874 y que posteriormente fueron llegando a la isla centenares de colonos que huían de los impuestos del rey de Noruega. De la lectura de las sagas, narraciones épicas escritas entre los siglos XII y XIV, mezcla de realidad y fantasía, se desprende que su nueva vida fue muy dura y que tuvieron que luchar contra el frío, el hambre y la actividad volcánica, pero que nunca pensaron en abandonar la isla. Cierto que un proscrito como Erik el Rojo descubrió en el año 1000 la isla de Groenlandia, y que su hijo Leif el Afortunado llegó hasta las costas de Terranova, en América, mucho antes que Colón; pero sólo en el siglo XIX, cuando el volcán Laki permaneció en erupción durante ocho meses, el rey de Dinamarca se planteó evacuar la isla. Aquella, sin embargo, no fue una erupción cualquiera: más de cien cráteres entraron en erupción en el invierno de 1873-1874 y los gases infectaron buena parte de las tierras fértiles y diezmaron la población. Se calcula que un 50% del ganado y un 20% de los habitantes de Islandia (unas 10.000 personas) murieron y que el resto del mundo también se vio afectado por una nube tóxica que provocó un descenso general de las temperaturas y un aumento de la mortalidad. Muchos islandeses optaron entonces por emigrar a América en busca de una vida mejor, pero la mayoría, fiel a su espíritu vikingo, prefirió permanecer en la isla.

—En islandés tenemos una palabra muy original: *Móduhardbindin*, que significa «muerte por hambruna causada por gas envenenado» —me aclaró Einar tras la pequeña lección volcánica—. Nuestra historia nunca ha sido fácil, pero incluso ahora, con todos los problemas, vemos el futuro con optimismo.

En el camino hacia la nueva casa de Einar, situada en Kópavogur, una población prácticamente adosada a Reykiavik, me llamaron la atención los numerosos carteles de *Till sölu* (Se vende) y *Till legu* (Se alquila), así como la gran cantidad de casas que se habían quedado a medio construir o que permanecían vacías. La crisis había llegado de repente y el país parecía haberse paralizado.

Al llegar a la casa, un elegante cubo con grandes ventanales característico de la arquitectura nórdica, siempre deseosa de aprovechar al máximo la luz, me esperaba la cálida atmósfera habitual en los hogares islandeses, con impecables suelos de madera, paredes pintadas de blanco y cuadros con colores alegres.

—He decidido ponerle un nombre a la casa —me anunció Einar mientras abría la puerta.

—¿Y cómo la llamarás?

—«Reykiavik». Es que yo soy muy de Reykiavik y ahora me sabe mal tener que vivir en Kopavogur. Si llamo a la casa Reykiavik siempre podré decir que continúo viviendo en la capital de Islandia.

Era una manera de verlo, una trampa de escritor.

Tanto la esposa de Einar, Margrét, como sus tres hijas, Arna Björk, Ardis Osk y Hugrun Helga, eran aún más rubias y más bellas de cómo las recordaba. Viendo la altura de Arna, calculé el tiempo que había pasado desde mi primera visita a Islandia. Entonces, en 2001, acababa de nacer; ahora estaba a punto de cumplir 9 años.

—Hoy ha venido el fontanero porque el agua salía demasiado caliente —me explicó Margrét—. Cuando le he preguntado si podía ser por culpa del volcán se ha echado a reír.

Por lo visto, comentó Einar, en los últimos días de cualquier cosa aciaga que sucediera en Islandia le echaban

la culpa al volcán… o al persistente cambio climático que amenazaba con convertir a Islandia en el futuro Mediterráneo de Europa. Esta segunda eventualidad, por cierto, divertía a los islandeses, que se entretenían calculando hasta cuánto se multiplicaría el precio de sus casas en el caso de que Reykiavik se convirtiera, gracias al cambio de temperatura, en una especie de Barcelona del norte.

—Aquí tienes al nuevo miembro de la familia —dijo Einar con orgullo mientras me invitaba a salir al jardín.

Tenía ante mi a un perro pastor islandés, pequeño, blanco con manchas marrones, ojos inquietos y actitud traviesa.

—Se llama Hekla, un nombre muy…

—¿Volcánico? —apunté, recordando que Hekla era uno de los volcanes más activos de la isla. Desde 874 había entrado en erupción unas veinte veces, la última en el año 2000.

—Exacto —rió Einar—. Iba a decir muy islandés pero es verdad que también es un nombre muy volcánico, muy adecuado para los tiempos que corren.

Como si entendiera que estábamos hablando de ella, Hekla se puso a girar sobre si misma a una velocidad increíble, como un torbellino, o como un volcán en erupción.

Me costó dormirme después de una buena cena a base de salmón, cerveza y buena conversación, todo muy islandés. El sol de medianoche reinaba en un cielo sin nubes e iluminaba el paisaje de colinas suaves y casas de cuento con una cálida luz, a medio camino entre el color de la miel y el del whisky, que indicaba sin ningún género de dudas que estaba en Islandia. Para completar el panorama, una casa a medio construir y una grúa que hacía tiempo que no funcionaba indicaban que la crisis continuaba paralizando el país.

2. Escenario después de la batalla

Cerré los ojos e inspiré hondo al volver a sentir cómo me envolvía el fuerte olor a azufre mientras me duchaba. Era como regresar a mis primeros días en Islandia, nueve años atrás, cuando todo era nuevo para mí: la limpieza prístina del aire, el olor a azufre del agua procedente del subsuelo, el aspecto de pueblo grande de Reykiavik, el paisaje volcánico desprovisto de árboles, los extensos campos de lava y las caras de felicidad de la gente cuando salía el sol y podían ir a pasear por el parque.

Después de desayunar me entretuve un rato jugando con Hekla y las niñas en el jardín, hasta que la aparición de un perro grande de aspecto agresivo nos hizo comprender que era mejor refugiarnos en la casa. Aparte del perro intruso, aquel barrio de Kopavogur parecía el escenario ideal para un anuncio de la felicidad, con casas de líneas modernas rodeadas por un jardín bien cuidado —sin vallas, como en las urbanizaciones norteamericanas, o como en las películas de Spielberg— y un montón de niños que aprovechaban la bonanza del verano para pasear en bicicleta por las tranquilas calles que llevaban hasta el pequeño lago Elidavatn, rodeado de verde, flores, casitas de madera y gente que paseaba a caballo. Hasta allí había llegado la última oleada del gran crecimiento urbanístico de Reykiavik;

unos metros más allá ya empezaba a mostrarse la naturaleza de gran formato característica de Islandia, con lúgubres campos de lava, escasa vegetación y montes cubiertos de nubes bajas.

Tal como habíamos quedado, Helgi, un amigo de Einar, llegó puntual con su 4x4 para ir de excursión al Eyjafiallajökull.

—No será un viaje largo —me tranquilizó—. El volcán está sólo a unos doscientos kilómetros, en la costa Este.

—¿Hay alguna carretera cortada?

—Ya no. La erupción del volcán fundió el hielo del glaciar y provocó una inundación que se llevó parte de la carretera, pero ya está bien. Aquí todo se arregla muy deprisa.

—Así que no hay ningún peligro.

—¿Peligro? —se rió Helgi, como si hubiera soltado una *boutade*. Hace sólo unos días, cuando el volcán aún estaba en erupción, estuve jugando a golf en un campo que hay por allí cerca. Era bonito ver desde los *greens* cómo el humo del volcán se dirigía hacia el este, hacia el continente.

Jugar a golf bajo el volcán… Decididamente, los islandeses tenían un alma vikinga que no parecía arredrarse ante nada.

—En Europa lo veis todo con mucho alarmismo —intervino Einar—. Humea un volcán y os parece que se acerca el fin del mundo.

—La prensa lo ha descrito como una catástrofe —lo cortó Helgi—, pero yo creo que el volcán es una buena promoción para Islandia.

—¡¿Una promoción?!

—Ahora todo el mundo sabe donde está Islandia, y todas las televisiones han pasado imágenes de nuestro país —dijo muy serio—. Antes, cuando viajaba por el mundo y decía que era islandés, nadie sabía situar Islandia en el mapa,

mientras que hace una semana estuve en una convención en Las Vegas y hasta los taxistas sabían donde estaba mi país. Ya verás como este verano tendremos más turistas que nunca. Un *spot* como este no tiene precio.

Los islandeses son así, ¿qué le vamos a hacer? Si lo miras con el enfoque adecuado, hasta una calamidad puede convertirse en algo positivo. Son cosas del espíritu vikingo.

Salimos de Reykiavik en dirección a Hveragaerdi y Selfoss, hacia la costa Este. De entrada, el campo de lava tenía el mismo aspecto de siempre, un páramo desolado, rocoso, desprovisto de vida, con las montañas medio ocultas por la niebla como fondo y el mismo cartel de todos los años junto a la carretera, con un coche accidentado en lo más alto sobre el que se anunciaba el número de muertos en accidentes de tráfico. Aquel año sólo llevaban tres, pero aún estábamos a mayo. Por desgracia, la cifra aumentaría, sobre todo cuando la llegada del verano multiplicara el tráfico rodado de la isla, pero seguro que nunca se alcanzarían las macrocifras de víctimas de los países continentales. Son las ventajas de vivir en un país de sólo 320.000 habitantes.

Poco después de atravesar Selfoss, a unos sesenta kilómetros de Reykiavik, Helgi alargó la mano para señalar la columna de humo que se veía en el horizonte.

—Allí lo tienes —celebró—. Una buena chimenea, ¿no te parece? La montaña de la izquierda es el Hekla.

—Dicen que puede ser el próximo volcán en entrar en erupción.

—Se dicen muchas cosas —rió—. Que si el Eyjafiallajökull acabará por contagiar al Katla o al Hekla, que ambos están muy cerca… pero de momento no pasa nada. Todo está en calma. Aquí, en Islandia, siempre decimos que hasta que las cosas no suceden no hay por qué alarmarse.

Desde la distancia, tanto el volcán como las montañas contiguas se veían como un amasijo difuminado, cubierto por una nube de polvo que se iba haciendo más densa a medida que nos acercábamos.

—Ahora se ve claramente que no se ve nada —dijo Einar cuando salimos del coche para observar mejor el volcán—. Es una nube rara, porque no huele. Es sólo una especie de polvo. Si estás mucho tiempo expuesto a ella, es mejor que te tapes la boca y la nariz con una mascarilla. Pero por unas horas no vale la pena.

Muy cerca de donde estábamos se veían, paciendo en un extenso prado verde, unas cuantas ovejas, siempre en grupos de tres, la madre con dos crías recién nacidas. En los momentos más duros de la erupción las había visto por televisión cubiertas de ceniza, pero ahora no presentaban ningún aspecto preocupante. Al contrario, parecían un anuncio de la calma que reinaba en Islandia, como si las ovejas hubieran decidido colaborar con el Gobierno.

Regresamos al coche y atravesamos el río Markarfljót por un puente provisional de madera, hasta llegar a la cascada Seljalandsfoss. El asfalto desapareció durante un corto tramo para dar paso a una pista en bastante buen estado.

—Esta es la parte de carretera que se llevó la inundación provocada por la erupción —me aclaró Helgi—. Se cortó durante unos días, y también se interrumpió el ferry que lleva a las islas Vestman, pero, como puedes ver, ahora todo vuelve a la normalidad.

Aparte de la ausencia de asfalto, me llamó la atención la poca gente que había junto a la cascada, una de las más visitadas de Islandia, ya que queda junto a la carretera y cuenta con un caminito que te permite pasar por detrás de la caída de agua. Por lo visto, el volcán había desactivado el turismo.

—Hay muchos menos turistas, sí —confirmó Einar—, pero casi mejor. En verano hay más turistas que islandeses.

—Y no tenemos lavabos para tanta gente —se rió Helgi.

Continuamos adelante, mientras observábamos cómo la capa de cenizas cubría cada vez más el paisaje. Como consecuencia, los pocos coches que pasaban levantaban una gran polvareda a su paso, como si avanzaran por una pista del desierto.

Al cabo de unos pocos kilómetros, giramos hacia el interior para dirigirnos a Thorvaldsayri, la casa más cercana al volcán, la granja aislada que había salido en las televisiones de todo el mundo con una inquietante nube negra al fondo.

3. Una granja al pie del volcán

El rostro de Ólafur Eggertsson me resultó familiar desde el primer momento; al fin y al cabo, le había visto en unos cuantos canales de televisión semanas atrás hablando de los efectos del volcán en un tono grave, sin apenas inmutarse. Tenía aspecto de pionero norteamericano del siglo XIX, con una barba recortada de predicador, huérfana de bigote, que le afilaba el rostro hierático, y en ningún momento me pareció anodadado por la mala experiencia vivida bajo el volcán.

—Hoy no puede verse el glaciar por culpa de las nubes, pero normalmente se ve una gran mancha blanca allí arriba, justo detrás de la granja —alargó el brazo en dirección norte —. El volcán está justo encima, pero por suerte ya ha parado de escupir ceniza.

—Volvió la calma —celebré con una sonrisa.

—No del todo. Hoy estáis de suerte, ya que el día es claro, pero ayer ni se veía la granja desde la carretera. Sopló viento del noroeste y todos los campos se llenaron de polvo. Aún queda mucha ceniza arriba en la montaña.

Ólafur se acercó a un montón de polvo grisáceo, más o menos de un metro de altura, que había junto a la casa, cogió un puñado y lo desmenuzó con los dedos, sin decir nada, la mirada ensimismada. Era un polvo muy fino que

cubría el tejado de la granja y de los establos, los coches, el jardín, el camino y los campos con una persistente capa negruzca. El granjero permaneció unos segundos mirando la ceniza en silencio, como si no acabara de creerse que era la culpable de todas sus desgracias.

—Esta granja se fundó en 1860, pero mi familia se instaló aquí en 1906 —nos contó en el tono monocorde de quien ya ha contado la misma historia varias veces—. Tenemos doscientas vacas y cultivamos cebada, pero hemos perdido toda la cosecha por culpa de la ceniza. Desde 1960 producimos cebada bajo el glaciar, y en los últimos años también trigo. Aquí la tierra es muy buena, y el clima también, dentro de lo que cabe en Islandia, ya que la montaña nos protege del frío viento del norte.

A continuación se puso a relatar cómo era la dura vida de un granjero islandés y como se las ingeniaban para solucionar los problemas cotidianos. Ya hacía años que había construido una pequeña central eléctrica, aprovechando la cascada que surgía al pie del glaciar, y también obtenía del suelo agua termal, a 66 grados.

—No hace falta ni bombearla —aclaró con una sonrisa, satisfecho de su aprovechamiento de la naturaleza—. Obtenemos unas ochenta toneladas cada 24 horas. Antes de probarlo, vino un técnico, estudió el terreno y nos dijo que saldría agua fría, pero se equivocó: salió agua muy caliente. A mi no me sorprendió, la verdad, ya que sólo hay cinco kilómetros entre el cráter y el hoyo que hicimos. Era ridículo decir que saldría fría.

—Este año es especialmente duro para usted, ¿verdad?

—Nunca ha sido fácil ser granjero en Islandia —meneó la cabeza—. En esta isla hay mucha agua, pero el clima es adverso. Sólo puedes trabajar unos pocos meses al año.

—¿Y cómo contempla el futuro después de la erupción?

—Aquí nunca puedes hacer planes. Hay que ir día a día. Hace unos días, salió el sol y los campos estaban preciosos. Entonces me sentí optimista y pensé que todo iba a ir muy bien, que lo peor ya había pasado. Pero después me giré para el otro lado y vi el volcán en erupción, con una gran nube negra que cubría medio cielo. Entonces me volví pesimista.

Cuando el volcán inició su erupción, el 14 de abril de 2010, Ólafur no se sorprendió. Lo veía venir, ya que desde el mes de enero había habido pequeños seísmos en la región, aunque nunca superiores al grado 3 de la escala de Richter. De todos modos, aquella actividad sísmica presagiaba que el volcán no tardaría en entrar en erupción.

—A pesar de las advertencias, decidimos quedarnos en la granja hasta el final —recordó—. Teníamos que cuidar de los animales, pero estábamos preparados para marcharnos inmediatamente, con las maletas hechas junto a la puerta.

—¿Y cuándo tuvieron que irse?

—El 14 de abril sonó el teléfono en medio de la noche y los de Protección Civil nos dijeron que teníamos que salir cuanto antes, que los índices eran ya muy preocupantes. Salimos enseguida y dormimos dos noches fuera de la granja.

—¿Y qué hicieron con los animales?

—Se quedaron aquí, pero podíamos venir de día a cuidarlos. No es fácil para un granjero dejar a doscientas vacas en el corral, pero nos dijeron que no corrían peligro.

A Ólafur Eggertsson no se le olvida la primera vez que contempló el volcán en erupción, escupiendo humo, fuego y cenizas. Los primeros días no pudieron verlo, ya que el cielo estaba nublado, pero escuchaban unas fuertes explosiones que llenaban el aire de malos presagios. Un atardecer, sin

embargo, las nubes se apartaron y pudo verse el volcán: espectacular, horrible, apocalíptico.

—Hubo una erupción más pequeña en marzo —recuerda Ólafur—, pero la de abril fue realmente terrible. Daba miedo mirarlo.

—¿Piensan quedarse aquí, a pesar de todo?

—Aún no hemos tomado una decisión definitiva —Ólafur se encogió de hombros, consciente de que no dependía de él—. Es demasiado pronto. De momento, bajaremos la producción y tendremos menos animales. Las autoridades nos han dicho que nos ayudarán si queremos irnos, pero esta granja es todo lo que tenemos. ¿Quién nos la compraría ahora?

—Así, pues, se quedarán.

—Quizás nos marchemos en el futuro, pero de momento seguiremos aquí, aunque no es fácil… —Ólafur dejó que su mirada se perdiera en un punto impreciso del horizonte—. Mi hijo tiene un pequeño de un año y los médicos le han prohibido quedarse. Es muy malo para sus pulmones. El volcán se ha apagado, pero todavía queda mucha ceniza en la montaña y el viento la va enviando hacia aquí. Aún sufriremos los efectos de la ceniza durante mucho tiempo.

Ólafur nos invitó a seguirle hasta el campo que tenía entre la granja y la carretera. Aparentemente la cebada crecía sin problemas, aunque el color verde grisáceo de los tallos indicaba que algo no iba bien.

—La hierba está la mitad de alta de lo que debería —nos explicó mientras cogía una brizna de cebada con los dedos, el rostro teñido de preocupación—, pero lo peor es el flúor de las cenizas. Envenena la planta y tenemos que tirarla. La lluvia limpia los tallos, pero el flúor llega hasta las raíces y lo envenena todo.

Para mostrarnos hasta que punto la ceniza había dañado la cosecha, el granjero se agachó para golpear la hierba con la mano, primero con la palma y después con el dorso, como si le estuviera dando unos latigazos. Una nube de polvo no tardó en envolverle.

—Lo veis —nos miró sin dejar de levantar la polvareda—. Es horrible. Aquí sólo hay cinco centímetros de cenizas, pero a 800 metros de altura hay hasta 12 centímetros, y más tarde o más temprano el viento la llevará hacia aquí.

Mirando hacia atrás, recordando sus inicios en la granja, Ólafur reflexionó que era la primera vez que tenía que hacer frente a unos problemas tan grandes. No era una situación nada fácil.

—En 1947, cuando el Hekla entró en erupción, caían piedrecitas sobre los campos, pero duró muy poco —recordó—. Ahora esperábamos que entrara en erupción el Katla, pero no el Eyjafiallajökull. Seguro que el Katla acabará estallando, pero no sabemos cuándo.

Además de la suya, comentó que había otras cinco granjas afectadas en las cercanías del volcán, y que Protección Civil había desalojado a 800 personas de la comarca en los peores momentos de la erupción. Ahora, sin embargo, parecía que todo regresaba a la normalidad, aunque más allá de los campos de Ólafur se veía la cinta gris de la carretera, con los coches que pasaban levantando una nube de polvo que no presagiaba nada bueno. No mucho más allá, en el mar de color gris metálico, se destacaba la silueta gris de las islas Vestman.

—En 1973 vimos desde aquí la erupción del volcán de las islas —murmuró Ólafur, la mirada perdida en el horizonte—. Fue duro, ya que tuvieron que desalojar la única isla habitada. Mi padre se despertó en medio de la noche y vio que había fuego en las Vestman. «Debe de ser un incendio»,

nos dijo, pero después supimos que era una erupción. Nuestra hermana vivía allí y tuvo que ser desalojada.

—Un buen susto.

—Aquí, en Islandia, estas cosas pasan —dijo encogiéndose de hombros, como si el hecho de vivir en aquella isla volcánica ya llevara incorporado un plus de peligrosidad.

Mientras el granjero Ólafur Eggertsson seguía hablando, sin apenas alterarse, no pude evitar acordarme de una novela muy islandesa, *Gente independiente*, de Halldór Laxness. El campesino protagonista, Bjartur, se enfrenta en ella a las adversidades de la vida con una actitud parecida, con una obstinación y un orgullo que dejan bien a las claras que luchará hasta el límite para conservar sus tierras. En las sagas, las narraciones medievales más genuinamente islandesas, sucedía algo parecido. Aquella tierra dura y hostil, los nubarrones negros y la amenaza constante de las erupciones, debían de haber forjado, a lo largo de los siglos, el carácter indomable de los islandeses, siempre dispuestos a luchar hasta el final, contra los volcanes, contra las crisis económicas y contra lo que fuere.

4. Una isla recién nacida

Sólo he estado una vez en las islas Vestman, y fue en una excursión de unas pocas horas. Fui a primera hora de la mañana en ferry, para acompañar a un amigo, y regresé por la tarde. Fue una visita breve, pero intensa, aunque me consta que a los cuatro mil habitantes de las Vestman no les sienta nada bien que no te quedes a dormir en Heimaey, la única isla habitada de la quincena que forman el archipiélago. De todos modos tuve tiempo de comprobar que Heimaey es una isla volcánica de sólo 13,4 kilómetros cuadrados que cuenta con un puerto de gran actividad pesquera, una montaña de 283 metros de altura, un campo de golf que se abre entre la lava y la colonia más grande de frailecillos, una especie de pájaros bobos en miniatura y coloreados, que pueda encontrarse en el mundo.

Mi amigo Kristinn R. Olafsson, corresponsal en Madrid de la Radio Nacional de Islandia y anunciante ocasional de café en la prensa de Islandia, me insiste en que tengo que ir a las Vestman cuando realmente vale la pena, es decir, el primer fin de semana de agosto. Es entonces cuando se celebra el Thjodhatid, o Festival Nacional, una locura que dura cuatro intensos días, con mucha música, mucha cerveza, mucha resaca y muchos jóvenes con ganas de divertirse. El festival tiene su origen en el año 1874, cuando se celebró en

Reykiavik el milenario de la llegada del primer colono a Islandia y los habitantes de las Vestman no pudieron zarpar por culpa del mal tiempo. En vez de amilanarse, decidieron celebrarlo en Heimaey con lo que tenían y la armaron tan gorda que desde entonces la fiesta convoca cada año a unos diez mil marchosos de Islandia y otros países.

Los episodios trágicos están asociados a la historia de las islas Vestman. Para empezar, Hjörleifr Hródmarsson, cuñado de Ingolfur Arnarson, el primer colono de Islandia, fue asesinado por sus esclavos islandeses a finales del siglo IX, según se cuenta en el *Landnámabók* (Libro del Asentamiento). Ingolfur persiguió a los asesinos hasta las islas Vestman, donde acabó con ellos. Pero, más que por este incidente, las Vestman son famosas sobre todo por la incursión que unos «piratas turcos» (en realidad eran de Argel) llevaron a cabo en Heimaey el 20 de junio de 1627. La fecha ha quedado grabada con sangre y fuego en la historia de Islandia, ya que los piratas dejaron tras de sí un rastro de violencia y brutalidad. Llegaron con una flota de quince barcos y permanecieron en las islas durante veintiséis días. Los «turcos» se llevaron a Argel a más de doscientos esclavos, aunque algunos de los cautivos, entre ellos Ólafur Egilsson, pudieron regresar años después y dejar testimonio escrito del forzado viaje de aquellos islandeses hacia el Mediterráneo. «Los piratas desembarcaron tan de repente que no fue fácil escapar», escribió Ólafur Egilsson. «Recorrieron la isla con violencia, como perros de caza, ululando como lobos, y las mujeres más débiles y los niños no pudieron escapar». Y añade: «Los malvados piratas persiguieron a la gente hasta sus casas, a través de las montañas e incluso hasta cuevas y hoyos de difícil acceso. Los piratas mataron a todo el que intentaba luchar contra

ellos, y a cualquiera que hiciera la señal de la cruz o pronunciara el nombre de Jesús».

Ólafur Egilson, junto con su mujer y sus hijos, y los más de doscientos presos, fueron llevados en barco hasta Argel, donde fueron vendidos como esclavos. A él le dejaron regresar para que consiguiera un rescate del rey de Dinamarca, pero aunque consiguió llegar a Copenhague, ya nunca más volvió a ver a su familia.

En mi visita a las Vestman descubrí que, festival y piratas aparte, el tema volcánico es lo más interesante de estas islas. Y es que la erupción de 1973 fue el mayor desastre natural de la historia reciente de Islandia. Se inició el 23 de enero en la isla de Heimaey y sus habitantes tuvieron que ser evacuados durante cinco meses, hasta el 28 de junio del mismo año. Incluso hubo quien dudó de que pudieran regresar jamás a la isla, ya que un tercio de la población, hasta cuatrocientas casas, quedó destruido por la lava, pero cuando cesó la erupción, decidieron regresar y allí siguen. Los islandeses, ya se sabe, tienen el espíritu vikingo muy arraigado, y raramente retroceden. Eso sí, desde entonces hay quien llama a la parte destruida de Heimaey «la Pompeya del Norte», e incluso se montan circuitos turísticos para mostrar las desgracias causadas por aquel volcán que provocó que la isla *creciera* 2,3 kilómetros cuadrados.

Resulta curioso comprobar que la erupción del volcán Eldfell (Montaña de Fuego, en islandés) de 1973 dejó como recuerdo una colina de unos doscientos metros de altura en la isla principal de las Vestman, y que una erupción anterior, en 1963, provocó el nacimiento de una nueva isla en el archipiélago, la de Surtsey, que los científicos cuidan como oro en paño.

La periodista islandesa Helga Brekkan me mostró en cierta ocasión, ya hace unos años, las imágenes que había

grabado en la isla para un reportaje que se emitió en varias televisiones: *Surtsey, the Black Island*. En ellas se podía ver primero cómo surgía una humareda del mar, y después cómo la lava entraba en contacto con el agua y se esparcía una lluvia de cenizas que parecía anunciar el fin del mundo. «La erupción duró en total cuatro años, entre 1963 y 1967, y la isla que nació como consecuencia tiene ahora poco más de un kilómetro cuadrado», me explicó Helga. «Está vedada a los turistas, pero es un territorio ideal para los científicos, que allí pueden estudiar cómo surge la vida en una tierra recién nacida. Yo tuve la oportunidad de pasar una noche en la única casa de la isla y, aunque no creo en estas cosas, sentí que estaba poblada de espíritus. Al no haber presencia humana, deben sentirse más a sus anchas».

Los espíritus, de nuevo… La verdad es que no es nada extraño que surjan una y otra vez en las conversaciones con islandeses. Para ellos son algo normal, algo con lo que convivieron sus antepasados y con quienes ellos mismos siguen conviviendo de algún modo, a pesar de todos los adelantos de la modernidad. Muchos autores han escrito sobre ellos, entre ellos Gudbergur Bergsson, el autor más conocido de Islandia.

Gudbergur Bergsson, hijo de pescador, nació en Grindavik, en la costa suroeste de Islandia, no muy lejos de las islas Vestman, en 1932. Tuvo una infancia dura y en su juventud desempeñó distintos oficios, hasta que en 1956, cuando contaba 24 años de edad, desembarcó en Barcelona, para compartir pasión literaria, juergas y borracheras con el grupo de Carlos Barral. Compañero del editor Jaime Salinas hasta su muerte, ocurrida en enero de 2011, Bergsson vive en Madrid desde hace tiempo y ha traducido al islandés el *Quijote* (dos veces, la segunda con el propósito de

mejorarlo) y otros clásicos españoles. El primer libro que tradujo fue, en 1963, *Platero y yo*. Jaime Gil de Biedma le inmortalizó en su *Diario del artista seriamente enfermo* como Han de Islandia, y él mismo ha descrito su infancia en Grindavik y las nada fáciles relaciones con sus padres en *La magia de la niñez*, un libro en el que habla del camino entre los pueblos de Grindavik y Keflavik como un lugar inhóspito en el que, según decían los más viejos, podías encontrarte fantasmas que caminaban con la cabeza bajo el brazo.

Helga Brekkan, que hizo un trabajo sobre Bergsson y que por tanto le conocía muy bien, me contó: «Pienso que Gudbergur Bergsson es un buen candidato para el Premio Nobel de Literatura. Por otra parte, desde hace años tiene una afición muy interesante: la de filmar con una cámara de ocho milímetros momentos históricos como la Revolución de los Claveles en Portugal, en 1974, o la muerte de Franco, en 1975». Helga ilustraba sus palabras con fragmentos del reportaje que tenía entonces en marcha; eran imágenes con toda la fuerza de la espontaneidad: ondear de banderas en Portugal, rostros ilusionados, portadas de diarios con noticias históricas, colas ante el féretro de Franco… «Bergsson me contó que filmaba esas imágenes para él, consciente de que estaba ante unos hechos históricos, pero pienso que es bueno recuperarlas para el reportaje», opinaba Helga. «Por un lado, tienen fuerza por sí mismas, y por el otro, creo que ayudan a completar la visión de ese complejo escritor».

Con toda su racionalidad a cuestas, también Bergsson compartía en cierto modo la conexión con los espíritus típicamente islandesa. «Puedo hacerme invisible con un método que no puedo explicar», le contó a Helga con aire enigmático. «De este modo he podido meterme en manifestaciones y cargas policiales sin temor a ser herido.

Esto no es sólo porque estoy a la vez muerto y vivo, sino porque pertenezco a dos mundos distintos. Estoy esperando el momento de la muerte para ver qué pasa. ¿Se mezclarán los dos mundos en uno?».

En resumen, una sorprendente conjunción de la realidad islandesa con el universo literario de Bergsson. Ambos se superponen en Islandia, una tierra volcánica en la que el sentido de la vida parece ser distinto al de otras partes del mundo, un país remoto en el que una erupción volcánica, que siempre asociamos a la destrucción, puede dar como resultado la creación de una nueva isla.

5. La Islandia de antes

Saliendo de la granja de Ólafur Eggertsson, dejamos atrás la incierta visión de las islas Vestman, asediadas por la niebla de la mañana, y continuamos, siempre hacia el Este, hasta llegar a la espectacular cascada de Skógafoss. Los campos estaban llenos de una ceniza que también cubría los tejados de las casas, cuyos habitantes habían tenido la precaución de proteger poniendo cinta aislante en puertas, ventanas y cualquier otro agujero por donde pudiera colarse el maldito polvo. No había nadie en la cascada, algo inusual en un mes de mayo. Los turistas aún no habían llegado a la isla y Skógafoss estaba inmersa en una desconcertante soledad.

—Fíjate que el color del agua —me hizo observar Einar— no es tan blanco como hace un año.

Tenía razón: el agua de la cascada se mostraba de un blanco sucio debido a la gran cantidad de cenizas, aunque el salto de agua conseguía mantener su encanto por encima de todo contratiempo.

En el vecino pueblo de Skógar fuimos directamente hacia el museo de cosas antiguas, donde una brigada de jóvenes estaba empezando a retirar las cenizas de la entrada, acumulándolas en montones negruzcos, para devolver los colores al pueblo.

—Somos voluntarios llegados desde Reykiavik —me aclaró una atractiva joven equipada con botas y un anorak de color rojo—. Cuando ocurre algo así, hay que ayudar a los que tienen problemas.

Era la solidaridad bien entendida, una solidaridad a la islandesa, de lugares límites, que se activaba muy especialmente cuando había una erupción volcánica, una amenaza contra la que todos estaban dispuestos a sumar esfuerzos. Contra la crisis económica, sin embargo, no era tan fácil saber dónde había que arrimar el hombro.

Thórdur Tómasson, fundador y alma del museo, asomó la cabeza en cuanto oyó que alguien llegaba. Tenía cerca de 90 años, pelo revuelto y ojos de niño travieso —o de elfo, que todo es posible en Islandia—, y vestía una chaqueta descosida y unas zapatillas tan gastadas que eran dignas de figurar entre las antigüedades expuestas en su museo.

—He tenido que cerrar diecisiete días por culpa del volcán —se lamentó de entrada—. ¡No me había pasado nunca! Estaba todo lleno de ceniza, hasta los rincones más recónditos. Es horroroso: se mete por todas partes y no hay manera de sacarla. Suerte que hoy han venido las brigadas de voluntarios. ¡Benditos sean los estudiantes!

—Parece que lo peor ya pasó.

—Sí, pero ayer fue el día más oscuro de mi vida. El volcán ya no estaba en erupción, pero el viento levantó una nube de polvo tan espesa que daba miedo.

Por lo que me contó Thórdur, un torrente de verborrea, aquel museo se fundía con su propia vida. Había empezado a recoger objetos del campo que caían en desuso a los 14 años y no había parado desde entonces. Su obsesión por recuperar el pasado era tal que cualquier cosa que guardara relación con la vida tradicional de Islandia tenía cabida en sus salas.

—Primero coleccionaba objetos sólo para mí —me dijo mientras se ofrecía a mostrarme el museo—. Después vi que a la gente le interesaba y en 1949, hace más de sesenta años, abrí el museo. Empecé en una pequeña sala de la escuela de Skógar, pero en 1984 lo trasladé a otro lugar y desde hace doce años está aquí, en este edificio que construimos aposta. Viene mucha gente a verlo, aunque hoy no, claro. La culpa es del maldito volcán…

—Habla de él como si fuera algo animado.

—En Islandia la naturaleza está viva —sonrió de un modo élfico—. No me diga que no se ha dado cuenta… Antes se decía que cuando estallaba un volcán era como un castigo del cielo porque la gente no se portaba bien. Ahora ya no lo dicen, pero…

—Quizás es por la crisis económica…

—Podría ser… —me observó de arriba abajo con una mirada torva—. En los últimos años parece que todos han enloquecido. La gente de Reykiavik se desentendió de sus orígenes y los banqueros pensaron que podían comprar medio mundo… Y no, no hay que olvidar que estamos ligados a la dura vida de esta isla.

A medida que avanzábamos por las distintas salas del abarrotado museo me daba cuenta de la gran cantidad de objetos antiguos que Thórdur Tómasson había conseguido acumular: desde utensilios de cocina y de labranza hasta vestidos, bordados, joyas, muebles, objetos de iglesia, libros y epitafios. Toda la Islandia de antes parecía resumirse entre aquellas paredes, como una muralla de resistencia ante la ola de modernidad que el viejo Thórdur no estaba dispuesto a aceptar.

—Nadie entiende por qué colecciono tantas cosas… —meneó la cabeza, como si él mismo pusiera en cuestión las muchas horas dedicadas al museo.

—¿Y por qué lo hace?

—Cuando era niño se me apareció un espíritu en plena noche y me dijo que lo hiciera —los espíritus asomaban de nuevo, confirmando que estábamos en Islandia—. Y lo hice, claro.

—¿Un espíritu? —repetí la palabra con extrañeza.

—Sí, sí, un espíritu. Ahora la gente está tan ocupada comprando y viendo la tele, que ni se da cuenta de que están ahí. Pero los espíritus existen, créame.

—Usted creció aquí, ¿no?

—Mi padre era granjero y yo crecí en una granja aquí cerca. Pero entonces esto no era como ahora, ni mucho menos —levantó las cejas para subrayar la diferencia—. Vivíamos como en la Edad Media… Todo ha cambiado mucho en Islandia en los últimos años. Antes éramos un país aislado y frío, alejados de todo, desconectados del mundo, y ahora en verano la isla se llena de turistas…

—¿Qué es lo que era distinto?

—Pues que antes se hacía todo en casa. Éramos pobres y teníamos que vivir con lo que había alrededor. Ahora todo se compra hecho. Vas a una tienda, lo compras y ya está. Antes no era así. Había que trabajárselo. No había ni dinero ni tiendas donde comprar tantas cosas.

—Dice que su padre era granjero.

—Granjero y pescador. Entonces todos lo eran. Trabajaba la tierra, pero una parte importante de la comida salía del mar. Él salía a pescar en una barca de remos, pero sólo cuando el mar estaba calmado. Aquí el mar puede ser muy traidor… Nunca hay que fiarse.

Nos detuvimos ante una vitrina en la que se exponían una serie de objetos relacionados con los elfos y otros seres ocultos, un clásico en Islandia.

—Aquí hay muchas rocas en las que habitan espíritus —me comentó Thórdur, absolutamente convencido de su existencia—. En Islandia viven hadas, elfos, espíritus… Tienes que ir con cuidado de no molestarlos, porque si lo haces te pueden acarrear desgracias.

—¿Usted los ha visto alguna vez?

—Yo no —dijo con un fastidio evidente—, pero los ha visto mucha gente. Yo siento su presencia cuando paso por determinados lugares, pero nunca los he podido ver. Me giro de repente y ya no están. Son muy hábiles…

Thórdur alargó la mano para mostrarme tres piezas que, según me informó, un elfo había dejado a una mujer que no creía en los seres ocultos.

—Ella soñó que un elfo le decía que encontraría algo suyo en una arca que tenía cerrada con llave —me explicó bajando la voz, como si hubiéramos entrado en un terreno minado y hubiera que extremar las precauciones—. Cuando se levantó, fue directamente al arca, la abrió con la llave que tenía escondida y encontró en el interior un peine.

—¡¿Un peine hecho por los elfos?!

—Sí, claro —respondió sin inmutarse—. Este peine… ¿Quién si no podía haberlo dejado allí? Unos días después aparecieron unas tijeras, y después una aguja. Todo eran cosas hechas por los elfos.

De nuevo me encontraba con alguien que creía a pies juntillas en los seres ocultos. No es que sea poco habitual en Islandia, una isla, según dicen, llena de elfos, pero digamos que en Reykiavik la gente no tendía a ser tan crédula.

—Pero, vamos a ver, ¿usted cree de verdad en esos seres ocultos? —le pregunté abiertamente, recordando que según las encuestas oficiales un 55% de los islandeses cree en ellos… y un 5% incluso afirma haberlos visto alguna vez.

—¡Por supuesto que sí! —me clavó una mirada desafiadora, como si el solo hecho de ponerlo en duda fuera un sacrilegio—. La verdad es que los islandeses nunca hemos sido cristianos al cien por cien. Siempre hemos creído en temas paganos, y especialmente en los seres ocultos que viven en la naturaleza. Aquí la naturaleza es muy, pero que muy poderosa. Basta con dar una vuelta por la isla para comprobarlo.

Mientras empezaba a sospechar que Thórdur era un elfo disfrazado de anciano —había algo en el brillo de sus ojos y en su manera de caminar que parecía indicarlo—, me mostró un riñón de madera que se usaba antiguamente en las granjas para prevenir el fuego, un pedazo de lava que protegía de los truenos, una piedra con forma de pan que se utilizaba para que no faltara la comida en las casas, amuletos de la suerte de los pescadores y unas cuantas pajitas hechas con huesos de pescado para que los niños bebieran la leche.

—Todo está hecho por los propios campesinos con lo que había a su alrededor —precisó con su mirada incisiva—. Todo se aprovechaba, no se tiraba nada… Entonces llegaban muy pocas cosas de fuera.

—¿Usted de qué trabajaba antes? ¿Era campesino?

—Yo me he dedicado siempre al museo, una actividad que me toma todo el tiempo —presumió con orgullo—. Piense que vienen unos 45.000 visitantes al año. Incluso en invierno viene gente. Pocos, es cierto, no más de mil, pero yo no cierro nunca. Excepto estos últimos días, por culpa del volcán…

—Los volcanes también son algo típicamente islandés —sonreí—. Quizás debería integrarlos en el museo.

—Los volcanes siempre están allí y de vez en cuando hay uno que entra en erupción, pero la verdad es que nunca lo

había tenido tan cerca —miró por la ventana con desconfianza en dirección al Eyjafiallajökull—. Ha sido una experiencia terrible, apocalíptica.

En la siguiente vitrina, unos juguetes hechos con huesos de animales, un conjunto de aperos del campo y unas cucharas de cuerno disiparon su preocupación y desviaron su atención hacia otros temas.

—Veo que lo está apuntando todo —se río al ver que tomaba notas en mi pequeña libreta—. Podría escribir un libro sólo con lo que hay en el museo y con lo que yo puedo contarle… Fíjese en estas herramientas del campo: en 1921 un granjero las hizo con lo que tenía a mano. «Era demasiado caro comprarlas», me dijo cuando las donó al museo. Hacía también otras piezas, de todo. Murió en 1969, con 80 años. Ahora sus objetos se exponen aquí, para que la gente vea como era la vida de antes en la isla.

—¿Piensa que la vida en Islandia es mejor ahora?

—Era mucho mejor antes —respondió sin dudarlo.

—Pero ahora pueden construir mejores casas, protegerse del frío, tener coches para ir a Reykiavik…

—Ahora la vida es más fácil, cierto, pero los jóvenes dejan el campo y se van a vivir a Reykiavik. Antes había muchas granjas y era bonito crecer en esta comarca. Nos gustaba mucho. Era una vida más tranquila, más vinculada a la naturaleza, como en la Edad Media… Éramos pobres, pero felices. Toda la familia trabajaba en la misma habitación…

Permaneció unos minutos en silencio, la mirada perdida en un punto impreciso de la sala, hasta que decidió pasar página y avanzar hasta la siguiente vitrina. Allí me mostró unos huesos largos, limados hasta aplanarlos, que antaño hacían las veces de raquetas de nieve.

—Me los hacía mi padre —recordó con emoción, viajando de nuevo al reino de la nostalgia—. Los últimos son de 1972.

Después ya se compraban otras cosas, hechas en fábricas… Caminábamos con estos huesos atados a los pies y con una vara entre las piernas para impulsarnos. En medio de la vara había un cascabel para ahuyentar a los espíritus.

—Otra vez los elfos…

—Por aquí hay muchos elfos, sí —ni sombra de ironía en su voz—. A los extranjeros os cuesta creerlo, pero los hay. Los espíritus te visitan de noche y a veces te alertan de cosas que van a suceder. Siempre hay que hacerles caso.

Los seres ocultos, bien sea en forma de elfos, de trolls o de espíritus de los antepasados, son una constante en Islandia, y parecían tener en Thórdur Tómasson a su principal profeta. Según una leyenda islandesa, convenientemente cristianizada, los seres ocultos habían surgido un día en que Eva recibió la visita de Dios. Viendo que algunos de sus hijos estaban muy sucios, decidió ocultarlos tras unas rocas, y cuando Dios los descubrió los condenó a permanecer invisibles para siempre jamás. La versión pagana, sin embargo, era mucho más sencilla: los seres ocultos eran, en Islandia, una encarnación de su prodigiosa naturaleza.

Proseguimos la visita del museo en silencio, entre condones para animales hechos con materiales naturales, sacos de piel de caballo y una vejiga de vaca que se utilizaba para medir la presión, todo un contraste con los barómetros, los GPS y otros artilugios del presente. Al llegar frente al cráneo de un macho cabrío, Thórdur me contó que se solía poner en lo alto de las casas para atraer a la buena suerte.

En la siguente sala, Thórdur, súbitamente inspirado, se sentó al órgano para tocar viejas canciones islandesas. Mientras lo hacía, echaba la cabeza hacia atrás y adoptaba una pose soñadora, como si estuviera conjurando aquel

pasado que tanto lamentaba haber perdido, o como si buscara aislarse de la crisis que tanto preocupaba a los islandeses. Después cambió el órgano por un *langspiel*, un antiguo instrumento de cuerda. No cantaba mal, y hasta parecía que los objetos del museo iban cobrando vida a medida que avanzaba la canción.

—Los jóvenes de ahora ya no saben cantar estas canciones —se lamentó al terminar—. No sé dónde iremos a parar. Todo se pierde…

Al llegar a la última sala, Thórdur señaló la gran barca antigua, con las velas desplegadas y cuatro remos a cada lado, que reinaba sin oposición. Tenía pintado en la proa el nombre de Pétursey (La isla de Peter) y, a pesar de estar encerrada en el museo, se la veía enorme, majestuosa, desafiante.

—Es la pieza más importante que tengo —dijo, orgulloso, apoyándose en ella—. La construyeron en 1855 y la retiraron en 1946. Así era como antes salía la gente al mar. No era una vida fácil, no… El mar aquí puede ser muy violento y los pescadores tenían que ser gente valiente.

Sin dejar de lado los problemas de la vida de antes, Thórdur avanzó hasta un bordado precioso expuesto en una de las vitrinas.

—¿Has oído hablar del secuestro de más de doscientos esclavos de las islas Vestman por parte de piratas turcos? —me preguntó.

—Fue en el siglo XVII, ¿no?

—En 1627 para ser exactos. Sólo 45 pudieron regresar a Islandia, diez años después. Una mujer prometió entonces que haría un mantel bordado para el altar de la iglesia si volvía. Es este.

Era aquel un increíble paseo por el pasado reciente de Islandia. Todos los episodios de la historia del país, por

nimios que fueran, parecían concentrados en aquel museo increíble.

Thórdur me mostró todavía una serie de cartas y mapas antiguos que se alternaban con huesos de ballenas, arpones para tiburones y hallazgos arqueológicos que probaban que en aquel museo cabía prácticamente todo, y terminó destacando entre los libros del museo un ejemplar de la primera Biblia impresa en Islandia, del año 1584, y varias copias de las sagas que solían leerse junto al fuego siglos atrás.

—Hoy la gente ve demasiado la televisión —apuntó en tono de censura—. Ellos se lo pierden. Las sagas son mucho más interesantes, las sagas son la esencia de Islandia… Pero, en fin, todo se pierde… Ahí fuera hay unos cuantas casas de antes que he conseguido salvar: casas hechas con turba, la escuela, la iglesia…

Me despedí de Thórdur con la sensación de que había estado hablando con un auténtico representante de la Islandia de antes de la independencia, de aquella Islandia que era todavía una isla pobre en la que la gente vivía del cultivo de la patata y de la pesca del bacalao, y en la que apenas si circulaba el dinero. Nada que ver con la Islandia de la crisis que podía verse cuando caminabas por Reykiavik.

Cuando salí del museo me sorprendió oír las risas cristalinas de los jóvenes que retiraban con grandes palas, entre comentarios jocosos, la ceniza acumulada cerca de las casas de turba. Tuve la impresión de que allí, en Skógar, la vieja y la nueva Islandia se daban la mano de un modo simbólico. Por lo menos durante unas horas.

6. Corazón volcánico

Continuamos viajando en dirección norte, con Helgi al volante y Einar contando historias sin parar, hasta que pudimos ver de lejos el Myrdalsjökull, un gran glaciar ennegrecido por la ceniza. Era una imagen apocalíptica: una capa negra cubriendo el hielo, como si toda la isla estuviera de luto. De repente el paisaje se transformaba en un desapacible diálogo en blanco y negro, como si estuviéramos en otro mundo, o inmersos en una pesadilla. Aunque conviene advertir que la sensación de encontrarse en un mundo diferente no es, por otra parte, del todo extraña en Islandia, un país en el que un 10% de su superficie está cubierta de hielo y que sólo es habitable en un 20-25%.

Me apetecía volver a adentrarme en la parte central de la isla, allí donde el paisaje volcánico se impone de un modo contundente, sin paliativos, pero por desgracia no disponíamos de tiempo. Tanto Einar como Helgi tenían que regresar aquella misma tarde a Reykiavik y no podíamos regalarnos otra vuelta por la isla. Lástima.

Mientras Helgi giraba en redondo su todo terreno para regresar a la capital recordé una excursión que había hecho

años atrás a Landmannalaugar, uno de los lugares más bellos de Islandia.

—Landmannalaugar significa «la piscina de la gente» —me había dicho Einar—. Allí, en medio de un paisaje precioso, se abre paso un río de agua caliente en el que es un placer bañarse. Tienes que ir, aunque yo no podré acompañarte.

Fui, claro. Un lugar como aquel no podía perdérmelo. Y no me decepcionó. Landmannalaugar estaba situado muy cerca del volcán Hekla, siguiendo la pista que llevaba hacia el interior a través de un paisaje volcánico que iba perdiendo el color a medida que avanzábamos. Pistas sin asfaltar, una infinidad de piedras, coladas de lava, ríos de aguas impetuosas y una singular gradación de grises caracterizaban el interior de la isla.

A la llegada a Landmannalaugar, sin embargo, todo cambia de repente. Tanto por el río de agua caliente, en el que ciertamente es un placer darse un baño, como por las montañas de riolita, una roca volcánica de distintos colores, los campos de lava y los inesperados prados llenos de flores que surgen de vez en cuando, como una aparición. Es un lugar ideal para realizar excursiones en verano, cuando está abierta la pista de acceso.

—Dada la gran cantidad de gente que va de excursión por aquí, no es de extrañar que al camino principal lo hayan rebautizado popularmente como Laugavegur, el nombre de la calle mayor de Reykiavik —me comentó con una sonrisa uno de los guías del valle—. Los más atrevidos, sin embargo, prefieren alejarse de la multitud e ir más allá, hasta Bláhnukur («Pico Azul»), una montaña de 943 metros de altura desde cuya cima se divisa un maravilloso panorama de este paisaje entre lunar y mágico.

Aunque suene cursi, Landmannalaugar puede describirse como una sinfonía de colores transformada en paisaje. Mires donde mires, puedes admirar un espectáculo soberbio, con montañas que van del amarillo al rosa, pasando por el blanco, el verde y el rojo, frecuentes fumarolas, desolados campos de lava con caminos serpenteantes que los atraviesan y el río de agua caliente que se abre paso entre el verde y en el que casi siempre hay unas cuantas turistas en remojo. En el valle hay un camping donde puedes instalarte para explorar la región, siempre que la lluvia lo permita, y una granja donde se pueden alquilar caballos islandeses.

Decididamente, si uno quiere hacer una buena inmersión en los paisajes volcánicos de Islandia, hará bien en quedarse unos días en Landmannalaugar, ya que el lugar refuerza su belleza incontestable en cuanto, a media tarde, se alejan los autocares de las excursiones de un único día.

—Algunos expertos han detectado recientemente actividad en el volcán Hekla —comentó Helgi sin dejar de conducir, devolviéndome de golpe al presente—. No te extrañe si es el próximo en entrar en erupción.

Hacía sólo unos días que el Eyjafiallajökull había dicho basta y ya empezaban a especular sobre cuál sería el siguiente volcán en animar el cotarro. Decididamente, en Islandia resulta difícil aburrirse.

El Hekla, cuya cima parecía pugnar por rasgar las nubes que lo envolvían, es un volcán mítico en Islandia. Después de la violenta erupción de 1104, alguien lo bautizó con el sobrenombre de Puerta del Infierno, lo que llenaba de temor a quienes vivían en las cercanías. La leyenda duró hasta bien entrado el siglo XVIII, cuando todavía los islandeses evitaban acercarse al volcán por miedo a que se los llevaran los demonios. No fue hasta el 20 de junio de 1750 que el

explorador Eggert Ólafsson consiguió llegar a su cima de 1.421 metros y deshacer el misterio que envolvía al volcán.

—Las erupciones del Hekla han sido muy variadas y existe la creencia de que cuanto más tiempo duerma el volcán, más grande será la siguiente erupción —apuntó Einar.

—Pues menudo panorama…

—Desde el año 874 ha habido una veintena en el Hekla —continuó—. Aún recuerdo la más reciente, en febrero del 2000. El 10% de la tefra producida en Islandia en los últimos mil años procede del Hekla y se calcula que es uno de los volcanes que más lava ha producido en el mundo: unos ocho kilómetros cúbicos.

—El Hekla impone respeto, pero la erupción de la que se guarda peor recuerdo en Islandia fue la del Askja, un volcán situado mucho más al norte —intervino Helgi—, más allá de los glaciares.

—El Askja… —acerté a repetir, poco acostumbrado a la familiaridad volcánica de los islandeses.

—Entró en erupción por última vez en 1961, pero fue en marzo de 1875 cuando dejó un trágico recuerdo. La lluvia de cenizas y gases tóxicos afectó a las granjas del este de la isla, envenenando los campos, matando a buena parte del ganado y provocando una gran migración hacia tierras americanas.

Recordé que un par de años antes yo había viajado hasta la zona del Askja en un 4x4, desde el lago Myvatn, junto con unos amigos de Akureyri. Confieso que durante el largo avance en zigzag por el inmenso campo de lava me costó articular palabra. Me fascinaba aquella aproximación lenta, y me turbaba la gran extensión de aquella colada de lava que medía más de sesenta kilómetros de largo y ocupaba

una superficie de 5.000 kilómetros cuadrados. Era un camino hacia una tierra desértica, hacia un mundo desprovisto de vida, hacia la nada.

Poco después de cruzar el ancho río Jökulsá á Fjöllum, que nace a los pies del Gran Glaciar, el Vatnajökull, comprobé que el agua conseguía abrir un espacio de verdor en medio de la lava y piedra de Odadahraun, nombre que, traducido, significa nada menos que el Desierto de los Crímenes.

—Aquí era donde en el pasado obligaban a malvivir a los proscritos —me explicó Hugrun, una de las chicas del grupo.

—¿Proscritos? —repetí la palabra, que me sonaba a novela histórica de aventuras.

—El más famoso era Fialla-Eyvindur (Eyvindur de las Montañas). Vivió veinte años en este desierto, en una cabaña al pie de la montaña Herdubreid —señaló Hugrun, que había trabajado de *ranger* en este lugar durante tres veranos seguidos—. Era una especie de Robin Hood del siglo XVIII que tenía cabañas en distintos lugares de la isla.

—¿Vivía solo?

—Le acompañaba su esposa, Halla, una mujer fuerte y valiente. Al parecer, Fialla-Eyvindur robó a una mujer algo de poco valor cuando era niño, y esta le lanzó una maldición que decía que tendría que robar toda su vida. Cuando alguien intervino para que suavizara el maleficio, lo único que añadió fue que nadie le atraparía nunca. Y así ocurrió, aunque su vida fue muy dura.

—¿Y vivía en este desierto? —eché una mirada alrededor, en aquel paisaje que parecía absolutamente desprovisto de vida.

—Fue una vida muy dura, en efecto. Se dice que un día, en pleno invierno, su esposa lanzó a sus tres hijos por una cascada para evitar que murieran de hambre y frío.

Si ya en verano el lugar me parecía inhóspito, no quería ni imaginarme cómo debía de ser en invierno, cuando la nieve lo cubría todo y el frío se te metía hasta los huesos.

A un lado de la pequeña cabaña de Fialla-Eyvindur, convertida en atracción turística, se levantaba una impresionante montaña de cumbre plana, el Herdubreid, de 1.682 metros de altura; al otro lado, en la lejanía, se podía ver el Snaefell, de 1.833 metros, el pico más alto de Islandia que no forma parte de un glaciar.

—Se los conoce como el Rey y la Reina —me contó Hugrun—, y cuando hace un día claro, como hoy, se dice que ambos se miran fijamente a los ojos…

—Aquí, por lo visto, hasta las montañas están vivas…

—Dice una leyenda que hace muchos años ambos gigantes, queriendo mostrar su fuerza, se dedicaron a lanzarse piedras el uno al otro cada vez más grandes. Por eso este valle es tan pedregoso.

Continuamos adelante hasta llegar al lugar donde los astronautas de la Misión Apolo se entrenaron antes de ir a la Luna en 1965. El paisaje era una mezcla de tierra blancuzca y beis, apenas sin vegetación, con algunas piedras y rocas negras como lanzadas al azar. La sensación de estar en un mundo inhóspito se acrecentaba por momentos.

—Parece un lugar encantado, ¿verdad? —apuntó Hugrun—. Por aquí hay muchos lugares con fama de estar encantados, y este es sólo uno de ellos. Dicen que por la noche se llena de fantasmas y de espíritus.

Miré a mi alrededor, pero no conseguí ver ningún fantasma. Ni tan siquiera un espíritu o un elfo. Por lo visto, aún no era su hora.

La siguiente parada fue en Drekagil, una zona de acampada situada junto a un río, con una cascada medio oculta entre las rocas. Allí montamos la tienda, dejamos lo

prescindible y continuamos en el 4x4 hasta llegar a la parte más reciente del campo de lava del volcán Askja.

—Fïjate que aquí la lava tiene un color más negro —me apuntó Hugrun—. Es más reciente, de la erupción de 1961.

Pensé entonces que 1961 quedaba demasiado cerca para mí. Que me hablaran de los desmanes causados por erupciones de siglos pasados, podía ser un interesante tema de conversación, pero 1961 era una fecha inquietantemente cercana. De todos modos, la gran erupción del Askja, la que originó la mayor parte del campo de lava, tuvo lugar en 1875. Muchos animales murieron entonces y fueron muchos los granjeros que decidieron emigrar a América. El centro de la isla era, evidentemente, el territorio de los volcanes, de la no vida.

Tuvimos que caminar por una tierra oscura, con algunas manchas de nieve y un círculo de montañas alrededor, para llegar hasta el centro de la caldera. Una ceniza oscura y compacta cubría ahora el terreno que pisábamos.

—Debajo hay capas de hielo que quedó aprisionado cuando la erupción —me aclaró Hugrun—. Fíjate que tus pasos resuenan de un modo distinto.

Efectivamente, el eco de los pasos era ahora sordo, extraño, como si detectara el hielo que había bajo la superficie. Mientras, el cielo se había cubierto de nubes y la temperatura había bajado unos cuantos grados, hasta situarse por debajo de los 10. El frío repentino convertía el lugar en un rincón todavía más inhóspito.

Continuamos subiendo hasta llegar al volcán Viti, nombre que significa Infierno en islandés. El cráter se encuentra en el fondo de una caldera de unos 150 metros de diámetro y, visto desde lo alto, su color verde claro contrasta con el del lago contiguo, el Öskjuvatn, mucho más extenso y con una agua de un duro color gris metálico.

—El Viti es de agua caliente, mientras que en el otro el agua está muy fría —me aclaró uno de los amigos—. ¿Quieres bañarte?

—Bueno —acepté—, pero que sea en el de agua caliente.

Bajamos por la pendiente rebaladiza hasta llegar al lago verdoso. Sumergirse en sus aguas sulfurosas en medio del frío reinante, era como hacerlo en una bañera de agua caliente, aunque el intenso olor a azufre llevaba a pensar en lo adecuado de su nombre: parecía un lago surgido del infierno.

La verdad es que se estaba bien allí, aunque si echabas un vistazo alrededor no te sorprendía recordar que no muy lejos se habían entrenado los astronautas para su paseo lunar. El paisaje de la luna no podía ser muy diferente.

—El lago Öskjuvatn es el más profundo de Islandia —comentó Hugrun, que parecía haberse convertido en mi guía particular—. Está situado en el cráter del Askja y su nombre significa «el lago del Askja». Tanto este como el Viti fueron creados por la erupción de 1875.

—¿Por aquí también hay espíritus? —pregunté.

—Pues podría —respondió ella en serio—, ya que hace unos cien años, en 1907, dos científicos alemanes desaparecieron sin dejar rastro cuando exploraban el lago en un bote. Fue un drama. La novia de uno de ellos organizó una expedición para buscarlos, pero no encontraron ni la más mínima pista.

Otra típica desaparición islandesa, que diría el escritor Arnaldur Indridason.

En el lago hay extrañas corrientes y se especula sobre si un seísmo provocó un desprendimiento de tierra que se los tragó, pero la verdad es que nunca más se supo nada de los dos científicos.

Cuando empezó a lloviznar, volvimos de prisa sobre nuestros pasos y nos alejamos de aquel lago misterioso. Volvimos a sentir el eco sordo de nuestros pasos sobre la ceniza y caminamos en silencio hasta que desembocamos en el extenso campo de lava.

Fue cuando ya nos aproximábamos a Drekagil, el lugar donde habíamos plantado la tienda, que uno de los amigos me habló de la gran presa que estaban construyendo no muy lejos de allí, la de Kárahnjúkar. «Es una lástima», opinó, «ya que sus aguas se tragarán una buena parte del centro de la isla».

Volvería a oír hablar de la presa varias veces aquel día, y en mis siguientes viajes a Islandia. Su construcción estaba levantando un fuerte debate que enfrentaba a los partidarios de preservar la naturaleza con los financieros que preferían poner en primer lugar los beneficios que decían que reportaría para Islandia.

7. Palabra de vulcanólogo

Magnus Tumi Gudmundsson, el vulcanólogo que siguió desde la primera línea de fuego la erupción del Eyjafiallajökull, me citó en un lugar de Reykiavik que me pareció muy adecuado: el edificio Askja de la Ciudad Universitaria. Me gustó que el edificio, que alberga la facultad de Geología, tuviera nombre de volcán. Ya que en este viaje no podría volver al Askja, por lo menos visitaría el edificio que llevaba su nombre.

Mientras me esperaba frente al despacho de Magnus Tumi, y recordaba de paso que la puntualidad no es una virtud muy islandesa, me entretuve mirando los recortes de prensa que había en el tablón de anuncios. En uno de ellos, perteneciente a la portada del *Morgunbladid* del 17 de mayo de 2010, se veía una gran foto del vulcanólogo, con traje de faena y hielo hasta la cadera, tomando muestras de ceniza en el glaciar del volcán. Decididamente, ser vulcanólogo en Islandia no podía ser un trabajo aburrido.

Magnus Tumi Gudmundsson apareció con unos minutos de retraso, luciendo una gran sonrisa. Era más joven de lo que me esperaba y se le veía relajado y feliz, sin ningún síntoma de estrés a pesar de la gran cantidad de horas extras que le había supuesto la erupción del volcán. Durante un par de meses, la prensa de todo el mundo se había

peleado por entrevistarle, pero a él aquello no parecía alterarle. Al contrario, se le veía tan tranquilo.

—Estos últimos días —recordó mientras se sentaba en su pequeño despacho— me llamaban de todo el mundo, pero ya aprendí a tratar con los medios de comunicación cuando hubo otra erupción hace catorce años. Yo tenía entonces 35 y fue mi primer combate con los medios.

—¿Y qué aprendió?

—Pues que tengo que atenderlos siempre que no interfieran en mi trabajo. Por ejemplo, me niego a acompañarlos al cráter, aunque me lo proponga la CNN o la BBC…

—¿Por qué?

—Si lo hiciera, no podría hacer bien mi trabajo de geólogo. Por otra parte, ya sé que me persiguen y que resulta mareante, pero en cuanto pasa la noticia, el acoso cesa de repente y vuelve la calma.

El despacho de Magnus Tumi estaba repleto de libros como suelen estarlo los despachos de los sabios despistados; es decir, más que repleto de libros estaba desbordado de libros. Los había en los estantes, encima de la mesa e incluso apilados en el suelo en columnas de equilibrio precario. Me entretuve leyendo algunos títulos mientras el vulcanólogo atendía una llamada; la mayoría trataba de volcanes, geología, terremotos y otros desastres naturales típicamente islandeses. Me llamó la atención descubrir, en el estante más alto, una caja con un juego que decía: «Construye y erupciona tu propio volcán». Aquella debía de ser la ocupación del vulcanólogo modelo en sus horas libres.

Antes de iniciar la entrevista, Magnus Tumi me comentó de pasada que su hermano era el gobernador del Banco Central de Islandia, con lo que me confirmó una vez más que

el mundo es un pañuelo, sobre todo en Islandia, un país poco poblado en el que la endogamia alcanza límites insospechados. A continuación, como si fuera inevitable, bromeó sobre los estados de emergencia que ambos hermanos tenían que gestionar: uno se ocupaba de los volcanes y el otro de la economía, los dos temas estrellas de la Islandia actual.

—El Eyjafiallajökull ha estado activo muchos días, pero aquí en Islandia ya sabemos que las erupciones volcánicas son frecuentes —apuntó cuando entramos en materia—. Hay una cada cuatro años de promedio, lo que supone entre veinte y treinta cada siglo. La mayoría son de carácter explosivo, pero muy pequeñas.

—Estará de acuerdo en que esta, por las molestias que causó y la repercusión que tuvo, fue muy especial.

—Fue difícil de gestionar porque se trata de un volcán muy próximo a la gente. A siete kilómetros del cráter hay una granja y justo encima un glaciar. En esto último radicaba el peligro, ya que la erupción podía fundir el hielo y provocar una inundación que podía causar víctimas. Pero por suerte estábamos preparados. Aquí, en Islandia —aclaró con una sonrisa—, estamos más preparados para los volcanes que para los desastres financieros.

—Supongo que, tratándose de un país volcánico, debe de haber mucha gente trabajando en este departamento.

—Sólo somos cinco vulcanólogos —otra sonrisa—. Recuerde que estamos en Islandia y que no somos muchos. Pero estamos coordinados con Protección Civil, que es muy eficaz. La gente suele hacer broma sobre el tema y dicen que si fuera Protección Civil quien gobernara, el país iría mucho mejor.

Las alusiones al crítico momento que atravesaba la economía islandesa se repitieron a lo largo de toda la

entrevista. Por lo visto, las erupciones volcánicas se habían convertido en la mejor metáfora sobre el tema.

—Tuvimos que desplazar a 800 personas de las granjas cercanas al volcán, pero todo fue bien —prosiguió Magnus Tumi—. No hubo ni un herido. Por otro lado, tuvimos la suerte de que las inundaciones no fueron muy graves y no causaron grandes daños, ni a las granjas ni a las carreteras. El gran problema fueron las cenizas, y me temo que aún tendremos que luchar contra ellas por un tiempo.

—En cualquier caso, parece que en Islandia ya están acostumbrados.

—Podríamos decir que en los últimos años muchas cosas han dividido a la gente en Islandia, sobre todo el *boom* económico y la crisis posterior, pero las erupciones volcánicas son algo que nos une. Es la parte positiva del problema —rió—. Ya que no podemos controlar a la naturaleza, tenemos que luchar todos juntos contra los desastres naturales.

—¿Y por qué causó tantos problemas la ceniza? En otras erupciones esto no pasaba.

Estuvo cayendo durante dos semanas. Ya había sucedido antes, pero esta vez la ceniza era muy fina… El efecto del Eyjafiallajökull habría sido sólo un fenómeno local de no haber afectado a los vuelos. El viento sopló hacia el sureste y, como la ceniza era muy fina, la llevó muy lejos, hacia el continente. El principal problema tuvo como escenario el cielo europeo, con muchos vuelos cancelados.

—¿Y cuál es la situación ahora?

—La erupción del volcán ya ha cesado, pero no sabemos por cuanto tiempo… La última del Eyjafiallajökull, entre 1921 y 1923, duró con algunas interrupciones un total de catorce meses. Habrá que estar atentos…

A continuación, Magnus Tumi se puso a recordar las erupciones de los últimos cuarenta años en Islandia. Parecía sabérselas de memoria; mejor dicho, no sólo las conocía de memoria sino que las recordaba todas al detalle. Se entretuvo enumerándolas una por una hasta llegar a la conclusión de que en Islandia había habido un total de ocho erupciones con ceniza y, de todas ellas, la del Eyjafiallajökull era la única que había causado problemas fuera de la isla.

—En los otros casos, el viento empujó la ceniza hacia el norte —concluyó—. Ahora ha sido al revés y Europa, por lo visto, no estaba preparada.

—¿Piensa que se exageró al cancelar todos los vuelos?

—En Sudamérica y Alaska no son tan drásticos —hizo una pausa, como si buscara la respuesta correcta para no meterse en líos—. Pero es que en Europa hay muchos más vuelos: unos 28.000 diarios. Por eso se notaron mucho más las consecuencias. En cualquier caso, las autoridades siguieron las normas... Fue una erupción moderada, pero hay que admitir que en Islandia son muy pocas las de tamaño grande.

—¿Puede ser el Katla el próximo en entrar en erupción?

—Es una posibilidad. El Eyjafiallajökull entró en erupción en cuatro ocasiones anteriormente: 1921-1923, 1612, 920 y hacia el 500 a. C. No es frecuente. El Katla, en cambio, entra en erupción más o menos cada cincuenta años. Es evidente que hay una relación entre ambos volcanes... Por tanto, nos tomamos seriamente la posibilidad de que pueda haber otra erupción. De todos modos, lo tenemos todo monitorizado, con sensores y GPS. Ahora estamos vigilando al Katla muy de cerca y de momento no hay evidencia de que se prepare una erupción.

—Dicen que Islandia es el país ideal para un geólogo. ¿Está usted de acuerdo?

—Es una isla muy viva en la que siempre pasan cosas —respondió ampliando la sonrisa—. Tenemos esa suerte… Por otra parte, aquí la gente se interesa mucho por la geología. De todos modos, en el sector financiero los sueldos son más altos… —nueva sonrisa y nueva pulla a la crisis económica—. Hay el mito de que aquí todos creemos en los elfos. Yo no. Es como el chiste ese que corre, de que Björk es un semielfo… Lo cierto es que aquí la naturaleza domina y la gente siente mucho la relación con ella. Hay una fuerte conexión con la tierra, y los elfos forman parte de esto.

—¿Es cierto que llegan a desviar carreteras para no molestarles?

—Ha sucedido algunas veces. La gente no quiere que destruyan unas rocas donde antes se creía que vivían seres ocultos. Pero estas supersticiones están en todas partes. No sólo en Islandia.

Magnus Tumi Gudmundsson se levantó en ese momento para mostrarme sobre un mapa el origen de tanta actividad volcánica en Islandia. El motivo radicaba en el choque de dos placas continentales, la de Norteamérica y la Euroasiática.

—La razón principal de los volcanes y terremotos es la placa de América del Norte —indicó—. Va por debajo del agua, pero emerge justo al llegar a Islandia, donde choca con la Euroasiática. La placa avanza muy lentamente, pero en términos geológicos muy deprisa. Por eso se alza sobre el mar y hay mucho vulcanismo. Todo el sistema avanza en dirección Este, que es donde se concentran los volcanes en Islandia. De vez en cuando asciende el magma y es cuando surgen las erupciones volcánicas. En unos pocos milenios, probablemente la isla crecerá, ya que avanza hacia el Este.

—Las islas Vestman, situadas al este de Islandia, deben de ser las más expuestas, ¿no? —comenté apuntándolas en

el mapa.

—Lo son, en efecto. La isla de Surtsey nació en 1963 de una erupción que duró en total tres años y medio. Esperemos que la del Eyjafiallajökull, con sus interrupciones, no dure tanto.

—He leído que en el pasado llegaron a pensar en evacuar Islandia por su actividad volcánica.

—Esto ocurrió hace mucho tiempo, cuando se produjo la erupción del Laki, en 1783. No fue la más grande, pero sí la segunda más importante después de la colonización. En el año 934, la del volcán Eldgja, que está en el mismo sistema volcánico que el Katla, frenó probablemente el asentamiento. Eldgja significa «cañón de fuego» en islandés y de aquella erupción surgió un gran río de lava, de 18 kilómetros cúbicos, el mayor flujo de basalto del que se tiene constancia en tiempos históricos.

—Los campos de lava son una constante en el paisaje islandés. Los encuentras por toda la isla.

—Otro de los ríos más grandes de lava fue el del Laki. Arrojó 12 kilómetros cúbicos de lava en ocho meses. También había sulfuros, fluorinas, cloratos… La erupción mató a cuatro de cada diez animales domésticos, y arrasó los campos. Hubo una gran hambruna que provocó más de 8.000 muertos. La noticia llegó a Dinamarca y el rey envió un barco cargado de alimentos. Intentó desembarcar por tres veces, pero no pudo por culpa del viento. Al final consiguió hacerlo en primavera. Fue entonces cuando se consideró la posibilidad de evacuar la isla.

—Ahora parece difícil que se repita una situación como aquella.

—Con la teconología moderna todo es más fácil. Lo saben los que aprovechan la energía geotérmica. Esta isla era muy

pobre a inicios del siglo XX, pero la Revolución Industrial lo cambió todo.

El vulcanólogo, que se notaba que se movía a sus anchas hablando de erupciones, terremotos y otros desastres, se puso a hablar a continuación de otra erupción que había convulsionado Islandia, la del volcán Askja. Había ocurrido en la Semana Santa de 1875, cubrió una parte de la isla con cenizas y se formó una caldera después. Muchos campos quedaron arrasados y numerosos granjeros emigraron a América. Fue una nueva muestra de la eterna lucha entre naturaleza y supervivencia.

—Es difícil saber qué ocurrirá en el futuro —reflexionó Magnus Tumi—, entre otras cosas porque aún no sabemos si ha acabado la erupción del Eyjafiallajökull. Si lo miramos con la perspectiva del tiempo, cada pocos años hay erupciones en Islandia, pero esta ha sido, desde la de Surtsey, la más difícil de gestionar.

—¿Qué pasaría si un volcán erupcionara bajo el Vatnajökull, el gran glaciar?

—Eso ya ocurrió con el Grímsvötn en 2004. Por suerte duró sólo una semana. En este caso se funde el hielo y hay grandes inundaciones. Ahora estamos esperando una erupción en el Grímsvötn, otra en el Katla y otra en el Hekla. Pero no lo vemos como una catástrofe.

—Es evidente que aquí la gente tiene espíritu vikingo y se lo toma con filosofía.

—Las erupciones siempre han formado parte de Islandia. Estamos acostumbrados, pero fíjate en Indonesia. Allí las erupciones son más peligrosas por el tipo de volcanes, y la gente aguanta. Los que viven bajo un volcán se acaban acostumbrando a él.

—Durante la erupción del Eyjafiallajökull vi imágenes de turistas que se acercaban al volcán. ¿Era peligroso?

—En absoluto. Mucha gente vino a ver el volcán. Sólo es un peligro si te acercas mucho; si no, es una experiencia espectacular. Desde una distancia de diez kilómetros se podían oír las explosiones del cráter y notar cómo te sacudían todo el cuerpo. Podías sentir el estallido de la naturaleza sin correr peligro.

—El otro día me dijo un granjero que las cenizas que aún quedan en la montaña son un peligro por la fluorina que contienen.

—Tiene que llover muy fuerte para llevarse todas las cenizas. Es cuestión de dejar pasar el tiempo. Los glaciares afectados ahora están cubiertos de una capa negra a causa de la ceniza del volcán. Si es una capa delgada, hay más deshielo, pero si es más gruesa, menos, ya que hay menos insolación.

Ya daba la entrevista por terminada cuando recordé el viaje al centro de la Tierra que imaginó Julio Verne, partiendo del cráter del volcán Snaefell. «Desciende por el cráter del Snaefellsjökull cuando la sombra de Scartaris lo acaricie, antes de las calendas de julio, viajero audaz, y llegarás al centro de la Tierra. Yo lo hice», decía el misterioso documento del profesor Arne Saknussemm. Se lo comenté a Magnus Tumi y me concedió entre risas que era una idea fascinante, pero que por nada del mundo estaba dispuesto a participar en una expedición de este tipo. «Entre otras cosas», precisó, «porque el centro de la Tierra tiene que ser un lugar demasiado caliente, y sin apenas huecos. Francamente, estoy más a gusto moviéndome por glaciares y montañas. De momento, digamos que prefiero la superficie».

8. El turismo asustado

Por lo que pude comprobar en mis conversaciones con los amigos islandeses, la erupción del Eyjafiallajökull no les preocupaba en absoluto. Es más, se reían de que sacara el tema a colación. Para ellos había sido una erupción espectacular, ciertamente, pero tenían una parecida cada pocos años y, por tanto, no era ninguna novedad. Lo que sí les preocupaba era que las cenizas que habían provocado el caos en el tráfico aéreo acabaran comportando un descenso del número de turistas en la isla. El verano, su única temporada alta, estaba muy cerca, y ahora que el país pasaba por una fuerte crisis económica, era mejor no jugar con la afluencia de turistas, una de las principales fuentes de ingresos del país, junto con la pesca del bacalao.

Las estadísticas indican claramente la progresión que ha experimentado el turismo en los últimos años en Islandia: en 1980 visitaron la isla 65.900 turistas; en 1990 la cifra subió a 141.700, en 2000 alcanzó los 302.900 y en 2008 ya eran 472.500. Es decir, que en los últimos años el número de turistas en verano superaba de largo al de islandeses.

Los síntomas de la crisis económica se dejaban ver en el centro de Reykiavik, pero me llamó la atención comprobar que las obras del faraónico Harpa continuaban adelante junto al puerto. A aquel inmenso auditorio y centro de

convenciones, que se inauguraría a mediados de 2011, no parecían afectarle los recortes. Paseando por Laugavegur, la calle mayor de Reykiavik, constaté que aunque había muy pocas obras en marcha, la vida a pesar de todo seguía aparentemente como siempre. Los mismos bares con sillas al sol, las mismas tiendas y hasta incluso la misma gente. Los precios habían bajado después de la devaluación de la corona, pero no obstante las tiendas de recuerdos estaban vacías.

—Este año, de momento, no vienen los turistas —me informó una chica rubia con trenzas a lo Heidi—. El volcán los ha asustado…, pero es pronto, todavía estamos en mayo. Espero que se animen cuando llegue el verano.

Para cuando se animaran, me mostró dos de los productos estrella de la tienda: una camiseta con una imagen del volcán Eyjafiallajökull y la leyenda: «*You wanted cash and we sent you ash*» (Queríais dinero y os enviamos cenizas), en referencia a la exigencia de algunos países europeos de que los islandeses pagaran las deudas contraídas por los bancos quebrados con ciudadanos extranjeros a raíz la crisis del 2008, y, claro está, al volcán. El otro producto estelar eran unos tarros llenos de ceniza del Eyjafiallajökull que se vendían a 12 euros, con garantía de autenticidad.

—Y para consumo interno tenemos esto —terminó la muchacha mientras desplegaba una camiseta con la leyenda: «*Wanted, dead or alive Sigurdur Einarsson*», un «se busca» dirigido a uno de los banqueros responsables de la crisis económica—. Está en la lista de delincuentes buscados por Interpol y actualmente se dice que vive en Londres.

Una vez confirmado que la crisis económica y el volcán seguían siendo los dos temas estrella, me dirigí hacia la Oficina Turística para comentarlo con la concejal de Turismo

y Cultura del Ayuntamiento de Reykiavik, con la que había quedado previamente.

Sif Gunnarsdóttir —una joven alta y rubia, de aspecto decidido— me recibió en su despacho del primer piso, con vistas a una céntrica plaza donde jugaban unos niños a los que parecía importarles un bledo tanto el volcán como la maldita crisis.

—El verano de 2009, el primero después de la crisis económica, fue fantástico para el turismo en Islandia —me informó—. Aunque la recesión fue, por supuesto, una mala noticia, mucha gente se enteró entonces de que Islandia existía y se interesó por nuestro país. Por otro lado, la devaluación de la corona hizo que por primera vez en mucho tiempo Islandia fuera un destino asequible. Era mucha la gente que soñaba con venir y los precios la frenaban.

De repente, todo era más barato en Islandia. Los *bed and breakfast*, los hoteles, la comida, las actividades... Los turistas empezaron a comprar las excursiones más caras, cosa que no sucedía antes, y se disparó el optimismo en el sector del turismo. Nunca tanta gente se había interesado antes por Islandia. *Lonely Planet* situó a la isla entre los diez mejores destinos del mundo, Reykiavik entró en la lista de ciudades más interesantes y se publicaron reportajes en muchas revistas de todo el mundo. Al final de 2009 había tanto optimismo que los islandeses esperaban lo mejor para el 2010. Pero en esto llegó el volcán.

—La erupción del Eyjafiallajökull ha sido un golpe muy duro —admitió Sif Gunnarsdóttir—. Abril y mayo han sido meses difíciles, pero confiamos en remontar. De todos modos, al inicio de la recesión vimos que el nombre de Islandia se empezaba a clicar mucho más en Google y, con el volcán, las visitas se han multiplicado por cinco. Ha

habido un interés positivo y esto nos lleva al optimismo. La naturaleza atrae a mucha gente, que se interesa por los fenómenos volcánicos, siempre que haya seguridad, claro. Aunque el primer efecto fue que bajara el número de turistas, ahora sólo puede ir a más.

—En definitiva, que el volcán ha sido una buena promoción.

—Es difícil explicar a la gente que Islandia existe, pero ahora ya lo saben. Después puedes hablar de la naturaleza, de excursiones…, pero lo primero es que sepan que existimos. El país es tan diferente de otros que tenemos mucho que explicar.

—La gente, antes, venía poco a Reykiavik. Prefería visitar el resto de la isla, la naturaleza. ¿Ocurre ahora lo mismo?

—Es cierto que hace diez años la mayoría de los turistas visitaban el país y sólo se permitían una visita rápida a Reykiavik. Pero en el 2000 Reykiavik fue, junto con otras ocho ciudades, capital europea de la Cultura y esto marcó un antes y un después. Nos dio un nombre. Dos años después se fundaba Visit Reykiavik para promocionar el turismo en la ciudad.

—¿Y qué es lo que ofrecen?

—Festivales, baños termales, museos, galerías… El número de turistas fuera de la temporada alta ha aumentado, sobre todo en abril-mayo y en septiembre-octubre, aunque de noviembre a marzo siguen siendo meses difíciles. Tenemos que organizar actos para atraer a los turistas. En los últimos años la gente hace más viajes cortos a lo largo del año, y no sólo un viaje largo en verano.

Entre los festivales de Reykiavik, destaca el Iceland Airwaves de música, que se celebra cada año en octubre: un éxito. El Art Reykiavik, en cambio, que se celebra en mayo, suele ser un fenómeno más local.

—En cualquier caso —concluyó Sif Gunnarsdóttir—, todo contribuye a que vengan más turistas. Si tienes una buena experiencia, lo cuentas y viene más gente. Esto está pasando y es importante para Reykiavik. Tenemos que construir una industria turística que atraiga a gente todo el año.

—Ahora mismo, a pesar de la crisis, están construyendo el Harpa, el gigantesco Centro de Convenciones.

—Se terminará en mayo de 2011 y ofrecerá muchas posibilidades para celebrar convenciones en Reykiavik. También programaremos más música y teatro. Es una buena noticia.

—Desde hace años se esfuerzan por promocionar la capital como una ciudad limpia.

—Es una atracción más. Creemos en la energía geotérmica. El aire aquí es muy limpio, y esto hay que subrayarlo.

—Por otra parte, la gastronomía también ha mejorado.

—Ha cambiado mucho. Todo está relacionado. Si viene más gente podemos tener mejores restaurantes. Y es que nosotros no somos tantos. Ahora tenemos cocina tradicional, de fusión, japonesa, tapas…

—¿Y cómo van los bares, otra de las grandes atracciones de Reykiavik?

Continúan como antes, aunque no los promocionamos porque está claro que hay un choque de intereses entre la gente que quiere dormir y los que quieren seguir de fiesta hasta la madrugada.

—¿Y qué es lo que promocionan como alternativa?

—En los últimos dos o tres años hemos insistido en aspectos como las piscinas, los spa… Hemos constatado que a Islandia vienen muchas familias con niños, porque es un

país seguro. También promocionamos el diseño y el *shopping*, sobre todo ahora que han bajado los precios.

Tras aquel repaso de urgencia a las posibilidades turísticas de la capital islandesa, creí oportuno cambiar de tercio para sacar un tema que hacía tiempo que me llamaba la atención: la abundante presencia de mujeres en los puestos importantes del país. Sif Gunnarsdóttir, una concejal joven e implicada en la política del país, seguro que tendría una explicación.

—Islandia es un país muy nuevo, pero su historia está llena de mujeres fuertes —me comentó—. El voto femenino se consiguió en 1915, más o menos como en otros países. A finales de los 60 y principios de los 70 el movimiento feminista de liberación fue muy fuerte. El resultado fue la creación del Partido de las Mujeres.

—¿Usted lo vivió de cerca?

—Yo era una niña en los primeros 70, pero mi madre era una activista y yo iba al colegio con una chapa del Movimiento de Liberación de la Mujer. Yo tenía 7 años y las otras niñas me decían: «¿Eso quiere decir que tu madre no cocina, que no te lava la ropa?»… En una sociedad tan pequeña la posibilidad de no estar tan encerradas en cajas es mayor que en una sociedad grande. Es una ventaja.

—La elección de Vigdis Finnbogadóttir como presidenta de Islandia, en 1980, seguro que contribuyó a cambiar las cosas.

—Su elección fue definitivamente muy importante. Ella cambió lo que creíamos que era posible, engrandeció las posibilidades de la mujer en Islandia. Pero esto no surge de la nada… Siempre hemos tenido mujeres fuertes.

—Aquí, por lo que se ve, las mujeres están más liberadas. ¿Ser madre soltera no supone ningún estigma?

—Tener un hijo fuera del matrimonio no es un tabú en Islandia, como sucede en otros países. Se considera algo completamente normal. Yo me siento muy feliz de ser mujer en Islandia.

—Dicen que lo de las mujeres en el poder viene de cuando los hombres eran todos pescadores y se iban largo tiempo a la mar.

—Sí. Al ser un país pequeño no puedes encerrarte, tienes que participar en todo. Nunca ha sido fácil ser mujer en Islandia, pero hemos luchado por ello. Nada se ha obtenido sin que alguien luchara para obtenerlo, aunque no hayamos tenido que luchar tanto como en otros países. Aquí las mujeres fuertes siempre han estado bien vistas.

Quedaba todavía un último tema para hablar con la concejal de Turismo: el impacto de la crisis económica. Todos los islandeses con los que había hablado hasta entonces me habían dejado claro que había un antes y un después respecto a la crisis de 2008. Cuando se lo planteé a Sif Gunnarsdóttir también se mostró de acuerdo.

—En la calle no se ve la crisis —me dijo—, pero mi marido es arquitecto y tiene un gabinete desde hace veinte años. Ha tenido que despedir a gente y ahora tiene muy pocos proyectos. Ahora también hay más paro, y esto es terrible para nuestro país, porque antes casi no lo había en Islandia. Es lo peor que podía pasar.

—¿Y cómo afecta la crisis a los jóvenes?

—Antes les costaba muy poco encontrar trabajo en la industria turística. Ahora, en cambio… Pero creo que llegará el final de la recesión. Somos eficientes y tenemos una educación sólida, pero tomará un tiempo y tendremos que aplicar ideas nuevas que quizás todavía no vemos.

—La gente, por lo que parece, desconfía ahora mismo de los partidos tradicionales.

—Especialmente en Reykiavik. Hemos tenido cuatro alcaldes en cuatro años y ha sido un periodo difícil. Y el próximo domingo hay elecciones municipales… Pero es cierto que después de la recesión, la gente no se fía de los políticos que había, que dejaron dinero a los financieros que nos han traído hasta aquí.

Cuando nos despedimos, Sif Gunnarsdóttir me acompañó hasta la puerta y me confesó, hablando de las familias poco convencionales que suele haber en Islandia, que la suya también era un poco especial.

—En 1944 mi abuela materna tuvo un hijo en la granja donde vivía —me contó—. Vino un chico guapo, se acostó con él y nació una niña, mi madre. La dieron en adopción porque los padres de la abuela no la querían. Más tarde mi madre se fue a Irlanda a estudiar, se enamoró de otro estudiante con el que no se casó y tuvo una hija, que soy yo. Después, yo, a los 24 años, también tuve relaciones con un chico muy guapo y me quedé embarazada… Tuve a mi hija, que no es de mi marido. Después me casé con él, que ya tenía tres hijos. A ver qué pasa ahora con mi hija, que ya tiene 22 años.

La concejal, por lo visto, era un ejemplo más de una familia típica del país tan atípico que es Islandia.

Segunda parte

EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

Verano de 2008

9. En defensa de la naturaleza

En mi anterior viaje a Islandia, en el verano de 2008, poco antes de que estallara la gran crisis, el debate en torno a la construcción de la gran presa de Kárahnjúkar y la fundición de aluminio de Reydarfjördur estaba muy presente en la sociedad. En cualquier conversación, por informal que fuera, acababa aflorando el tema, y eran muchos los islandeses que criticaban con vehemencia aquellas obras faraónicas que consideraban que traicionaban el espíritu de la isla. «Vender nuestra naturaleza a cambio de dinero no puede traer nada bueno», me dijo un miembro de la organización ecologista Saving Iceland. «La naturaleza es nuestra gran riqueza y siempre la hemos respetado. No entiendo por qué el Gobierno ha decidido ponerla a la venta. Por culpa de esta presa echaremos a perder la segunda área virgen más grande de Europa».

Por lo que pude ver y escuchar aquel verano, en el trasfondo del debate estaba la devoción atávica que los islandeses siempre han sentido por la naturaleza. Era como si los dioses de la antigua religión pagana resurgieran para oponerse a aquella enorme presa que alteraría el curso de dos ríos y cambiaría el paisaje del nordeste de la isla, en las tierras vírgenes situadas más allá del gran glaciar Vatnajökull.

El complejo hidroeléctrico de Kárahnjúkar, el más grande de Europa, constaba de cinco presas en cadena que habían dado origen a un lago artificial de 193 metros de alto por 730 de largo. Había costado en total unos 1.000 millones de euros y su único objetivo era proporcionar energía eléctrica a la planta de fundición de aluminio Fjardaál, situada a unos 75 kilómetros de distancia, en la costa de Reydarfjördur. El problema radicaba en que por el camino se habían tenido que destruir unos paisajes bellísimos. El Gobierno, que había impulsado el proyecto junto con la multinacional Alcoa, argumentaba que Islandia no podía vivir siempre de la pesca y que la planta de aluminio, que había entrado en funcionamiento en abril de 2008, daría trabajo a 450 personas y produciría 940 toneladas de aluminio por día, con un potencial de 436.000 toneladas métricas anuales, pero la mayoría de los islandeses no veía con buenos ojos aquel macroproyecto.

En aquella ocasión, yo había viajado a la isla para asistir a un macroconcierto en defensa de la naturaleza, y en contra de la presa, que iban a ofrecer Björk y Sigur Rós, las grandes estrellas de la música islandesa, pero era muy consciente de que si no trataba también del tema de fondo, el complejo hidroeléctrico de Kárahnajúkar, la información se quedaría a medias. Para situarme, apenas llegué a Reykiavik fui a visitar a Úa Matthiasdóttir a la editorial donde trabajaba, Forlagid. Úa es una simpática islandesa que hacía unos meses que había regresado a su país, después de vivir durante muchos años en Barcelona, y estaba seguro de que me pasaría buenos contactos para tomarle el pulso a la sociedad islandesa.

La editorial Forlagid estaba situada en una casita baja muy cerca del centro de Reykiavik, en una calle que parecía

escapada de un pueblecito con encanto, con patio trasero, grandes ventanas y luz a raudales. Nada allí reflejaba el ambiente tenso de las grandes editoriales españolas; al contrario, daba la impresión de que en Forlagid se trabajaba con eficacia pero a un ritmo nada estresante, sin que las sonrisas y el buen humor resultaran sospechosos.

Mientras tomábamos café en el patio, aprovechando un magnífico sol de verano que parecía que iba a convertir Islandia en una isla tropical, Úa me puso al día del mercado editorial islandés, sorprendentemente activo para un país tan pequeño, y me mostró un libro publicado recientemente, *Draumalandid* («El país de los sueños»), subtitulado *Manual de autoayuda para una nación asustada*, que estaba relacionado precisamente con la oposición a la presa y con el concierto en defensa de la naturaleza que iban a ofrecer Björk y Sigur Rós.

—El autor, Andri Snaer Magnason, ha escrito libros para niños como *La historia del planeta azul*, novelas y poesía —me contó—, pero lo que hace en *Draumalandid* es criticar la supeditación del Gobierno islandés a las grandes multinacionales de aluminio, que ha desembocado en la construcción de la gran presa de Kárahnjúkar, muy criticada por los ecologistas.

El libro, que aparecería posteriormente en inglés con el título de *Dreamland* y un prólogo de Björk, y del que también se haría un documental, se había convertido en un éxito espectacular, con más de 20.000 ejemplares vendidos, el equivalente, si traducimos el porcentaje respecto a la población, a un *best seller* de tres millones de ejemplares en España.

Cuando le comenté a Úa que me interesaría entrevistar al autor para escribir un reportaje sobre el tema, le telefoneó al

instante y quedamos que nos veríamos al cabo de una hora en el Hressó, uno de los bares del centro.

—¿Te interesa algo más? —me preguntó Úa, solícita.

—Pues, ya que lo dices, la música islandesa. Siempre me ha sorprendido la gran profusión de grupos que hay en la isla, y el éxito internacional que tienen. Aprovechado el concierto de Björk y Sigur Rós, me gustaría hablar con alguien que conozca bien el panorama musical.

—Fácil —me respondió con una gran sonrisa, como si fuera un hada madrina en el día de conceder deseos—. Mi hermano Arni es crítico musical en el *Morgunbladid*.

El *Morgunbladid*, fundado en 1913, es el diario más importante de Islandia, con una tirada de unos 50.000 ejemplares. Con estas referencias, me interesaba, por supuesto, hablar con Árni Matthiasson, el hermano de Úa. Le telefoneamos y quedamos en que pasaría a verle por la redacción del *Morgunbladid* aquella misma tarde. Así de fáciles son las cosas a veces en Islandia, un país donde no sólo todos se conocen, si no que además da la sensación de que están esperando tu llamada y nunca tienen problemas de agenda.

En las primeras páginas de *Draumalandid* un taxista de Reykiavik le dice a Andri Snaer Magnason: «Vosotros, los autores, estáis desconectados de la realidad». Este es el punto de partida de este escritor nacido en Reykiavik en 1973, que decide en su libro tratar un tema que preocupa a los islandeses: el respeto a la naturaleza enfrentado al intento de convertir a Islandia en el mayor productor de aluminio del mundo.

Quién sabe si fueron las ganas de conectarse con la realidad las que hicieron que Andri Snaer Magnason me citara en el Hressó, un bar del centro repleto de jóvenes al

mediodía. Llegó con un ligero retraso, muy islandés por otra parte, pero se excusó porque se veía obligado a multiplicar su actividad a causa del inminente concierto de Björk y Sigur Rós, que había atraído a periodistas de todo el mundo. Nos sentamos en el patio del restaurante, honrando una vez más al dios sol, y nos pusimos a hablar de su libro, del concierto y del movimiento de protesta contra las fábricas de aluminio.

—Escribí *Draumalandid* porque vi que el sector energético estaba dictando la economía de Islandia y, al mismo tiempo, me di cuenta de que mucha gente no estaba de acuerdo, aunque no se manifestaran abiertamente —me contó—. Lo que hicieron las empresas energéticas fue contar cuántas fuentes de agua caliente y cuántas cascadas había en Islandia y, a partir de aquí, calcularon cuántas presas podrían construir y cuánto aluminio podrían fabricar, y nos dijeron que, si aceptábamos su apuesta, los islandeses seríamos más ricos.

—¿Y no lo seréis?

—Lo que no contaron fue la fauna y la vegetación que desaparecería por culpa de las fábricas de aluminio. Ellos hablan de progreso, pero su idea de progreso no coincide con la nuestra.

—¿Y cuál es la vuestra?

—Pienso que es la industria la que debe seguir a los ciudadanos, y no al revés. En los sesenta también nos vendieron la base americana de Keflavik como una gran oportunidad. La base ya cerró (en septiembre de 2006), pero fuimos dependientes de Estados Unidos durante unos años en los que la economía no se basó en la creatividad individual.

—¿Cuál es tu visión del futuro de Islandia?

—La mayoría de los islandeses está en contra de las fábricas de aluminio, y espero que no sigan adelante. El espíritu vikingo de Islandia ha funcionado muy bien durante muchos años sin fábricas de aluminio. Con el aluminio matas el espíritu libre del país. La energía es buena, por supuesto, pero tiene que haber un equilibrio. Puede conllevar corrupción y falta de respeto al proceso democrático.

—¿Crees que lo que pasa en Islandia es extrapolable a todo el mundo?

—Islandia es un modelo a pequeña escala para el mundo en cuanto a temas de conflicto, intereses, influencia, guerra, independencia y dependencia. Lo que pretendo con *Draumalandid* es mostrar una serie de conexiones para comprender a nivel local temas globales complejos, como la industria militar, la explotación de los recursos naturales, la globalización y la relación de las multinacionales con la democracia.

Por lo que escuché en los siguientes días, *Draumalandid* no era sólo un éxito de ventas, sino también el centro de un vivo debate en la sociedad islandesa. ¿Valía la pena traicionar a la naturaleza por motivos económicos? La mujer más respetada del país, Vigdis Finnbogadóttir, presidenta de Islandia entre 1980 y 1996, declaró en este sentido que «*Draumalandid* nos hace pensar poniendo sobre la mesa cosas que ignorábamos y que, por lo tanto, no teníamos oportunidad de deliberar o discutir abiertamente».

Salí de la entrevista con Andri Snaer Magnason con la impresión de que en el debate sobre la presa de Kárahnjúkar se dirimía mucho más de lo que parecía a primera vista, y que aquella era una cuestión clave para el futuro de Islandia, una nación dividida entre los partidarios del respeto a la naturaleza y los que apostaban por un progreso

basado en la dependencia de las multinacionales del aluminio.

10. Una isla con mucha música

Hablar hoy de Islandia sin hablar de música es prácticamente una misión imposible. Al fin y al cabo, la música y la naturaleza son ahora mismo las cartas ganadoras que tiene el país para presentarse ante el mundo. Basta darse una vuelta por las tiendas de discos del centro de Reykiavik —12 Tónar o Skifan; mejor 12 Tónar— o por sus numerosos bares musicales para darse cuenta de hasta qué punto la música ocupa un lugar importante en Islandia. Da la impresión de que hay grupos a patadas, de todos los estilos y estéticas posibles, con Björk como bandera del superéxito internacional. Bandas como Sigur Rós, Gus Gus, Trabant, Múm, Singapore Sling, Qarashi y otras muchas se encargan de animar un panorama musical que parece renovarse cada año, cuando al llegar octubre el festival Iceland Airwaves, fundado en 1999, pregona las últimas novedades a todo el mundo.

Una idea de la vitalidad musical de Islandia la da el hecho que en 2008 actuaron en los tres días que dura el festival Iceland Airwaves un total de doscientos cantantes, bandas y DJ de Islandia y del extranjero. La gran fiesta culminó con la Blue Lagoon Party, una fiesta concebida para combatir la resaca a base de una atractiva agua termal de color azul turquesa a treintaytantos grados, un entorno

volcánico marcado por los campos de lava y la música de un famoso DJ. Lo dicho: la música y la naturaleza fundidos en una imagen que dio la vuelta al mundo con el sello de Islandia.

Recuerdo que cuando le comenté a Einar que había muchos más músicos por metro cuadrado en Islandia que en España, se encogió de hombros y me dijo: «Es normal. ¿Y qué quieres que hagan los jóvenes aquí? No pueden ir a la playa, como en España. Algo tienen que hacer: se juntan en un garaje y forman un grupo musical». Quizá sea esta la razón, o quizá sea más bien algo genético. En cualquier caso, el espectro de la música islandesa pasa por un gran número de intérpretes de clásica, por grupos que intentan recuperar antiguas canciones tradicionales, por *crooners* como Haukur Morthens («el Frank Sinatra islandés»), por bandas yeyés que triunfaron en los sesenta, como Hljómar («los Beatles islandeses»), por cantantes *country* como Hallbjörn Hjartarson (que en 1984 organizó el festival *Icelandic Cowboys*), por *rockers* como Bubbi Morthens (sobrino de Haukur; otra vez la dichosa endogamia) y Megas («el Bob Dylan islandés»), por músicos de jazz como Björn Thoroddsen, por bandas que practican una música hipnótica apegada a los paisajes de la isla, como Sigur Rós, por una estrella internacional de gran personalidad, Björk y, más recientemente, por una serie de bandas electrónicas, alternativas, pop, *punk, trash, heavy metal, hip hop, rap, hard rock*, etc. que, a diferencia de lo que pasaba antes, ya no necesitan buscar referencias en la música de Gran Bretaña o de Estados Unidos.

El Kaffibarinn, el mítico bar del centro, seguía siendo en 2008 una referencia musical para las noches del fin de semana en Reykiavik, como también lo eran el Prikid, el Hressó, el Idno, el Vidalin, el Vegamót, el NASA y muchos

otros escenarios del distrito 101, que a partir de la medianoche experimentaban una transformación radical, pasando de bares normales, donde podías tomar una copa e incluso comer algo, a locales en los que la noche y la música no parecía que fueran a terminar nunca. Durante años el Sirkus fue el bar alternativo más famoso de Reykiavik; incluso Björk se dejaba caer por allí de vez en cuando, pero en el verano de 2008 me encontré con que lo habían cerrado para derribarlo y construir en su lugar un edificio de apartamentos. Lástima. Cosas de la fiebre inmobiliaria.

Cuando, con el ánimo de ampliar mis conocimientos sobre la música en Islandia, llegué a la sede del diario *Morgunbladid*, en las afueras de Reykiavik, me sorprendió ver un enorme edificio de fachada acristalada y líneas modernas, situado en lo alto de una colina y abierto a una naturaleza espectacular que parecía asediar la capital.

Árni Matthiasson, crítico musical del *Morgunbladid*, se mostró desde el primer momento como un tipo amable y generoso, dispuesto a hablar el rato que hiciera falta de la música islandesa y de su circunstancia. En una redacción un tanto caótica —como todas las redacciones de prensa, con mesas repletas de libros y diarios, y redactores, ajenos al caos que los rodeaba, enfrascados en escribir las últimas noticias—, empezamos hablando del macroconcierto que celebrarían al día siguiente Björk y Sigur Rós.

—Ha levantado mucha expectación porque es un concierto importante —me dijo de entrada—, porque Björk y Sigur Rós nunca habían tocado juntos antes y porque los dos son figuras destacadas a nivel mundial.

—Y porque es un concierto en defensa de la naturaleza.

—También. La percepción de la naturaleza ha cambiado en los últimos años en Islandia. Teníamos tanta naturaleza que pensábamos que duraría para siempre… y ahora la

gente empieza a preocuparse. Una encuesta reciente señala que el 57% de los islandeses está en contra de las fábricas de aluminio.

—Los músicos islandeses, ¿se han preocupado siempre por la ecología?

—A Jónsi, el líder de Sigur Rós, ya le arrestaron en 2004, en el Ayuntamiento de Reykiavik, en un acto de protesta contra la política energética del Gobierno. Los Sigur Rós viven aquí y siempre se han preocupado por la naturaleza. Compraron una vieja piscina en Mosfellsbaer y la han convertido en estudio de grabación. Están muy ligados a Islandia y a todo lo que pasa en el país.

—¿Y Björk?

—También. Ella viene de una familia muy combativa. Su padre era un líder obrero del sindicato de electricistas, muy luchador, muy de izquierdas. Su madre ya hizo en 2002 una huelga de hambre contra la construcción de la presa de Kárahnjúkar. La madre vive en Solheimar, una comunidad alternativa a una hora de Reykiavik. Es como una universidad alternativa de espíritu *hippy*. Vale la pena visitarla, es un lugar muy especial.

—Por cierto, ¿por qué crees que hay tantos músicos en Islandia?

—En primer lugar, por la educación musical, que aquí es muy buena. En segundo lugar, porque en una comunidad tan pequeña la gente coopera. En otros países unos hacen música sinfónica, otros rock, jazz… Aquí hay mucha comunicación entre todos, y esto impulsa la creatividad. En Barcelona, por lo que yo sé, los que hacen música *heavy* se relacionan con los *heavies*, y los de jazz con los de jazz. Aquí esto no pasa. En tercer lugar, como somos una comunidad pequeña, todos se esfuerzan por sonar de un modo distinto.

Björk estudió música clásica, y también Kjartan, de Sigur Rós. Es un músico muy bueno.

—¿Cuándo crees que empieza esta efervescencia musical?

—Björk es muy importante en este fenómeno. Ella es única, una estrella mundial. La gente se fija en ella, y esto ha hecho que se abrieran muchas puertas. Una buena parte del dinero que hace, lo invierte en Islandia para apoyar a los artistas. Además, ella lo controla todo a través de Bad Taste, su productora. Los derechos de los Rolling Stones son de Virgin o de quien sea. En el caso de Björk, los derechos son suyos. Gracias a ella, mucha gente mira hacia Islandia.

—El festival Iceland Airwaves es otra buena plataforma.

—Es un festival muy interesante, sí, con mucha música distinta, tanto islandesa como extranjera, que suele tocarse en los locales del centro. En la calle hace frío, pero en los bares se está muy bien. Hay que vivirlo para ponerse al día.

—Viendo el documental *Heima*, en el que Sigur Rós hace conciertos improvisados en distintos lugares de Islandia, se nota que la música de Sigur Rós conecta muy bien con el paisaje islandés.

—Es difícil decirlo… La última canción del álbum *Heysáta* es muy bonita. Si la escucha un extranjero, pensará que suena a glaciares y a grandiosos paisajes vacíos… Y no: va de alguien que tiene un accidente con un tractor y muere. Supongo que a veces es mejor no comprender la letra, aunque los Sigur Rós también tienen letras muy divertidas.

—Björk viene del *punk*, ¿verdad?

—Sí, pero el *punk* en Islandia no es lo mismo que el *punk* en otros países. En aquellos tiempos no importaba lo que pudieras hacer, si no lo que hacías. Björk siempre ha querido ser autosuficiente. Canta de un modo especial porque antes cantaba sólo con acompañamiento de tambor, con

Sigtryggur Baldursson, de The Sugarcubes. Si te fijas, es por eso que canta así.

—¿Qué otros músicos destacarías ahora mismo?

—Es muy interesante Ólafur Arnalds. Estaba en una banda de *hard punk* y ahora toca más clásico. Pienso que dará que hablar.

—¿Y Ólöf Arnalds, que también actúa mañana en el concierto?

—Es más folk. Toca sola, con su guitarra. De cerca, es muy buena, pero lo tiene más difícil en los grandes conciertos.

Mientras me acompañaba hacia la salida, Árni Matthiasson me comentó que Dóri DNA, nieto de Halldór Laxness, Premio Nobel de Literatura de 1955, era otro músico a tener en cuenta en Islandia. Su nombre real era Halldór Laxness, idéntico al de su abuelo, era *raper* y cantaba en islandés. Pensé que, de algún modo, debía de haber heredado la creatividad del abuelo. Por lo visto, la literatura de altos vuelos de *Gente independiente*, la novela de más éxito de Halldór Laxness, tenía un eco lejano en la letanía del *rap*.

11. Björk y Sigur Rós, en directo

A la rueda de prensa previa al gran concierto, celebrada en una carpa instalada en el parque de Laugardalur en junio de 2008, muy cerca del escenario y en un ambiente casi familiar, asistieron el alcalde de Reykiavik, varios miembros de Sigur Rós, Einar Örn Benediktsson (ex músico de los Sugarcubes y gran amigo de Björk) y un representante de las Naciones Unidas. Björk excusó su asistencia porque estaba haciendo pruebas de sonido, lo que convirtió a Einar Örn Benediktsson y a Jónsi, líder de Sigur Rós, en estrellas del acto.

Entre los asistentes al encuentro, el personaje que más me llamó la atención fue muy probablemente Ómar Ragnarsson, un polifacético periodista, nacido en 1940, que también ejercía de político y ecologista, y que había grabado años atrás un disco de canciones infantiles en el que incluyó una versión en islandés de «Los pajaritos», el gran éxito de María Jesús y su acordeón. Por si todo esto fuera poco, en los últimos tiempos Ómar se había convertido en una especie de Noé que navegaba por las aguas del nuevo embalse en un barco llamado Örkin (El arca), para manifestarse contra la construcción de la gran presa de Kárahnjúkar. «No me gustaría que destruyéramos la buena imagen de nuestro país, una isla con una naturaleza única»,

declaró con autoridad patriarcal. «Nosotros no somos los dueños de esta isla, sólo somos los custodios de un patrimonio del mundo que tenemos que preservar intacto para futuras generaciones».

La propuesta de Ómar Ragnarsson para la central eléctrica era como mínimo imaginativa: había que vaciar el agua del embalse y conservar la presa vacía como un monumento que recordara que el pueblo islandés había estado a punto de vender su naturaleza a las multinacionales del aluminio. Para conseguirlo, proponía abrir una suscripción para que gente de todo el mundo pudiera comprar un pedazo de presa a cambio de escribir su nombre en el gran muro, y organizar a continuación una original maratón subterránea por los larguísimos túneles vacíos de la central hidroeléctrica.

Tan sólo dos años antes, en 2006, Ómar Ragnarsson había sido declarado Personaje del Año por el Canal 2 de la televisión de Islandia, y en 2007 había fundado el partido verde *Íslandshreyfingin-lifandi land* (Movimiento islandés-Tierra viva), pero su lucha a favor de la naturaleza no había logrado frenar, por lo menos hasta entonces, la construcción de la gran presa.

En el estrado de Laugardalur, fue Einar Örn Benediktsson quien se encargó de contar cómo había nacido la idea del concierto, y cuáles eran sus objetivos. «En enero hablé con Björk», explicó a los periodistas, «y ella me dijo: “Creo que ya es demasiado tarde”. “Tarde, ¿para qué?”, le pregunté. “Para hacer algo por el medio ambiente y la naturaleza”». Yo le dije que nunca era demasiado tarde y decidimos hablar con los Sigur Rós, con unas cervezas de por medio. Enseguida nos pusimos de acuerdo en hacer una web de naturaleza (www.nattura.is) y en organizar el concierto. «Para nosotros se trata de un festival importante y

esperamos que todo el mundo se lo pase muy bien. Somos conscientes de que nos enfrentamos a un tanque, que es lo que son las multinacionales del aluminio, pero hay que intentarlo. Hoy mi hijo cumple 16 años y queremos dejarle un mundo mejor».

Jónsi, el vocalista de Sigur Rós, declaró por su parte: «No somos una banda política y no creo que los músicos deban ser portavoces de nada, pero a veces ves cosas que pasan en tu propio patio trasero y como ser humano no puedes quedarte sin hacer nada. Los cambios que están sucediendo en Islandia necesitan ser objeto de debate y no ignorarlos, porque no vivimos en el desierto y hay apatía urbana o una falta general de conciencia».

Fue una buena previa para calentar un concierto que se preveía multitudinario. Lo curioso es que a pocos metros del escenario podían verse los lavaderos a los que acudían a lavar la ropa las mujeres de Reykiavik cincuenta años atrás. Islandia, ciertamente, había cambiado muy de prisa en los últimos tiempos. Aquella vieja isla de agricultores y pescadores, independiente tan sólo desde 1944, se había convertido, tras unos años de crecimiento acelerado, en una de las sociedades más avanzadas del mundo, con todas sus contradicciones, por supuesto.

El día del concierto amaneció soleado, sin una nube, con ese aire nítido característico de Islandia, libre de toda contaminación, que resalta los colores y perfiles del paisaje y de las casas como si hubieran sido recortados con tijeras. La luz, la maravillosa luz islandesa, lo cubría todo con un precioso velo de irrealidad.

Antes de ir al concierto, se celebró una fiesta en casa de Einar; su hija mayor, Arna Björk, cumplía años y hacia el mediodía empezaron a llegar los invitados. No había cerveza

—no hay que dar mal ejemplo a los niños—, pero sí hamburguesas, salchichas, pasteles y naranjada. Fue una buena ocasión para reencontrarme con viejos amigos a los que había perdido la pista; con Gudmundur, por ejemplo, con quien, en mi primera visita, había frecuentado los bares del centro y recorrido parte de la isla en su viejo Mercedes.

—Mi vida, como la de Einar, ha cambiado mucho —me informó con una sonrisa un punto nostálgica—. Ahora ambos tenemos hijos, casas, hipotecas… y yo ya no tengo aquel viejo Mercedes.

La vida pasaba, ciertamente. Hacía ya siete años de mi primera visita a la isla y en este período Einar y sus amigos habían adquirido nuevas responsabilidades, aunque resultaba evidente que no por eso habían perdido el sentido del humor y de la fiesta.

Otro viejo amigo de Einar, el músico Örnalfur, a quien había conocido años atrás en Akureyri, se había trasladado con su esposa Helga a Reykiavik, donde ambos seguían viviendo de la música.

—Damos clases con el método Suzuki y también tocamos a menudo —me dijo—. Hoy, por ejemplo, Helga tendrá que irse antes porque tiene que tocar en un funeral.

—Es en una boda —le corrigió ella.

—Ah, ¿hoy toca una boda? —se rió él—. Una boda, un funeral… Qué más da. ¡Todo se parece!

Los niños aprovecharon el día soleado para jugar en el jardín, mientras los mayores hablábamos de nuestras cosas, incluido, por supuesto, el concierto que empezaría a las 5 de la tarde y el debate abierto en Islandia entre los partidarios de la naturaleza y los de la presa.

—Lo interesante de este debate es que tenemos que decidir qué hacemos con nuestros espacios naturales —comentó Ólafur, un economista que parecía ser el único

partidario de la presa—. Hay gente que no quiere tocar nada de la naturaleza y gente que intenta sacarle partido. En cualquier caso, yo no creo que las fábricas de aluminio contaminen tanto. Los ecologistas dicen que la presa inunda un valle precioso, pero tendrían que ver que en Islandia hay mil valles como este. Basta con sobrevolar la isla para verlo.

La fiesta terminó con una imagen idílica que podría servir de promoción de la buena vida de Islandia, con Einar y sus amigos jugando a *crocket* en el soleado jardín, y los niños bailando *Los pajaritos* en la versión islandesa de Ómar Ragnarsson, el ecologista convertido en símbolo de la lucha contra la construcción de la presa.

Aquella misma tarde, en el parque de Laugardalur, Björk y Sigur Rós, los islandeses más famosos del mundo, expresaron ante 30.000 personas y en un ambiente festivo y familiar (en Islandia tienes la sensación de que siempre hay niños por todas partes), su preocupación por la construcción de unas fábricas de aluminio que amenazaban la espectacular naturaleza de la isla. Desde el primer momento quedó claro que aquel concierto era, antes que nada, la expresión de un descontento. Era evidente que, a pesar de la euforia general, algo no marchaba bien en el país, o por lo menos así lo pensaba una parte importante de sus habitantes, que criticaba que una isla que siempre había sido respetuosa con la naturaleza estuviera siendo dañada por la desidia de unos dirigentes que habían confiado el futuro a las multinacionales del aluminio.

El concierto fue un exitazo. Muchísima gente, buen ambiente, buena música y numerosas paradas de *Saving Iceland*, *Draumalandid* y *Nattura* propagando un mensaje ecologista que en Islandia empezaba a verse como una urgencia. Cuando a media tarde empezó a cantar Ólöf

Haralds, con sus canciones folk, su guitarra acústica, su melena rubia y su aspecto frágil, el ambiente era todavía frío, pero con la actuación de Sigur Rós la vibración del público subió muchos enteros.

Mientras escuchaba aquella música hipnótica, no pude por menos de recordar el documental de Sigur Rós, *Heima*, en el que se mezclan imágenes de su gira de 2006 por Islandia, con actuaciones sorpresa en lugares insospechados y con algunas bellas *postales* de la isla. Todo parecía fluir como si la música de Sigur Rós hubiera nacido de los glaciares, fiordos, campos de lava, cascadas y montañas volcánicas que conforman el paisaje de Islandia.

Dado que la madre de Einar vivía muy cerca del escenario del concierto, en una casa con vistas al parque, Einar montó una barbacoa en el jardín, como una especie de continuación de la fiesta de Arna Björk, pero ahora con el interesante plus de la cerveza, y fueron pasando amigos y familiares a lo largo de toda la tarde.

—Lo más curioso —me contó riendo Einar— es que mi madre se llama Sigur Rós.

—¿Se llama como el grupo musical?

—Pues sí, aunque a ella no le gusta demasiado como tocan. Sigur Rós significa Victoria Rosa o Rosa de la Victoria.

En ese momento entró por sorpresa Stefan, un aduanero al que había conocido días atrás en el aeropuerto y que, por supuesto, era amigo de Einar. Pasaba por allí, dijo, y había entrado a saludar. No, a él no le gustaba Sigur Rós, pero venía acompañando a su madre, a quien le encantaban. Su madre, me informó, tenía 81 años y debía de ser una de las fans más viejas de Sigur Rós, un grupo capaz de cantar canciones que parecen salidas de la mitología pagana, como la que dice «Madre Tierra / madre nuestra, que estás en la

tierra / santificado sea tu nombre / venga a nosotros tu reino…».

Unos minutos después me enteré de que Águila Lobo, el amigo músico de Einar, había estudiado con Kjartan, uno de los componentes de Sigur Rós. De nuevo la famosa endogamia islandesa.

—Kjartan es un buen músico, hemos tocado juntos piezas clásicas, pero no me gusta como suena Sigur Rós —me dijo—. Es como música ambiental, como *muzak*. Demasiado sencillo, demasiado fácil.

—¿Y Björk? ¿Te gusta Björk?

—Björk me gusta más. Tiene una formación clásica, y se nota. En el fondo, sus canciones parecen inspiradas en las películas indias de Bollywood. Fíjate.

—¿La conoces? —le pregunté, incauto de mí.

—Pues sí. Hace años yo iba a las fiestas de los Sugarcubes. Pero entonces ella era la más pequeña del grupo y aún no tenía responsabilidades. Recuerdo que no tenía dinero ni para arreglar el váter. Teníamos que tirar cubos de agua porque la cadena nunca funcionaba.

—Creo que esto ha cambiado.

—¡Y mucho! Ahora Björk es famosa y muy rica. Hasta tiene una isla de su propiedad en la costa oeste.

Cuando empezó la actuación de Björk, vestida de colores muy vivos, como un pavo real, el concierto alcanzó el clímax. Para entonces la multitud ya ocupaba todo el espacio disponible en el parque y las magdalenas caseras y los pasteles artesanos de las paradas ya se habían agotado. Afortunadamente, el islandés es previsor, y aunque no se vendía alcohol en el parque, la mayoría llevaba latas de cerveza en los bolsillos para poder beber sin problemas. «La

naturaleza es antigua / pero nos sorprende a todos», cantaba Björk desde el escenario.

La trayectoria de Björk Gudmunsdóttir dice mucho de ella. Nacida en 1965, hija de una ecologista *hippy* y un electricista, fue su padrastro, el guitarrista Svaevar Árnason, conocido como «el Eric Clapton islandés», quien la animó a estudiar música. Resultado: Björk se graduó a los 15 años como pianista clásica. Antes, a los 12 años, ya había grabado su primer álbum, con su padrastro a la guitarra y con versiones en islandés de canciones de los Beatles y de Stevie Wonder, además de algún tema propio. A los 14 creó una banda punk femenina, Spit and Snot y, después de formar parte de una serie de bandas del mismo estilo, en 1986 nació The Sugarcubes, el grupo con el que conseguiría sus primeros éxitos en Islandia y en el extranjero. A partir de 1993, Björk decidió continuar como solista. Su primer álbum, de ese mismo año, lleva por título *Debut*. Le siguieron *Homogenic* (1997), *Vespertine* (2001), *Medulla* (2004) y *Volta* (2007). Björk, además, ha triunfado como actriz, con un papel estelar en *Bailando en la oscuridad* (2000), película de Lars von Trier que contenía un tema de Björk, *I've Seen it All*, que fue candidato al Oscar a la mejor canción.

En un viejo ejemplar de la excelente revista gratuita en inglés *The Reykjavik Grapevine*, fundada en 2001 por dos jóvenes islandeses, leí una entrevista con Björk, hecha en 2006, en la que se decían cosas como esta: «En 1994, con ocasión del 50º aniversario de la independencia, nuestra Björk se lanzó en paracaídas sobre el estadio de fútbol de Laugardalsvöllur y empezó a cantar el himno nacional ante los atónitos espectadores. A partir de entonces pasó a ser, como el bacalao y Nuestra Señora de las Montañas (Fjallkonan) un símbolo nacional».

Ese «símbolo nacional» se mostraba muy apegado a la naturaleza en sus declaraciones a la citada revista. «Comparada con América, e incluso con Europa, aquí Dios no tiene mucha importancia para nuestras vidas», decía. «No conozco a nadie que vaya a la iglesia cuando sale de un duro divorcio o está pasando por una depresión. En vez de a la iglesia, vamos a la naturaleza. La naturaleza es nuestra capilla». Y, a la pregunta del periodista sobre cómo la naturaleza estaba siendo agredida por el proyecto de la presa de Kárahnjúkar, respondía: «Es extraño como Kárahnjúkar parece estar plagado de desastres humanos y naturales. Es como si colgara sobre el proyecto algún mal karma».

La siguiente pregunta del periodista era si Björk creía que los espíritus estaban interviniendo. A lo que esta daba una respuesta muy islandesa: «Hay el estereotipo de que todos los islandeses creemos en espíritus, y yo misma he jugado un poco a esto en las entrevistas. Como dijo un miembro de Sigur Rós, cuando una compañía de discos extranjera viene aquí para contratar a una banda islandesa, lo primero que hace es preguntar a los miembros de la banda si creen en los elfos, y si estos dicen que sí, los contratan».

Hacia medianoche, bajo la sesgada y cálida luz inquietante del sol del verano islandés, terminó el concierto. Sigur Rós y Björk pusieron el punto final, los asistentes regresaron tranquilamente a sus casas, sin atascos y sin agobios, a la islandesa, y el parque de Laugardalur quedó sembrado de latas de cerveza vacías fabricadas, muy probablemente, por Alcoa, la multinacional a la que todos criticaban porque estaba destrozando el paisaje del norte de la isla. Era una contradicción más de esta isla que, desde que lograra la independencia en 1944, había crecido muy probablemente demasiado deprisa.

12. Un paisaje privilegiado

De tanto escuchar discursos y canciones sobre la excepcional naturaleza de Islandia, y de tanto oír hablar de las amenazas que se cernían sobre ella, no es extraño que me entraran ganas de salir de Reykiavik, aunque fuera sólo por unas horas, para volver a sumergirme en el hipnótico paisaje de la isla. El día después del concierto, salimos en el coche de Einar en dirección a Thingvellir, el valle donde ya en 930 se reunían los representantes del Parlamento islandés, llegados desde las distintas granjas de la isla; por el camino, Einar quiso detenerse en Gljúfrasteinn, la casa museo del escritor Halldór Laxness, conservada tal como quedó en 1998, cuando falleció a los 95 años.

Lo primero que impresiona de la casa, aislada en medio del páramo, es el Jaguar antiguo del escritor, aparcado junto a la puerta en perfecto estado de revista, como si Halldór Laxness fuera a salir de un momento a otro para ir a dar una vuelta por la isla. El interior, con muebles, libros y cuadros perfectamente dispuestos, transmite una sensación parecida, como si el autor se hubiera ausentado sólo por unas horas. No creo que el espíritu de Laxness continúe vagando por ahí —o sí, en Islandia todo es posible—, pero el visitante puede pasear por la casa como si fuera un invitado

del escritor y, casi casi, como si pudiera espiar por encima del hombro lo que está escribiendo.

Halldór Laxness es toda una celebridad en Islandia. El hecho de que le concedieran el Premio Nobel en 1955, sólo once años después de que el país se convirtiera en independiente, fue festejado por todo lo alto, y la mejor noticia es que sus libros continúan teniendo, aún hoy, una buena aceptación.

—En realidad se llamaba Halldór Guðjónsson, pero firmaba con el apellido Laxness en homenaje a esta zona de Islandia —me contó Einar—. Su familia se instaló aquí cuando él tenía sólo tres años y, aunque después viajó mucho, e incluso vivió un tiempo en Estados Unidos; cuando regresó quiso volver a Laxness, donde se construyó esta casa para poder estar cerca de la naturaleza.

Mientras paseábamos por la casa, recordé la fuerza literaria que emanaba de su *Gente independiente*, una novela que enlaza con el espíritu de las sagas y que narra la historia de un tenaz granjero llamado Bjartur, enfrentado a la naturaleza y a tiempos difíciles a principios del siglo XX en Islandia. En el libro, que tanto admiraba el mexicano Juan Rulfo, autor de *Pedro Páramo*, hay un fragmento, que me encanta, muy adecuado para los momentos duros que atraviesa Islandia de vez en cuando: «Mi opinión ha sido siempre esta: nunca, mientras vivas, tienes que rendirte, ni aunque te lo hayan robado todo. Si no tienes nada más, siempre podrás decir que es tuyo el aire que respiras».

Detrás de la casa museo hay un río de aguas bravas y se extiende un paisaje de verdes montañas, ideal para ir de excursión. En vez de caminar, sin embargo, nos dedicamos con Einar a contemplar los caballos islandeses que pacían en un prado cercano, al otro lado de la carretera. Hacía un día espléndido; el verde de Islandia era más verde que

nunca y el sol de verano resaltaba el característico flequillo de aquellos pequeños caballos que parecían como de juguete.

El imprevisible Einar me anunció entonces que, antes de continuar viaje hacia Thingvellir, iríamos a visitar a un amigo suyo que vivía muy cerca de allí. Se llamaba Ólafur, era productor de cine y hacía unos años que se había ido de Reykiavik para instalarse en la antigua *summerhús* (casa de verano) de sus padres.

Ólafur resultó ser un tipo muy afable que, a pesar de nuestra intempestiva aparición, nos ofreció una taza de té y nos invitó a sentarnos en una sala con vistas a un campo de golf y a un prado donde pacían los caballos.

—Cuando yo era niño —nos contó con la vista fija en el prado—, recuerdo que en esta granja tenían gallinas y corderos, pero no caballos. Lo de los caballos es una novedad. Antes se utilizaban como animales de carga, pero ahora sirven para pasear turistas, que están locos por los caballos islandeses. Ahora hay por aquí muchas granjas especializadas en la cría de caballos. Camino de Thingvellir hay una que produce sólo caballos grises.

—¿Grises?

—Sí. Ahora la gente se entretiene haciendo cosas así. Y parece que el gris es ahora un color de moda y se paga muy bien.

—Es curioso que haya un campo de golf aquí —comenté sin dejar de mirar por la ventana.

—Es sólo de ocho hoyos y lo utilizan los novatos. Se les conoce porque cogen el palo como un martillo y cada dos por tres me lanzan pelotas al jardín. He oído que pretenden ampliarlo, pero tendrían que invadir el campo de los caballos y esto podría causar problemas —hizo una pausa y, tras esborzar una sonrisa, añadió—: Aunque, quien sabe,

igual obtienen una nueva raza de caballo islandés, un caballo recogedor de pelotas de golf.

Una hora después proseguimos con Einar viaje hacia Thingvellir, un valle histórico que los islandeses consideran poco menos que sagrado y que siempre me sorprende por su gran belleza. Nos paramos unos instantes a rendir tributo a la memoria del primer Parlamento islandés mientras contemplábamos la falla que divide casi en dos la isla.

—Aquí es donde chocan la placa Norteamericana con la Euroasiática —señaló Einar, demostrando que todo islandés es un geólogo en potencia—. Dicen que se ensancha unos centímetros cada año. De vez en cuando se abre en la falla un boquete y esto se llena de geólogos investigando, pero unos días después todo vuelve la calma… por lo menos hasta el próximo boquete.

—Veo que es un lugar importante para los geólogos…

—No sólo para los geólogos —levantó el dedo Einar, reclamando atención—. Es un lugar de gran importancia geológica, cultural e histórica de Islandia. Piensa que el Althingi, el primer Parlamento islandés, se reunió aquí por primera vez en 930, según consta en *El libro de los pobladores*. Allí están documentadas las primeras cuatrocientas familias que se instalaron en Islandia. Y lo bueno del Althingi es que los parlamentarios continuaron reuniéndose aquí, sin necesidad de ningún rey, hasta 1789. ¡En este valle se encuentra la esencia de Islandia!

—Impresionante —dije para corresponder a su ardor patriótico.

—¿Ves aquella roca, donde ondea la bandera islandesa?

—Sí, claro.

—Es la Roca de la Ley. Desde allí, el llamado Portavoz de la Ley tenía que recitar, cuando el Parlamento estaba

reunido, las leyes del país, que tenía que saberse de memoria…

Recordaba haberle oído contar aquello en alguna otra ocasión, pero Einar el Intrépido estaba embalado y era inútil intentar cortarle el rollo. Por lo visto, el paisaje de Thingvellir despertaba su espíritu vikingo.

—Quizás sería mejor continuar —me limité a decir mirando el reloj.

—Sin mencionar lo de las sagas —dijo de pronto, más vikingo que nunca—. ¿Te he hablado alguna vez de ellas?

—Bueno, sí… —murmuré, recordando las incontables veces que Einar se remontaba a las sagas para contarme algo de su querido país.

—El río que discurre por el valle —prosiguió sin ni tan siquiera escucharme— es el Öxara, que Flosi Thórdarsson cruza de un salto para huir de sus perseguidores en *La saga de Nial*. Fue un buen salto, sin duda, sobre todo si tenemos en cuenta que iba equipado con una pesada armadura…

Temí por un momento que Einar, llevado de su arrebato histórico-patriótico, se dispusiera a saltar el río, pero conseguí convencerle a tiempo de que debíamos proseguir nuestro viaje, tal como habíamos previsto. Volvimos al coche, pues, lo puso en marcha con resignación y subimos por una carretera de montaña para ir hasta la comunidad alternativa de Solheimar, situada junto a la carretera que conduce hacia los *geysirs* y a la cascada de Gullfoss, dos de las grandes atracciones de Islandia.

El pueblecito donde me había dicho Árni Matthiasson que vivía la madre de Björk era un lugar apacible rodeado de verde, con casas de madera con hierba en el tejado, talleres artesanales, una iglesia camuflada entre las rocas y la hierba y una tienda y un comedor con muchos productos ecológicos. Se veía poca gente en las calles, pero el

restaurante estaba lleno. Por lo visto, aquella era una excursión ideal para el fin de semana.

Mientras comíamos en una especie de invernadero, quizás para que nos sintiéramos más cerca de las plantas, Einar se puso a hablar de osos polares, la última sensación de la isla.

—En las últimas semanas han matado a dos osos en el norte de la isla —me puso al día—. Los mataron a tiros, el primero unos cazadores y el segundo la policía. A la gente no le ha gustado nada tanta violencia, sobre todo a la gente de Reykiavik. Ha habido muchas protestas.

—¿Y qué hacían unos osos polares en Islandia?

—La culpa es del cambio climático.

—Como de casi todo —me reí.

—No, esta vez va en serio. Por lo visto, los osos vinieron desde Groenlandia (una isla situada 350 kilómetros más al norte) sobre témpanos originados por el deshielo. Es algo que no sucedía desde 1993. El primer oso se presentó el 4 de junio, y el segundo hace tan sólo unos días. Si sigue la cosa así, pronto podremos montar un nuevo zoo.

Era, la de los osos, una noticia interesante, especialmente en un sociedad tan avanzada que parecía haber olvidado los duros tiempos de los pioneros, cuando los colonos tenían que luchar para poder sobrevivir en aquella isla remota.

La conversación sobre los osos derivó después hacia la vuelta a la isla que hicimos en el verano de 2001 en tan sólo tres días, como si nos estuvieran persiguiendo todos los espíritus de aquella tierra tan fecunda en seres ocultos. Einar se reía sobre todo reviviendo nuestro paso por la montaña de Öxi, cerca de Djupivógur, desafiando torrentes de agua y caminos pedregosos con su viejo Golf.

—Ahora aquel camino de cabras es una buena carretera asfaltada, con puentes para salvar los ríos —dijo sin parar de

reír—, pero nunca olvidaré la cara de aquella mujer que estaba preparando a conciencia su 4x4 cuando nos vio salir del río en el Golf. ¡Era todo un poema! Tendremos que montar una excursión a los fiordos del Oeste para revivir momentos como aquel.

Algún día tendríamos que organizarlo, sí. Islandia es un buen país para las *road movies* de confrontación con la naturaleza, como demostró el cineasta islandés Fridrik Thor Fridriksson, que describe con humor en *Cold Fever* (1995) los avatares de un ejecutivo japonés que viaja en invierno por la isla, en un viejo Citroën DS, para ir a esparcir las cenizas de sus padres en un río helado y remoto.

Mientras emprendíamos un nuevo viaje con Einar, me quedaba el consuelo de recordar otra vuelta a la isla que hice en el verano de 2007, en un viejo Nissan Micra que tenía el capricho de no frenar con demasiada convicción. De nuevo había regresado a las carreteras islandesas con un coche digamos que poco adecuado, pero ello no impidió que disfrutara de los maravillosos paisajes de la isla, de la visión de glaciares grandiosos, valles verdes, cascadas, lagos, fiordos, «capillas de elfos», volcanes y hasta algún paso de montaña que el Micra afrontó con unos estertores que hacían temer lo peor. Entre los mejores recuerdos del viaje estaba la visión de las ballenas en la hermosa bahía de Húsavik, un pueblecito apartado, encarado al norte, al que el profesor Sigurdur Hjartarson había trasladado desde Reykiavik su original Instituto Falológico Islandés, más conocido como el museo de los falos. «Al jubilarme, me vine a vivir aquí, y me llevé el museo a cuestas», fue la explicación que me dio.

Mientras repasaba los distintos rincones de Islandia, y las historias que evocaban, pensaba que no me sorprende en

absoluto que este fascinante paisaje volcánico atraiga cada año a más visitantes.

—A los islandeses nos gusta que nos conozcan en todo el mundo —bromeó Einar al respeto—, pero tampoco tanto… Si seguimos así, pronto no cabremos en la isla.

—Y pensar que Borges la bautizó como «la isla secreta»…

—¿Secreta? Bueno, ahora es un secreto a voces.

Volviendo a la corta escapada del verano de 2008, recuerdo que, al regreso de Solheimar, Einar y yo terminamos comiéndonos sendos *pylsur* (el típico *hot dog* islandés) en Baejarins Bestu Pylsur, un ínfimo chiringuito cerca del puerto de Reykiavik de nombre redundante (significa «el mejor *hot dog* de la ciudad»), fundado en 1935 y sorprendentemente calificado por el diario británico *The Guardian* como «el mejor puesto de *hot dogs* de Europa».

La modestia del lugar engaña, ya que muchos islandeses celebran su fiesta nacional (cada 17 de junio) comiéndose un *pylsur* en este chiringuito, e incluso el ex presidente norteamericano Bill Clinton cumplió con el ritual en una de sus visitas a Islandia.

—Poco después tuvieron que operarle del corazón, y hay algunos malvados que insisten en relacionar ambos hechos —comentó Einar con una sonrisa mientras me mostraba una caricatura de Clinton clavada con chinchetas en la pared de madera.

En cualquier caso, si van al Bestu Pylsur, lo mejor es pedir el hot dog *med öllu* (con todo), es decir, con mostaza, ketchup, cebolla cruda, cebolla frita y salsa mayonesa con rábanos. El que lo quiera sólo con mostaza tiene que pedir «un Clinton».

13. El apasionante mundo de las sagas

Hay dos maneras de transportarte al mundo de las sagas sin salir de Reykiavik. La primera consiste en visitar el autodenominado Museo de las Sagas que hay en Perlan, la colina en la que están aposentados los cuatro grandes depósitos que suministran agua caliente a la capital, coronados por un espectacular restaurante giratorio. La otra, mucho más recomendable, es la de acudir a la céntrica Casa de la Cultura, donde se exponen manuscritos y ediciones históricas de las sagas.

Sobre mi visita al Museo de las Sagas, lo mejor que puedo decir es que fue breve, ya que en ningún momento conseguí vibrar con aquellas figuras históricas que, aunque están hechas de silicona, tienen la misma expresión vacía de las estatuas de los museos de cera. Recorrí las distintas estaciones del museo en cuestión, estructurado a partir de cuadros *históricos* y amenizado con una banda sonora compuesta de gritos escalofriantes, sin conseguir entrar en el alma de las sagas ni, por supuesto, en la historia de Islandia. Ni siquiera cuando Einar se transmutó en aguerrido vikingo, imitando la actitud belicosa de algunas de las

estatuas para que los turistas le fotografiaran, consiguió arrancarme una sonrisa.

—De hecho, mis antepasados eran más o menos así… —optó por ilustrarme—, pero tengo la sospecha de que se movían más. Digamos que estos son unos vikingos… muy estáticos.

Quizás el numeroso público infantil, que se divertía enarbolando grandes espadas imaginarias, se sentía identificado con aquellos «vikingos estáticos», pero confieso que ni viendo a aquellos angelitos comprando zapatos, cascos, gorros de piel y otros aderezos *históricos* en la tienda del museo conseguí sintonizar con aquel ambiente prefabricado.

Mi visita a la Casa de Cultura fue, en cambio, mucho más vibrante. De entrada, el edificio, inaugurado más de cien años atrás, en 1909, ya te lleva a sintonizar con los tiempos antiguos. La ambientación interior, por otra parte, está muy conseguida, hasta el punto que sentí cómo un escalofrío me recorría el espinazo cuando pude contemplar por primera vez, en una sala en penumbra, los manuscritos de las sagas y las Eddas. ¡Cuánta historia y cuánta literatura, cuánta emoción y cuántas historias habitaban en aquellos manuscritos!

Mientras paseaba entre visitantes, paneles, objetos, manuscritos y libros que evocaban aquella época lejana, me acordé de aquellos islandeses que muchos siglos atrás, cuando Islandia era todavía una isla remota y aislada del resto del mundo, habían preservado las maravillosas historias de las sagas, que hablan de antiguos vikingos y de épicas batallas, contándoselas a sus hijos junto al fuego en las frías noches de invierno.

Jorge Luis Borges, admirador confeso de las sagas, apunta que «este arte empezó siendo oral, oír cuentos era uno de

los pasatiempos de las largas veladas de Islandia. Se creó así, en el siglo X, una epopeya en prosa: la *saga*. La palabra es afín a los verbos *sagen* y *say* (decir y referir) en alemán e inglés. En los banquetes, un rapsoda repetía las sagas». Y, tras elogiar estas narraciones épicas, concluye: «Para la historia universal, las guerras y los libros escandinavos son como si no hubieran sido; todo queda incomunicado y sin rastro, como si acontecieran en un sueño o en esas bolas de cristal que miran los videntes. En el siglo XII los islandeses descubren la novela, el arte de Cervantes y de Flaubert, y ese descubrimiento es tan secreto y tan estéril, para el resto del mundo, como su descubrimiento de América».

Como prueba del gran respeto que sentía por las sagas, Borges, que viajó tres veces a Islandia, se hizo enterrar en Ginebra bajo una lápida en la que puede verse, por un lado, una nave vikinga con la vela desplegada y, por el otro, siete guerreros antiguos, labrados en piedra, blandiendo sus respectivas espadas. La frase que preside la lápida, en inglés antiguo, reza: «*And ne forthedon na*...». Está sacada de un poema épico del siglo X y significa: «Y que no temieran...», en referencia a los caballeros que se disponían a guerrear en la batalla de Maldon, en el año 991.

Las sagas son, sin duda, el gran tesoro de Islandia. En un país en el que los edificios más antiguos datan del siglo XVIII maravilla pensar que esta literatura medieval, fijada entre los siglos XII y XIV, ha llegado hasta nosotros para contarnos unas historias de carácter épico que parten a menudo de personajes que muy probablemente existieron en los tiempos de la colonización de Islandia, entre los siglos IX y X. La narrativa oral las fue transformando con los años y les incorporó algunos elementos de fantasía, como los combates

contra los trolls que habitan tras las cascadas y otros seres que parecen escapados de *El señor de los anillos*; aunque, bien mirado, sería mejor decirlo al revés, ya que Tolkien se inspiró precisamente en las sagas islandesas para escribir su archifamosa trilogía.

Las sagas suelen clasificarse en distintos tipos según su contenido: de los tiempos antiguos, de los obispos, de los reyes, de los dioses, de los islandeses… La mayoría son textos anónimos, aunque los expertos opinan que una de las más vibrantes, la *Saga de Egil*, se debe a la pluma de Snorri Sturluson, personaje real que vivió en Islandia, y viajó a Noruega, entre los años 1179 y 1241. En cualquier caso, las sagas de los islandeses son sin duda las más interesantes, y las más literarias. Se conservan alrededor de unas cuarenta, algunas muy breves, como la de Hrafnkell, de una veintena de páginas, y otras muy largas, como la de Egil, de más de trescientas páginas. Entre las más conocidas, además de la *Saga de Egil*, están la *Saga de Nial*, la *Saga de Hrafnkell* y la *Saga de Laxdaela*.

—La de Egil es de las mejores —comentó Einar que, ante mi sorpresa, se puso a recitar su inicio de un modo conmovedor.

—¿Te la sabes de memoria?

—Algunos fragmentos, pero no tiene ningún mérito —se rió—. Todos los islandeses las aprendemos en la escuela.

Una vez más me sorprendía la familiaridad que los islandeses tenían con aquellos textos antiguos que consideraban vinculados al nacimiento de Islandia. Por otra parte, la lengua islandesa, al permanecer aislada del mundo durante muchos siglos, había evolucionado muy poco, lo que permitía a los islandeses leer las sagas como si hubieran sido escritas ayer mismo.

Las sagas suelen describir de un modo directo, en orden cronológico, episodios de la colonización, algunos vinculados a hechos históricos importantes como el descubrimiento de América (descrito en la *Saga de Eric el Rojo*) o el de Groenlandia (*Saga Groenlandinga*), a menudo con la defensa del honor como eje. No se detienen en la descripción psicológica de los personajes, que suelen definirse a través de sus acciones, como sucede en el mundo del cine, pero narran al detalle la genealogía, enfrentamientos, litigios, duelos y batallas. Los protagonistas, por otra parte, no se someten a la típica clasificación de buenos y malos, sino que se mueven en el terreno de la ambigüedad.

Hoy en día tenemos la fortuna de poder leer muchas sagas en castellano, gracias a las excelentes traducciones de Enrique Bernárdez y Mariano González Campo, entre otros. A través de ellas podemos saber que las sagas familiares comprenden a menudo a personajes de varias generaciones, algunos de los cuales, como Egil Skallagrímsson, protagonista de *La saga de Egil*, se caracterizan por ser definitivamente excesivos. Egil, que vivió alrededor del año 1000, es granjero, vikingo, guerrero y poeta capaz de recitar poesías mientras lucha espada en mano contra sus enemigos.

—Antes de morir —recordó Einar— cuenta Egil que enterró su tesoro, compuesto por objetos de plata, cerca de Mosfellsbaer, un lugar no muy alejado de Reykiavik, con lo que todavía hoy hay quien se empeña en buscar «la plata de Egil».

Lo dicho: las sagas tienen sorprendentes prolongaciones que las llevan a enlazar con la Islandia más actual, como puede comprobarse si uno se da una vuelta por la isla,

donde abundan las granjas y escenarios naturales que aparecen en algunos episodios.

Nial, el protagonista de *La saga de Nial*, es por su parte un personaje sabio de la misma época que Egil, que también se ve inmerso en litigios, venganzas y combates épicos antes de fallecer en el incendio de su propia casa, junto a los suyos.

En las sagas abundan las escenas narradas de un modo directo y los diálogos cortantes, en medio de una muy bien conseguida tensión dramática. Los estilos y temas son muy variados, e incluso hay algunas sagas, como la de Bósi, que se entretienen en la descripción de algunos episodios sexuales. En ella, por ejemplo, vemos al guerrero Bósi abordar a una moza con palabras como estas: «Quiero abrevar a mi potro en tu fuente de vino». U otra frase, mucho menos sutil, que dice «quiero taponar tu agujero».

—Mi personaje preferido de las sagas es Egil —apuntó Einar—. ¡Era poeta y vikingo, como yo! ¡Y también bebía mucho! La historia que protagoniza es muy buena. Halldór Laxness dijo una gran verdad: «De niño lees las sagas como cuentos de hadas; de mayor, por lo que cuentan; y de viejo, por la sabiduría que desprenden».

En la Biblioteca de la Casa de la Cultura de Reykiavik pueden contemplarse, además de los manuscritos, una serie de libros imprescindibles para comprender la historia de Islandia, con ediciones que van desde la introducción de la imprenta hasta la actualidad. Esta selección incluye, por supuesto, varios ejemplares de las sagas de los islandeses, poemas épicos, libros de temática religiosa y códigos de leyes, así como las novelas del único Premio Nobel de Literatura que hasta ahora ha tenido el país, Halldór Laxness.

También hay en el recorrido museístico un espacio para la interesante historia de Árni Magnússon (1663-1730), un archivero apasionado, representado con una peluca muy de la época, que vivió entre Islandia y Dinamarca y reunió una gran colección de más de dos mil manuscritos de las sagas islandesas. En Copenhague, Árni Magnússon se convirtió desde muy joven en profesor universitario y asistente de Thomas Bartholin, el Anticuario Real. Fue Bartholin quien le animó a encontrar todos los manuscritos que pudiera en sus viajes por Islandia, aunque esta afición ya le venía de familia, puesto que su tío había sido escriba y su abuelo un prolífico copista. De todos modos, muchos de los manuscritos islandeses ya habían volado para entonces a la colección real de Copenhague o a colecciones privadas de los países nórdicos, y no fue hasta 1685 que, a instancias de Bartholin, el rey danés prohibió la venta de manuscritos islandeses a extranjeros que se propusieran sacarlos del país.

Cuando no podía comprar manuscritos, Árni Magnússon disponía de un equipo que los copiaba para su colección, que acabó convirtiéndose en la mejor en este ámbito. Desgraciadamente, la casa donde los guardaba se quemó durante el Gran Incendio de Copenhague, en 1728, y aunque el archivero logró salvar, gracias a la ayuda de sus amigos, la mayor parte de los ejemplares, nunca se perdonó que algunos fueran devorados por las llamas. Tras el incendio, Árni Magnússon sufrió una gran depresión, y cuando falleció, en 1730, su colección fue donada primero a la Universidad de Copenhague y después a la Biblioteca Real Danesa.

La cesión de los manuscritos a Islandia, reivindicada durante muchos años, no fue nada fácil. Se empezó a hablar de ello antes de la declaración de independencia, que llegó

en 1944, ya que Islandia los consideraba parte irrenunciable de su patrimonio cultural, pero no fue hasta después de un largo debate que el Parlamento danés decidió, en mayo de 1965, ceder una parte de los manuscritos de la Colección Arnamagnaean al nuevo Instituto de los Manuscritos de Islandia, actualmente convertido en la institución llamada Stofnun Árna Magnússonar, en honor de Árni Magnússon.

La firma del tratado, sin embargo, se demoró hasta 1971 y no fue hasta junio de 1973 que una multitud de islandeses entusiastas recibió en el puerto de Reykiavik el primer envío de manuscritos. El resto de manuscritos fue llegando con cuentagotas, los dos últimos en junio de 1997. Fueron en total 1.666 manuscritos, aproximadamente la mitad de una colección que en 2009 fue avalada por la Unesco, que la incluyó en el Programa Memoria del Mundo.

En la misma Casa de la Cultura se exponían, cuando visité los manuscritos de las sagas, una serie de fotos impactantes que, en cierto modo, ayudaban a formarse una visión más completa de Islandia. Se trataba de las fotos que ilustran el libro *Icelanders*, de Sigurgeir Sigurjónnson y Unnue Jökulsdóttir, una pareja que recorrió Islandia durante dos años, hasta las más remotas comunidades rurales, para dejar constancia de cómo eran a principios del siglo XXI los habitantes de la isla. El resultado es una colección de hermosos retratos en la que pueden verse rostros islandeses de todo tipo, lejos de la uniformidad de la capital.

A la salida de la Casa de Cultura entramos con Einar, refugiándonos de la lluvia que empezaba a caer, en una librería de viejo de la calle Hverfisgata que ostentaba el nombre de Bókin («El libro»). No era fácil orientarse entre los miles de libros amontonados, al parecer, sin ningún criterio, que se alternaban con objetos curiosos, pero Einar logró

encontrar varios ejemplares de las sagas casi sin despeinarse.

—Son muchos años de venir por aquí —sonrió—. El dueño, Bragi Kristjónsson, es un intelectual excéntrico que tiene un programa de libros en televisión y su hijo es amigo mío. A ambos, como puedes ver, les encantan los libros.

Luego se puso a contarme lo que en principio me pareció una leyenda urbana: Bobby Fischer (Chicago, 1943-Reykiavik, 2008), el excéntrico y legendario ajedrecista que en 1972 le ganó el cetro mundial al ruso Boris Spassky, precisamente en Reykiavik, solía acudir a esta librería, donde hurgaba entre los estantes hasta encontrar un libro en inglés que le interesara y se sentaba a leer durante horas y horas.

Como si nos estuviera espiando, en ese momento salió de la trastienda el hijo del dueño y se fundió en un abrazo con Einar. La endogamia islandesa suele deparar escenas como esta. Cuando le pregunté por Bobby Fischer, me confirmó las palabras de Einar y añadió: «Le dijo a mi padre que le gustaba venir aquí porque le recordaba las librerías de cuando era joven en Nueva York».

El final de Bobby Fischer, un personaje muy querido por los islandeses, fue triste. Tras ser declarado campeón mundial, en 1975 se le desposeyó del título al no aceptar las condiciones para defenderlo ante el ruso Anatoli Karpov. Después de muchos años retirado y aislado del mundo, en 1992 volvió a enfrentarse a Spassky en Belgrado. Le ganó por 10 partidas a 5, pero su actuación le valió un enfrentamiento con Estados Unidos, que le acusó de violar el embargo de las Naciones Unidas al que entonces estaba sometida Yugoslavia y ordenó su arresto. Fischer ya no regresó nunca más a Estados Unidos y, tras unos años en Japón, en 2004 se fue a vivir a Islandia, donde un año

después le concedieron la ciudadanía del país en agradecimiento por haber «puesto a Islandia en el mapa» con su enfrentamiento de 1972. En Reykiavik, la ciudad que fue escenario de su gran victoria, vivió hasta su muerte, en enero de 2008.

—Lo enterraron cerca de Selfoss, pero como dice no recuerdo quien: «La muerte no es el final; aún queda la disputa por la herencia» —comentó Einar, sarcástico—. En junio de 2010 el Tribunal Supremo de Islandia accedió a una demanda de una presunta hija filipina para que se exhumara el cadáver de Fischer y le hicieran pruebas de ADN para determinar si era su padre. La exhumación se llevó a cabo el mes siguiente, pero las pruebas resultaron negativas. Toda la herencia de Fischer pasó a Miyoko Watai, la viuda de Fischer.

14. Endogamia y genealogía

La endogamia es algo con lo que topas a diario en Islandia. Todos se conocen y todos parecen saberlo todo de casi todo el mundo. Al cabo de unos días en la isla ya lo das por sentado, pero a veces el fenómeno te desborda. Este es un buen momento para rescatar una anécdota que me ocurrió en diciembre de 2002, cuando viajé a Reykiavik para celebrar con mis amigos islandeses la primera edición de *La isla secreta*, un libro sobre la isla que había sido distinguido con el Premio Grandes Viajeros. Einar y Margrét decidieron celebrar una fiesta en el apartamento que tenían entonces en Reykiavik y se ocuparon de que todo saliera bien; hubo buena comida, canapés, pasteles, música, buen rollo, vino, naranjada y, por supuesto, la suficiente provisión de cervezas para que ningún invitado se viera afectado por el incómodo síndrome de abstinencia.

Afortunadamente fueron muchos los amigos que se sumaron a la fiesta, pero la madre de Margrét llamó desde Akureyri, la segunda ciudad del país, lamentando no poder asistir. De todos modos, añadió, participaría a su manera enviando un pastel.

—¿Y cómo nos lo hará llegar? —le pregunté a Einar, intrigado, ya que Akureyri se encuentra a unos cuatrocientos kilómetros de Reykiavik.

—Irá al aeropuerto de Akureyri y se lo dará al primer conocido que vuele hacia Reykiavik.

—¿Y si no conoce a nadie?

—Eso es imposible —rió Einar—. Has olvidado que estamos en Islandia. ¡Aquí todos nos conocemos!

Un par de horas después, cuando estábamos atareados en la cocina preparando la cena, sonó el teléfono: era la suegra de Einar, que anunciaba que el pastel ya estaba volando hacia Reykiavik.

—Veo que al final ha encontrado a quien lo traiga —celebré.

—Me ha dicho que se lo ha dado a la ministra de Industria —anunció Einar.

—¡¿A la ministra?!

—Ella también es de Akureyri —añadió sin darle la más mínima importancia—… Dentro de media hora tengo que ir al aeropuerto a recogerlo. Si quieres acompañarme…

Por nada del mundo me habría perdido el espectáculo de una ministra mensajera aterrizando con un pastel en la mano.

Llegamos al pequeño aeropuerto de vuelos domésticos, situado muy cerca del centro, con una antelación más que suficiente. Cuando por fin aparecieron los pasajeros procedentes de Akureyri, Einar me indicó una mujer alta y rubia, con abrigo de lana, sonrisa en los labios y un paquete en la mano.

—Es ella —me dijo.

La ministra se acercó hacia nosotros, le entregó el pastel a Einar, nos deseó que tuviéramos una feliz fiesta y se fue caminando sola hacia su coche, un pequeño turismo de fabricación alemana. Fue un trabajo rápido, eficaz y sin complicaciones.

Mientras regresábamos a casa pensé que acababa de asistir a una nueva muestra de la famosa endogamia islandesa. Todos se conocían y nadie pensaba que era superior a nadie por el mero hecho de tener un cargo en el Gobierno. Los ministros islandeses iban sin escoltas, sin coche oficial y sin todo el lío que suele rodear a los políticos de otros países. Me imaginé por un momento, como contraste, qué habría pasado en el caso hipotético de que a un amigo de Madrid se le hubiera ocurrido enviarme un pastel utilizando a un ministro como mensajero. Muy probablemente los escoltas le habrían inmovilizado, lo habrían detenido como sospechoso y habrían destruido el pastel por temor a que fuera una bomba. En Islandia, en cambio, las cosas funcionaban de un modo muy distinto. Era otra de las ventajas de vivir en un país pequeño en el que todos se conocían.

Volviendo al verano de 2008, un día, dándole vueltas al tema de la endogamia, Einar me sorprendió hablándome de una página web (www.islendingabok.is) en la que se podía rastrear toda la información genealógica de los islandeses.

—La página parte del *Libro de los islandeses* (*Islendigabók*), donde están consignados los nombres de los cuatrocientos primeros colonos de la isla —me explicó—. A partir de aquí, dado que se conservan todos los archivos, es fácil seguir el rastro de cada uno.

Lo primero que vi al abrir la página fue una introducción que decía: «Esta web tiene sus raíces en 1988, cuando Fridrik Skúlason empezó a reunir información sobre familias islandesas y genealogía y creó el programa Espólin para ver la relación existente entre familias. En 1997, la compañía Islensk y Fridrik empezaron a trabajar conjuntamente. Dado que Islandia es una nación muy aislada, la información que se puede obtener es muy valiosa. Esta es la única base de

datos genealógica del mundo que cubre toda una nación. Se ha hecho con información de más del 95% de los islandeses que hay en el censo de 1703, y con información fiable que llega hasta los años de la colonización».

En la web se puede encontrar información sobre 740.000 islandeses. Pero las cifras impresionan sólo relativamente. Me impresionó mucho más cuando Einar escribió su nombre, clicó el ratón y no tardó en aparecer en pantalla una lista completa de sus antepasados que se remontaba hasta llegar al mismísimo Ingólfur Arnarson, el primer poblador de la isla en el siglo IX. Por el camino también apareció Egil Skallagrímsson, el valiente poeta protagonista de la *Saga de Egil*, capaz de recitar poesía en plena batalla.

—Tengo la misma sangre que Egil —comentó Einar, sin ninguna emoción en la voz, como si fuera lo más normal del mundo.

Mientras me lo imaginaba vestido de vikingo, con una espada en la mano y una copa en la otra, Einar probó otra utilidad de la página web. Escribió su nombre y el de otra persona, en este caso el de Björk, y en unos segundos la web le informó de cuántos antepasados comunes tenían.

—En la mayoría de los casos —me comentó—, al cabo de siete u ocho generaciones, todos vamos a parar a un mismo tronco. Es normal en una isla tan poco poblada que apenas ha tenido inmigración. La web siempre te da la relación más próxima. La madre de Björk, por ejemplo, resulta que es pariente mía.

Era mareante la familiaridad con que Einar se paseaba por la historia de Islandia, la facilidad con que podía rastrear cualquier genealogía, aunque me señaló que algunos nombres, los correspondientes a gente que había tenido problemas con la justicia, tenían el acceso bloqueado; no fuera uno a descubrir que era descendiente de un criminal.

Navegando por la web fuimos a dar con un personaje muy curioso: el del poeta y sacerdote Hallgrímur Petturson (16141674), a quién está dedicada la Hallgrimskirkja, la iglesia más alta de Reykiavik.

—De Hallgrímur Petturson se sabe que se casó con Gudrigur Simonardóttir (1598-1682), conocida como Tyrka-Gudda, o «Gudda la Turca» —me contó Einar mientras iba retrocediendo en el tiempo—. Ella había nacido en las islas Vestman, pero fue secuestrada, junto con su hijo, por aquellos «piratas turcos» que en realidad eran de Argelia en 1627, cuando tenía 29 años. Durante diez años estuvo retenida como esclava en Argel, hasta que el rey de Dinamarca, que entonces era también el soberano de Islandia, hubo pagado un rescate por ella y por otros islandeses y consiguió liberarlos.

La historia se complica cuando se sabe que el hijo de Gudda, que se había convertido al islam, prefirió quedarse en Argel, quién sabe si tentado por la bondad del clima mediterráneo. Sin embargo, acabó siendo enviado a Copenhague, junto con los otros secuestrados, en el invierno de 1636-1637. En la capital danesa se les tuvo que enseñar a todos de nuevo la lengua islandesa y la religión cristiana. El instructor era Hallgrímur Petturson, que se convertiría en amante de Gudda y con quien acabaría regresando a Islandia. En 1646, Hallgrímur Petturson fue ordenado sacerdote, se casó con Gudda y tuvieron por lo menos tres hijos.

Era aquel un caso novelesco bien documentado en la genealogía islandesa, pero es evidente que no a todos los islandeses les gusta hurgar en su pasado. La prueba es que cuando la empresa DeCode Genetics empezó a investigar hace unos años la genealogía de los islandeses, con la intención de compararla con el historial médico para

encontrar medicamentos para combatir algunas enfermedades, había chocado con una fuerte oposición. Y es que remover los espíritus de los antepasados no está bien visto en Islandia.

15. La isla negra

Dando vueltas al tema de la endogamia islandesa, y a los polémicos experimentos desarrollados en la isla por la empresa DeCode Genetics, me acordé que había leído una novela de Arnaldur Indridason, *Las marismas*, que trataba estos temas en clave negra. El autor, nacido en Reykiavik en 1961, era un fenómeno internacional, ya que sus novelas se publicaban nada menos que en veintiséis países. Su serie del inspector Erlendur, de la que ya habían salido ocho títulos, era un éxito absoluto, capaz de vender 30.000 ejemplares en Islandia y más de dos millones en todo el mundo. En el año 2003, Arnaldur Indridason había conseguido un récord difícil de superar: ocupar los cinco primeros puestos de la lista de libros más vendidos de Islandia.

Cuando le pregunté a Einar si lo conocía, me respondió que, por supuesto, que sí; no sólo eso, si no que habían estudiado juntos y Arnaldur jugaba a fútbol cada semana con unos amigos suyos. Antes de que pudiera decidir si quería entrevistarle, Einar ya lo estaba llamando.

Arnaldur Indridason me citó para aquella misma mañana en la Nordic House de Reykiavik. Sería mi última entrevista en Islandia, ya que por la tarde regresaba a Barcelona. En cuanto colgué el teléfono, Einar me puso en situación: era

hijo de un escritor famoso, Indridi G. Thorsteinsson, y entre 1986 y 2001 había sido crítico de cine en el *Morgunbladid*. En 1997, a los 36 años, publicó su primer libro, y en 2001 pudo permitirse el lujo de vivir sólo de sus libros.

—Es un buen tipo —me dijo Einar—, aunque es tímido.

Llegamos puntuales a la Nordic House, un edificio precioso de Alvar Aalto situado en la zona universitaria de Reykiavik, rodeado de verde y a un paso del centro. No había nadie en la cafetería, tan sólo Einar y yo. Unos minutos después apareció Arnaldur Indridason; saludó a Einar con semblante serio, me saludó a mí y echó un vistazo alrededor antes de tomar asiento, como uno de esos guardaespaldas que desconfían de todo y de todos. En aquel momento me dio la sensación de que era como si se hubiera convertido en uno de los personajes de sus novelas negras.

—Me habían dicho que Islandia es un país tan endogámico que es imposible escribir una novela negra ambientada en la isla —le dije para romper el hielo—. Usted ha demostrado lo contrario.

—Era difícil, pero lo intenté y me ha ido bien —sonrío por fin, demostrando que empezaba a relajarse—. Había dos razones para que en Islandia no hubiera novela negra: por un lado no se consideraba literatura y, por otro, la gente cree que en Islandia nunca pasa nada. Cuando escribes, tienes que utilizar trucos distintos a los de otros países, ya que aquí la policía no lleva armas y nunca hay demasiada violencia. Tienes que encontrar tu propio camino.

—Pero usted insiste en hablar de Islandia.

—Todas mis novelas pasan en Islandia. Sólo escribo sobre Islandia, pero he vendido más de dos millones de ejemplares en todo el mundo, lo que indica que mis libros interesan. Se ve que a la gente le interesa lo que pasa en nuestra isla.

—¿Cómo nació su inspector Erlendur?

—En 1997, en la primera novela de la serie, Erlendur era secundario, pero después pasó a protagonista. Fue a partir de la segunda novela que pensé en escribir una serie. Más que nada porque Erlendur me intrigaba. Quizás un día descubra por qué.

—Él es un islandés de pura cepa.

—Quise hacerlo muy islandés, es cierto, y su especialidad son las desapariciones, algo también muy islandés. A causa del mal tiempo, tanto en el mar como en el interior del país, hay mucha gente que desaparece. Erlendur tiene la teoría de que, como ha habido tantos desaparecidos durante siglos, cuando hoy alguien desaparece, no se ve como un crimen. Pero él siempre busca un crimen en una desaparición. Esta es una sociedad tranquila, pero pasan cosas.

—Los espíritus y los seres ocultos están siempre presentes.

—¡Si hasta se desvían carreteras para no molestar a los elfos! Hay muchos islandeses que creen en los elfos y en los espíritus. Han creído en ellos durante tanto tiempo, que la imaginación es muy fructífera. Erlendur no cree en los elfos, pero sí en los fantasmas.

—¿Cómo es el típico asesinato islandés?

—Aquí, por suerte no hay muchos crímenes, pero en los últimos años ha habido algunos. Alguien coge una navaja y mata a alguien de mala manera. Hay mucha droga y los jóvenes se ciegan para conseguir una dosis. Aquí y en todas partes.

—Islandia ha evolucionado muy deprisa en los últimos años.

—Erlendur es parte de la historia de Islandia. Él viene del campo y ve que este país ha cambiado mucho desde la Segunda Guerra Mundial. Ha pasado de ser una sociedad de

agricultores muy sencilla a una sociedad *high tech* muy compleja, y sólo en dos generaciones. Erlendur se va a vivir a Reykiavik, pero siempre piensa en su juventud en el campo. No le gusta Reykiavik, ni le gusta la influencia de Estados Unidos, ni el *fast food*. Se interesa más por las cosas de antes, por la lengua, por ejemplo.

—¿En qué se diferencia la Islandia de ahora de la de antes?

—Ahora somos un país rico, pero lleno de contradicciones. Estamos construyendo grandes presas y fábricas de aluminio, y al mismo tiempo queremos que venga más turismo por nuestra naturaleza. Queremos mostrar las ballenas y también las matamos. En 150 años el país ha cambiado muchísimo. La modernización significa una buena educación, sanidad, carreteras… pero también hemos perdido cosas buenas del pasado.

—Para usted, ¿la novela negra es novela social?

—Absolutamente. Si eres escritor, tienes cosas que decir sobre tu sociedad. Yo quiero escribir sobre lo que pasa a mi alrededor. La novela negra va muy bien para esto, ya que el detective viene de la calle e investiga. Puedes hacer un buen retrato social, puedes tocar distintos ambientes.

—La hija de Erlendur aparece a menudo.

—Mis libros tratan también de las relaciones familiares, entre padres e hijos, entre hombre y mujer, de divorcios, hijos… La familia es muy importante en todas partes. Erlendur, como hombre de familia, es un fracasado. Como policía, es brillante.

—¿Por qué llueve tanto en sus novelas?

—El clima aquí es muy importante. También es psicológico; la lluvia le sienta bien a la novela negra. Islandia cambia mucho en cada estación y esto afecta a los personajes.

—El invierno es oscuro, deprimente.

—Tratamos de compensarlo con reuniones de amigos, fiestas en casa, el *Thorrablót*… Siempre es difícil mirar a tu propia sociedad. Yo he vivido siempre aquí, y me gusta vivir aquí.

—En *Las marismas* trata de la polémica sobre la genética en Islandia.

—La idea de la genética me vino de un plan que se hizo público en Islandia en el 2000. Querían fijar una base de datos para controlar la genética y así poder encontrar medicamentos para combatir algunas enfermedades. Al final el plan no se llevó a cabo como estaba previsto, pero hubo una gran polémica. De aquí saqué la historia de un científico que va viendo cómo salen en la pantalla del ordenador los nombres de su familia. Esto es lo que mueve la historia.

—¿Hasta cuándo tendrá vida Erlendur?

—De momento, pienso escribir diez novelas con el personaje. Los suecos Max Sjöwall y Per Wahlöö, mis favoritos del género, se pararon en la décima. Ya veremos. (Posteriormente, en un encuentro en Barcelona, me confesó que pensaba publicar más de diez títulos de Erlendur. Le había cogido cariño al personaje y le daba pena dejarlo de lado).

—Hay quien dice que el vulcanismo de Islandia fomenta la creatividad.

—No lo creo. A la hora de escribir, un 98% es trabajo duro y solitario; un 2% talento. Yo procuro ser organizado y trabajar unas horas cada mañana.

—¿Qué opina del sueco Henning Mankell?

—No lo he leído. Sé que es el grande de la novela negra en Escandinavia, pero no lo he leído.

—Por lo que parece, los europeos están dando nueva vida a la novela negra.

—Esto tiene que ver con el realismo que tienen estos libros. Hablas de la sociedad y eso interesa a la gente. Cuando lees sobre Erlendur quieres saber más cosas de Islandia. No todo son disparos y persecuciones, como ha querido hacernos creer cierta novela negra norteamericana.

—Por cierto, ¿a qué se debe que haya tantos escritores en Islandia?

—Hay muchos poetas y publicamos muchos libros al año. No sé a qué se debe, porque el mercado es pequeño y es muy difícil vivir de esto. Pero hay mucha gente que escribe. En parte porque el estado te subvenciona si eres escritor y en parte porque nos gustan mucho las historias. A la gente le gusta explicarlas y escucharlas. Es algo tradicional que ahora se traduce en libros.

Justo cuando me despedía de Arnaldur Indridason se puso a llover, como si alguien hubiera decidido que aquella era la mejor ambientación para un autor islandés de novela negra.

No vi ningún elfo de camino hacia el aeropuerto, pero las sombras alargadas del campo de lava me convencieron de que también en aquella isla remota de naturaleza fascinante podían habitar los personajes de la novela negra.

Tercera parte

LA CATÁSTROFE

Del otoño de 2008 al verano de 2010

16. La visión de Baltasar

Para entender lo que sucedió en octubre de 2008, cuando la crisis financiera hundió económicamente a Islandia, hay que remontarse a los años previos, cuando la economía islandesa vivía un período de descarado optimismo y el país era señalado por casi todo el mundo como un ejemplo del buen funcionamiento del modelo liberal, gracias a sus bajos impuestos, a una renta per cápita muy alta y a un conjunto de privatizaciones que parecía que funcionaban a la perfección.

De hecho, las medidas tendentes a liberalizar la economía se iniciaron en Islandia en los años ochenta, cuando el Gobierno decidió privatizar la pesca del bacalao, pero fue sobre todo a principios del siglo XXI, con la privatización de la banca, cuando más se notaron sus efectos. Los nuevos banqueros, por lo general jóvenes ambiciosos súbitamente enriquecidos, iniciaron una gran expansión, prometiendo intereses de hasta el 15%, comprando empresas punteras en Gran Bretaña y en Dinamarca y captando capitales extranjeros. En aquellos años Islandia era una fiesta, o por lo menos lo parecía, con un espectacular *boom* de la construcción y enormes cantidades de dinero en constante movimiento. Sólo unos pocos economistas, sin embargo, empezaron a intuir que

algo estaba fallando, especialmente cuando los activos de los bancos llegaron a ser doce veces más altos que el Producto Interior Bruto del país, gracias a una regulación confusa y a cierta complicidad de los políticos, que confiaban que aquella desmedida euforia económica sólo podía traer beneficios al país. Fue en este momento, al iniciar una desesperada huida hacia delante, cuando los banqueros corruptos empezaron a crear sociedades fantasma y cuentas secretas en paraísos fiscales, al tiempo que se iban concediendo créditos a sí mismos y a sus amigos sin ningún tipo de garantías. Era una carrera alocada, y al final, como no podía ser de otra manera, llegó la catástrofe: en octubre de 2008 la inflación se desató, quebraron los bancos del país, la corona islandesa se hundió y se desinfló por completo la burbuja inmobiliaria. Islandia, de repente, pasaba a ser un país empobrecido inmerso en una gran crisis económica.

No era nada fácil para los islandeses recuperarse de la *kreppa* (catástrofe), de aquel duro golpe financiero, pero antes de abordar las consecuencias económicas de aquel octubre nefasto tenía ganas de repasar la situación creada después de la crisis con alguien que no fuera un economista, alguien que me hablara desde el punto de vista de un ciudadano. Con este propósito, en mayo de 2010 telefoneé a Baltasar Samper, un artista catalán que llevaba viviendo en Islandia más de cuarenta años. Samper se había casado con una islandesa en 1963, tenía tres hijos islandeses y él mismo se consideraba islandés, aunque el hecho de haber nacido en Barcelona y de viajar a menudo al extranjero esperaba que le diera una perspectiva lo suficientemente distanciada como para tener una visión más comprensible, por lo menos para un extranjero, de lo que había pasado en los últimos años.

Samper me citó a media tarde en el establo donde guardaba sus caballos, en un lugar llamado Heimisendi. «Significa literalmente el Fin del Mundo», me aclaró por teléfono, «pero está muy cerca, en Kopavogur. Lo que pasa es que la ciudad ha crecido tanto que ahora el Fin del Mundo ya está integrado en el Gran Reykiavik. Podemos aprovechar para hablar mientras limpio las cuadras y doy de comer a los caballos».

Mientras conducía hacia allí, reflexioné sobre la paradoja de que la gran burbuja inmobiliaria previa a la crisis hubiera acabado integrando el Fin del Mundo. Toda una imagen de un crecimiento desenfrenado.

Al cabo de unos minutos de espera, Samper llegó al volante de un pick-up equipado con ruedas enormes y ejes más altos de lo normal, ideal para aventurarse en el corazón de la isla. Tenía aspecto de estar en plena forma, a pesar de sus 72 años, extremo que me confirmó cuando se puso a limpiar las cuadras con un vigor inesperado y arreó a sus cinco caballos, de color negro azabache, para que salieran al campo a airearse.

—La recesión llegó por un conjunto de cosas —me explicó mientras limpiaba la cuadra—. A la devaluación de la corona se añadió la provocada por la gente que cambiaba coronas en el exterior para obtener un mejor cambio. En 2006 ya se intuía la crisis, pero nadie se atrevía a decir lo que estaba pasando. Al final quebraron los tres principales bancos del país y la economía se hundió.

—¿Piensas que la mala gestión de los bancos está en el origen de todo?

—Hay crisis económica en todo el mundo, también en España y en Estados Unidos, pero aquí, al quebrar los bancos, fue mucho peor: todo se hundió. Es evidente que no los gestionaron bien.

—Y parece que los políticos tampoco dieron la talla.

—La esperanza ahora es que los partidos políticos se renueven y sean honestos. En Estados Unidos eligen a actores como Reagan y Schwarzenegger y aquí ahora dicen que en las elecciones municipales del domingo triunfará un actor llamado Jón Gnarr.

—¿Piensas que es un hombre fiable?

—Es un cómico que se ha hecho famoso en televisión y que ha triunfado en el cine. A mí no me hace gracia, pero la gente le tiene cariño y según las encuestas será el próximo alcalde de Reykiavik. Los tiempos cambian y la gente quiere caras nuevas.

—¿Y qué dicen en el Parlamento? Todos esos cambios parecen haber cogido a los políticos de improviso.

—Aquí los políticos viven bien… —se rió Baltasar—, aunque la gente ahora desconfía de la vieja manera de hacer política. Ahora los políticos se irán de vacaciones, porque el Parlamento islandés cierra casi tres meses en verano, según una antigua costumbre, de cuando tenían que ir a cuidar a los animales. En verano es cuando nacen los corderos y claro… Después cierran casi un mes en diciembre. Viven bien, pero tendrán que ponerse las pilas porque la gente ya ha demostrado que está harta y quiere un cambio.

—¿Se ha notado la crisis en la vida diaria?

—Los que más lo han notado son los que se lo habían jugado todo a una carta, confiados en la euforia económica. Habían comprado casas enormes y vivían a un buen ritmo. Son en general ciudadanos de entre 30 y 40 años, los jóvenes banqueros y sus amigos. Ofrecían dinero barato y la garantía para el crédito era el mismo préstamo. Era una barbaridad. En un segundo nivel está la gente que siempre trabaja, de 45 a 60 años. A mi me perseguían por teléfono

ofreciéndome intereses de hasta el 15%. Nunca piqué, no lo veía claro.

—La última vez que vine a Islandia fue en el verano de 2008 y aquí todavía se vivía la euforia. Había grúas y edificios en construcción por todas partes.

—Cuando ves tantas grúas empiezas a darte cuenta de que no vamos bien. En España pasó algo parecido: la famosa burbuja inmobiliaria. Ahora los pisos están vacíos y los que peor lo pasan son los que han comprado una casa nueva confiando en vender la antigua. Ahora no se vende nada.

—¿Los artistas como tú también sufren la crisis?

—Yo vendo mis cuadros a precios elevados y, aún vendiendo pocos, ya tengo para vivir. Los artistas jóvenes lo notan más, pero los que lo pasan mal de verdad son los jubilados y enfermos, ya que las pensiones han bajado.

—Se comprende que el pueblo esté cabreado con el Gobierno.

—Ahora que se han cargado la economía, nos dicen que todos estábamos en el mismo baile. Quizás sea cierto, pero ellos bailaban más que nadie. De todos modos, aquí ya pasamos una crisis parecida, en 1991 o 1992. La gente no podía renovar ni la casa ni el coche. Se prolongó hasta el 2000, y después vino la euforia, el despilfarro. La gente se puso a gastar, ya que los créditos eran fáciles de conseguir; se compraban una casa y un buen coche, ya que aquí no hace un tiempo como para ir en bicicleta y tienes que tener un coche preparado para el invierno.

—Los banqueros y financieros eran, al parecer, los que gastaban más.

—Así es. Llegó a haber hasta ocho jets privados en la isla. Lo sé porque pasaban por encima de mi casa antes de aterrizar en el aeropuerto de Reykiavik. Ahora no hay ni uno.

Y Jón Ásgeir, uno de los financieros implicados, tenía un yate increíble, con interiores diseñados por Armani.

—¿Cree que la Comisión de Investigación logrará destaparlo todo?

—La juez franconoruega Eva Joly, que está al frente de la comisión, está investigando a fondo y creo que lo está haciendo muy bien. Los financieros crearon una maraña de sociedades, pero ella ya ha logrado dar con algunas cuentas secretas. Cuenta con un buen equipo. Según ella, a esa gente que está acostumbrada a beber champán a diario, la encierras en la cárcel unos días y se hunde y acaba por cantarlo todo. Y así van saliendo cosas y se encuentra el rastro del dinero que se llevaron a paraísos fiscales.

Salimos al exterior, donde caía una fina llovizna, de esas que te empapan sin apenas darte cuenta. El cielo estaba gris y los caballos, con el pelo negro abrillantado por el agua, ofrecían una estampa preciosa mientras correteaban bajo la lluvia, con la hechizante naturaleza volcánica como fondo.

—Yo tengo caballos porque en verano me gusta recorrer la isla con la familia y los amigos —me aclaró Baltasar—. No los tengo para competir, pero son caballos muy buenos. Normalmente, en esta cuadra, suele haber una docena, entre los de mi hijo y los míos, pero ahora los de mi hijo están en su casa del norte. Su mujer estudió doma y a ambos les encantan los caballos. Deben de tener alrededor de unos sesenta.

—Por cierto, tu hijo, Baltasar Kormakúr, está triunfando últimamente en el mundo del cine.

—Le va muy bien. Empezó dirigiendo *101 Reykiavik*, que fue un éxito, y ya ha hecho varias películas, como actor y como director. Ahora le han contratado en Hollywood para

hacer la versión americana de *Reykiavik-Rotterdam*. Y también está trabajando fuerte en el teatro.

—Veo que los caballos dan trabajo —observé al ver como Baltasar volvía a la cuadra para recoger paladas de estiércol que ponía en una carretilla para llevarlas después hasta un contenedor.

—Pero es muy sano —sonrió sin dejar de trabajar—. Yo pinto cada día en mi estudio durante una horas y me va bien tener los caballos para salir un poco. Estoy en forma, no me duele nada.

—Lo de las excursiones por la isla que me contabas debe de estar muy bien.

—Recorrer Islandia a caballo es una delicia. Como extranjero, me ha hecho conocer muy bien el país, que como sabes es precioso. Hacemos las excursiones en verano, claro, a caballo y en pequeños grupos, equipados con tiendas de campaña. Tenemos una gran tienda central para comer, beber y cantar juntos, y tiendas pequeñas para dormir en pareja.

—Todo bien planeado.

—Tiene que estarlo, aquí la naturaleza puede ser muy hostil. También llevamos una caravana con alimentos. Nosotros sólo vamos a caballo, pero nos sigue un hombre con la comida y las tiendas. En cada excursión tienes que llevar tres o cuatro caballos por persona. Hacemos entre 40 y 70 kilómetros al día y se tienen que rotar los caballos cada hora y media.

—¿Cuántos caballos debe de haber en Islandia?

—Habrá unos 60.000 en toda la isla, pero es difícil saberlo. Nacen muchos cada año y se venden muchos al extranjero. En Alemania y Francia los quieren gordos y jóvenes; en Japón, viejos y gordos. Son hermosos e ideales para montar, pero también hay quien se come su carne. Los

pequeños son más tiernos y si se cuece bien la carne, es muy buena.

—No he visto carne de caballo en los restaurantes.

—La comen en el norte, no aquí.

Baltasar me comentó a continuación que estaba preocupado por una extraña enfermedad que se estaba propagando entre los caballos. Se trataba de un virus desconocido que hacía que los caballos tosieran, les saliera un moquillo y perdieran fuerza.

—Ahora los caballos son un buen negocio —concluyó— y a la gente le preocupa mucho esta enfermedad. Un caballo islandés en Europa puede cotizarse tanto como un caballo árabe. Puede pagarse a un millón o millón y medio de coronas (entre 6.500 y 10.000 euros), pero los muy buenos pueden llegar a los 8 o 9 millones (unos 60.000 euros).

—¿Y por qué tiene tanta fama el caballo islandés?

—No corre en las carreras, pero tiene un paso más, como los camellos, con los pies cambiados a cada lado. Por otra parte, es un caballo muy estable. Puedes beber un vaso de vino sin problemas mientras cabalgas. De todos modos, no todos son mansos. Este —señaló a uno de aspecto salvaje que cabeceaba inquieto— lo monté unos treinta metros y no me tiró, pero tienes que ir con cuidado, ya que a veces esto parece un rodeo.

—¿Y por qué son tan buenos?

—Porque son muy fuertes, cómodos para cabalgar, airosos, con un movimiento muy fino. Y son seguros como una mula. Cuando cabalgas por el interior, tienen un paso muy seguro. Tienen la pezuña más bien pequeña, lo que les va bien para poner el pie en cualquier lugar.

—Cambiando de tema, ¿vas mucho por España?

—Hace un año fui tres veces, a ver una exposición de arte románico en Barcelona, a la presentación de un homenaje a

mi abuelo (el músico Baltasar Samper) en la Pedrera y a celebrar el cumpleaños de un amigo. Pero normalmente salgo poco de Islandia. Si lo hago, es en primavera u otoño, ya que en verano me gusta hacer excursiones a caballo por la isla. En España a mi mujer y a mi nos gusta Andalucía y el Pirineo.

—¿Y de aquí, de Islandia, qué es lo que te gusta?

—Aquí no hay alta montaña como en el Pirineo, claro, pero Islandia es como un pastel, lleno de nieve y hielo en la parte alta. Se pasa del mar a la nieve casi sin transición. Me gusta porque es una isla muy cambiante: hay hierba, lava, glaciares, ceniza…

—¿Y cuál es tu región preferida?

—El nordeste del Vatnajökull, el gran glaciar. Y sus bordes. Y la región de Skagafjördur. En general prefiero la parte norte de la isla, que está menos habitada, aunque también hay buenos rincones en la península de Snaefellness. El sur no lo recomiendo, porque está demasiado habitado.

—El paisaje es bonito, pero de vez en cuando hay un susto en forma de terremoto o erupción, como la reciente del Eyjafiallajökull.

—Las erupciones no nos afectan —se rió—. A los animales sí, ya que tienen que respirar el flúor de las cenizas, que es venenoso. Esta mañana había un poco de ceniza procedente del volcán sobre el coche, pero ha llovido un poco y se lo ha llevado todo. Lo peor es cuando el volcán provoca que el hielo de un glaciar se derrita. Entonces vienen las inundaciones.

—Por lo que veo, estás completamente enraizado en Islandia.

—¡Del todo! Cada vez que voy a Barcelona pienso: suerte que me largué. Demasiada gente, demasiadas tiendas,

demasiado agobio... Por cierto, me quisieron robar en el Barrio Gótico.

—Me temo que no eres el único afectado.

—Ya. Me dijeron que es bastante normal. Islandia, en cambio, es un país muy seguro.

—Volviendo a la crisis económica. ¿Eres optimista respecto al futuro?

—Saldremos de ella, seguro. No será fácil, pero aquí la gente sabe reaccionar ante situaciones adversas. La esperanza es que venga ahora un Gobierno de tecnócratas que lo limpie todo y que haga que el país vuelva a funcionar.

Dejé a Baltasar cuidando a sus caballos; se notaba que se sentía orgulloso de ellos. Todavía lloviznaba, pero en el horizonte, allí donde la isla se convertía en un territorio inhóspito, se empezaban a abrir claros sobre las montañas. Lo tomé como un buen augurio mientras me alejaba de aquel «fin del mundo».

17. Los caballos no notan la crisis

Cuando al día siguiente le comenté a Einar que había descubierto, en mi visita a las cuadras de Baltasar, que los caballos islandeses podían ser muy interesantes, me propuso ir a visitar una de las granjas de caballos más antiguas de la isla, la Laxness Horse Farm. «Allí podrás comprobar hasta qué punto los caballos islandeses son un buen negocio», apostilló. La granja había sido creada unos cuarenta años atrás en el valle de Laxnes, no muy lejos de Reykiavik, en el camino hacia Thingvellir, y organizaba excursiones por la isla de entre varias horas y varios días, que podían incluir visitas a los géiser, a la cascada Gullfoss, a la Blue Lagoon y mucho más allá.

—Seguro que te gusta —me indicó—. Piensa que allí han estado montando a caballo famosos como Lou Reed, Nick Cave, Terence Stamp o Viggo Mortensen.

—¿También Jón Gnarr?

—Veo que ya has oído hablar de él —sonrió Einar—. No me extraña: parece que será el hombre del año en Islandia. De hacer el payaso en televisión pasará a alcalde de Reykiavik. Son las cosas sorprendentes que pasan en mi país por culpa de la crisis.

Einar llamó por teléfono a la granja, habló con el propietario, Thorarinn Jónasson, Thóri para los amigos, y este

le dijo que nos esperaba antes del mediodía. Lamentablemente no podríamos montar a caballo, ya que, dado que hacía un maravilloso día soleado, los tenía todos apalabrados, pero podríamos visitar las instalaciones y hablar con él durante un rato.

Nos dirigimos, pues, hacia Thingvellir por la carretera del oeste, en un recorrido que habíamos hecho ya muchas veces y que nos permitía llegar hasta el precioso valle de Laxnes, donde se encuentran la casa museo del escritor Halldór Laxness y varias granjas de caballos. No nos costó nada encontrar la de Thóri; era la más grande, estaba rodeada de caballos que pacían en un prado y no quedaba muy lejos de la carretera.

Thóri nos recibió con una sonrisa y cierto aire de vaquero del Oeste. Cuando nos pidió que le esperáramos mientras arreglaba la salida de un grupo de norteamericanos que iban a dar un paseo de un par de horas, nos entretuvimos viendo como varios de sus caballos se movían nerviosos en el cercado. Después nos sentamos en una sala de espera de estética pionera, equipada con varias mesas rústicas, una máquina de café y numerosas fotos de caballos y famosos en las paredes.

Estábamos contemplando las fotos cuando regresó Thóri.

—Veo que estáis mirando la foto de Viggo Mortensen —nos dijo con una gran sonrisa—. Es un buen tipo. Ha venido varias veces a la isla y hasta se ha comprado algunos caballos. Le encanta Islandia.

—Debe de ser desde que actuó en *El señor de los anillos*.

—Quién sabe. Dicen que Tolkien se inspiró en Islandia para escribir la famosa novela.

—Pero la película se filmó en Nueva Zelanda.

—En las antípodas, sí, pero el mundo da muchas vueltas y el paisaje de Islandia tiene algo que encaja con el de *El*

señor de los anillos.

Thóri se sirvió una taza de café y se sentó con nosotros, dispuesto a hablar de lo que quisiéramos. De entrada, conectó la máquina de la memoria y se puso a contarnos, en una evocación nostálgica, cómo y cuándo había fundado la granja.

—Fue en 1968, hace ya más de cuarenta años —dijo con una expresión fácilmente traducible como «hay que ver cómo pasa el tiempo»—. De pequeños, en mi generación, todas las familias islandesas tenían una casita en el campo y en verano los niños hacíamos excursiones a caballo. Mi padre era médico rural y se movía por las granjas a caballo. A mi siempre me gustó este tipo de vida. Estudié Medicina tres años y medio en la Universidad de Reykiavik, pero al final preferí montar un *country club*, con piscina, minigolf y cuatro caballos.

—¿Sólo cuatro? Diría que ahora tiene bastantes más.

—Ahora tengo más de cien —suspiró—. Al principio no había tantos turistas, pero la isla se ha ido animando en los últimos años. Ahora ya organizo cabalgatas todo el año, incluso tours de invierno en combinación con Big Trucks. Pocos países en el mundo pueden tener tantos tipos de actividades. En un día puedes hacer a caballo el Golden Circle, viendo algunas de las atracciones más espectaculares de Islandia, y si lo prefieres puedes recorrer toda la isla a caballo.

Tras el preámbulo, Thóri nos invitó a visitar las instalaciones, que constaban de una cuadra enorme, con boxes destinados a acoger varias decenas de caballos, un gran comedor adosado donde podía atender a grupos de turistas, y un gran cercado donde correteaban algunos caballos. Thóri, atento a todos los detalles, iba comentando cosas a cada paso —«ese caballo tiene una pata herida»,

«aquel está demasiado inquieto»—, mientras se quejaba de la misteriosa enfermedad que, tal como ya había comentado Baltasar, estaba debilitando a los caballos islandeses. Según parecía todo se debía a un virus que había llegado desde Alemania, y la enfermedad estaba tan extendida que incluso se había suspendido el Landsmót, la gran feria de los caballos de Islandia.

—Siempre ha habido caballos en Islandia y casi siempre se han exportado —comentó Thóri, remontándose en la historia—. Antes se vendían para las minas de carbón de Inglaterra, porque eran bajos y trabajaban duro. Después, ya en la segunda mitad del siglo XX, empezó a venir más gente a interesarse por ellos. Es un caballo fuerte y pequeño, bueno para los niños y para la larga distancia. Tiene éxito en muchos países.

—Y un paso extra.

—Sí, un paso muy característico que hace que sea muy estable. Mueven cada pierna a un tiempo muy de prisa. Es algo muy original.

Según los cálculos de Thóri, en el país debía de haber unos 100.000 caballos, bastantes más de los que me había dicho Baltasar Samper. En cualquier caso, bastaba con una vuelta por la isla para ver que había muchísimos caballos en Islandia, tanto para cabalgar como para comer o para el transporte.

—Los caballos islandeses se venden en todo el mundo —continuó Thóri—. Yo vendí hace poco uno a un cliente de Hong Kong. Vino un turista, se enamoró de uno de mis caballos y se lo vendí. También he vendido a California, Los Ángeles y Hollywood.

—No me diga que sus caballos han salido en películas.

—En películas de aquí sí. No en las de Hollywood. Allí les gustan los caballos más altos. He exportado caballos a

pequeña escala a Estados Unidos, pero sobre todo a Escandinavia, Alemania e Inglaterra. En total se suelen exportar unos 2.000 o 3.000 caballos al año.

—¿De dónde procede este caballo?

—Los griegos y romanos ya tenían caballos parecidos, de la misma altura. Llegó a Islandia con los primeros colonos vikingos, que venían de Noruega, y se ha mantenido una raza muy pura gracias al aislamiento del país. Gengis Khan, con un caballo así, conquistó el mundo.

—Los he visto de colores muy variados.

—Es la raza que tiene más colores del mundo. Hay uno, el Littförótt, que cambia varias veces de color a lo largo del año. Blanco, negro, marrón claro, marrón oscuro… Una turista compró uno hace tiempo y lo tenía en esta cuadra y, cuando regresó al cabo de un tiempo y vio el cambio de color, pensó que se lo habían robado o que le dábamos el cambiazo. Pero no, el caballo es así.

—¿Están viniendo muchos turistas este año, a pesar del volcán y a pesar de la crisis?

—Yo noto que sí. Fui el primero en abrir y monto cabalgatas de 3 a 8 días para cruzar el país. Dicen que ahora hay hoteles que están vacíos, pero a mi me va bien. Vienen sobre todo escandinavos, ingleses y norteamericanos.

—¿Españoles?

—No tanto.

—¿Hay muchas granjas como esta en la isla?

—Ahora hay unas tres grandes compañías. Esta es la más grande. Montamos excursiones para grupos de diez a veinte personas. A partir de dos días tienes que llevar como mínimo dos caballos por persona.

Como toque final, Thóri nos invitó a entrar en su casa, situada muy cerca de las cuadras, donde nos enseñó un DVD titulado *A Thousand Years in Iceland* en el que aparecían sus

caballos, con la melena al aire, y en el que se decía que, gracias a aquellos animales, los islandeses habían podido sobrevivir durante muchos siglos en aquella isla que a veces podía mostrarse muy hostil. Al parecer, ya en el siglo XI se había prohibido la importación de caballos a Islandia, con lo que la raza se había mantenido pura y se tenía la certeza de que los caballos de la actualidad eran muy parecidos a los de 900 años atrás.

Cuando ya estábamos de nuevo en la carretera, Einar recordó que Thóri era hijo de un famoso doctor rural que había escrito sus memorias, y añadió que le parecía recordar que una hermana del granjero había sido novia de un amigo suyo muchos años atrás. La endogamia islandesa volvía a hacer su aparición para demostrar, una vez más, que Islandia es un pañuelo y que los célebres seis grados de separación se reducen en esta isla, como mucho, a un par de grados.

18. El parón de la arquitectura

De regreso a Reykiavik, Einar propuso que fuéramos a comer al Bulan, un bar del puerto, instalado en la caseta del antiguo control de entrada, famoso por la calidad de sus hamburguesas. Comimos bien en la barra, rodeados de jóvenes que parecían mucho más interesados en las hamburguesas, el ketchup y las patatas fritas que en la resaca de la crisis económica. Antes de entrar, sin embargo, ocurrió un incidente nimio: Einar rozó con su 4x4 un coche con aspecto de estar abandonado y le hizo un pequeño rasguño en el lateral. Era tan poca cosa que apenas si se veía, pero Einar, con el rostro preocupado, no dudó en desenfundar su móvil y marcar un número.

—¿A quién llamas? —le pregunté, intrigado—. ¿Al seguro?

—A la policía de Reykiavik.

—Pero si no le has hecho nada.

—Cuando sucede algo así es mejor avisar enseguida. En caso contrario puedes tener complicaciones.

Unos minutos después, cuando aún no habían llegado las hamburguesas, hacía su aparición un coche de la policía. Bajó uno de los agentes, al que evidentemente Einar ya conocía, le explicó lo sucedido, tomaron nota y se alejaron sin más. En total no fueron más de cinco minutos.

—Me gusta ver cómo se solucionan las cosas a la islandesa —le comenté a Einar.

—¿Cómo lo habríais resuelto en España?

—Pues, visto que el rasguño es mínimo, seguramente no habría llamado a la policía. Ni tan solo a la compañía de seguros.

—Es mejor hacer las cosas bien hechas —zanjó Einar.

Después de zamparnos las hamburguesas —muy buenas, por cierto—, Einar volvió a sacar el tema de la dichosa crisis.

—Entre los profesionales que más la han notado están los arquitectos, claro —me dijo—. De repente, a partir de octubre de 2008, se dejó de construir en Islandia y los arquitectos se quedaron sin trabajo… Por cierto, hablando de arquitectos, podríamos ir a visitar a mi hermano Gudmundur, que tiene un estudio de arquitectura en el centro.

Era una buena idea. Al cabo de unos minutos subíamos al coche para ir hacia allí.

El estudio de Gudmundur, situado en una travesía de Laugavegur, no muy lejos de la gran obra en construcción del Convention Center, era en efecto muy céntrico, y muy espacioso, aunque casi todas las mesas estaban vacías. Gudmundur asomó la cabeza para decirnos que estaba reunido con uno de sus socios, pero nos pidió que esperáramos sólo unos minutos para tomar un café juntos.

Mientras esperábamos, me entretuve hojeando varios libros sobre arquitectura islandesa. Desde las primeras casas, hechas con turba y hierba en el tejado por los primeros colonos, hasta las iglesias más modernas, que imitaban los rocosos acantilados del norte de la isla, había pasado todo un mundo. Lo que no podía negarse es que la arquitectura islandesa estaba emparentada con la

arquitectura escandinava. Dominaban en el último siglo el funcionalismo, la línea recta y los grandes ventanales diseñados para aprovechar la luz al máximo. En el centro de Reykiavik se podían ver todavía algunas casas de madera, de dos o tres pisos de altura, recubiertas con chapa arrugada, construidas a finales del XIX o principios del XX, pero a la que te alejabas del centro no tardaban en aparecer numerosas casas unifamiliares, de líneas modernas, distribuidas en urbanizaciones a la americana.

Cuando Gudmundur terminó por fin su reunión me reafirmé en la impresión que me había producido la primera vez que lo vi. Como hermano mayor de Einar se le veía más serio, más responsable, más reflexivo y menos dado a la chanza, aunque de vez en cuando punteaba sus comentarios, siempre bien argumentados, con un punto de ironía y unas dosis de humor. En el tema de la crisis, sin embargo, se abstuvo de bromear.

—La verdad es que desde la crisis de otoño de 2008 ha habido un auténtico parón en Islandia en lo que se refiere a la arquitectura —me comentó con semblante serio—. Un ejemplo lo tienes en este estudio. Antes de la crisis había 25 personas y ahora somos sólo 7. Por otra parte, vista la situación, muchos arquitectos han optado por emigrar a otros países. Aquí no hay trabajo.

—Por lo visto, vienen años de vacas flacas.

—Quedan algunas obras públicas, concursos en el extranjero…, pero la situación no tiene nada que ver con la de hace un par de años. Entonces teníamos todo el trabajo que queríamos, incluso demasiado.

—¿Y cómo se explica un cambio tan radical?

—La culpa la tiene la burbuja inmobiliaria. Se construyó demasiado durante unos años, porque se creía que era una

buena inversión, y ahora Islandia está llena de apartamentos vacíos y edificios inacabados.

—¿Qué papel han jugado los bancos islandeses en la crisis del sector?

—Llegaron a ofrecer créditos baratos para financiar entre un 90 y un 100% de las obras. Esto llevó a un aumento de los precios de las casas. En 2006 los bancos empezaron a ofrecer créditos en divisas extranjeras con intereses muy bajos, y a principios de 2007 todo se desmadró. Entonces ya podíamos ver que estábamos construyendo más de lo que necesitábamos para los próximos tres o cuatro años.

—Y todo se hundió…

—A finales de 2007 ya detectamos síntomas de dificultades, ya que los propietarios no podían pagar los créditos y los bancos se quedaron muchos edificios inacabados. De todos modos, los precios siguieron subiendo hasta 2008. Cuando llegó la crisis, los propietarios de las casas que tenían créditos en divisa extranjera debían más del doble del crédito inicial, y muchos habían perdido su trabajo o tenían un salario más bajo.

—Hay quien apunta que ya hay síntomas de mejora.

—No creo. Las cifras del paro bajan porque mucha gente se ha ido del país, y muchos han optado por volver a estudiar. Se calcula que hasta el 2015 no empezaremos a recuperarnos.

—Supongo que la culpa es de los financieros millonarios.

—Ellos llevaron el país a la ruina, sí, pero los políticos fueron, de algún modo, sus cómplices. Les dejaron hacer lo que querían…

—Por eso la gente les ha puesto en el punto de mira.

—Hace unos días fui a ver una obra al Teatro Nacional y sucedió algo que me llamó la atención: cuando entró el presidente se hizo un gran silencio y nadie se levantó de su

asiento. Antes todos nos poníamos en pie, pero ahora no. Es un ejemplo más del divorcio entre los políticos y el pueblo.

—En medio de este panorama desolador, llama la atención que las obras del Auditorio y Centro de Convenciones continúen adelante.

—¡Y todos siguen cantando! Lo de no parar las obras fue una decisión política para no hundir a los empresarios, pero de todos modos se fueron a la ruina. Ahora la compañía constructora pertenece a una empresa suiza. No creo que el Auditorio fuera necesario, pero admito que es algo bueno para la música en Islandia.

—¿Qué opinas de Jón Gnarr?

—Es un cómico al que nunca te puedes tomar en serio. No sabe cómo dirigir una ciudad como Reykiavik, aunque sus intenciones puedan ser buenas. Pero, bueno, la primera ministra Jóhanna Sigurdardóttir era una azafata en la que no creo que muchos confiaran para dirigir Icelandair, ¡y está dirigiendo Islandia!

Salimos del estudio un tanto apesadumbrados por la evidencia de cómo la crisis había llegado a afectar a la arquitectura islandesa. Se imponía un cambio de tercio, y Einar propuso, muy a la islandesa, ir a tomar un baño a una de las piscinas públicas de Reykiavik.

Hay en Islandia más de doscientas piscinas públicas, dieciséis en la capital. Conviene recordar, sin embargo, que bañarse en una piscina islandesa es una experiencia totalmente distinta a la de las piscinas españolas. De entrada, el agua está caliente, y nadar no es desde luego lo más importante. Lo que se estila en las piscinas islandesas es pasar de uno a otro Hot Pot, unas pozas en las que el agua suele estar entre 38 y 42 grados, sentarse un rato y charlar con los compañeros de experiencia, que en cuanto

ven a un extranjero suelen preguntarle *How do you like Iceland?*, para interesarse a continuación por los lugares que ha visitado y la gente que ha conocido. No tarda en aparecer, por supuesto, algún conocido común, ante lo cual se les ilumina la mirada. Es lo que tiene la dichosa endogamia islandesa.

Es cierto que, sumergido en los Hot Pots, hay momentos en que uno se siente como un huevo en un cazo, esperando con resignación que llegue el punto de ebullición, pero también es verdad que uno acaba por acostumbrarse al agua supercaliente y le parece ver como los poros se van abriendo lentamente y la salud entra a raudales en su cuerpo. A continuación, un baño de vapor y unas cuantas brazadas en la piscina, sin cansarse demasiado, completan el agradable tratamiento.

Lo más importante de ir a la piscina es que ves a los amigos y vecinos —me aclaró Einar—. Es como nuestro club social. En Gran Bretaña tienen los pubs, y nosotros aquí tenemos las piscinas.

He comprobado que a los turistas más puretas, en especial a los norteamericanos, les incomoda comprobar que en los vestuarios islandeses te obligan a desnudarte por completo, a ducharte en pelotas antes de entrar en la piscina y a limpiarte a fondo las partes pudendas. La mayoría acaban por aceptarlo ante las estrictas instrucciones de los vigilantes, pero los hay que, indignados, optar por regresar al hotel y tomar un baño en la bañera.

De entre las piscinas de Reykiavik, mi preferida es la de Sundhöll, cubierta y muy céntrica, con una arquitectura de los años treinta muy atractiva, pero Einar me informó que aquel día teníamos que ir a la de Laugardalslaug, ya que aprovecharía para ir a buscar a su madre, que iba allí a

diario para hacer una especie de gimnasia de piscina… y para hablar con las amigas, claro.

Recogimos a la madre de Einar en una casa cercana a la piscina y, antes de salir, aún tuvo tiempo de demostrarme que a sus más de ochenta años mantenía intacto el sentido del humor. Mientras me mostraba un cuadro de un cotizado pintor islandés que representaba un paisaje invernal, recordó, entre risas, que cuando varias décadas atrás lo había llevado a enmarcar, el enmarcador lo había recortado un poco porque, según dijo, «no tenía marcos de aquella medida». No contento con esto, y encontrando que el cuadro era un tanto lúgubre, con una luz mortecina, le había añadido por su cuenta unas briznas de hierba y unas florecillas de colores en primer plano. Aquella fue la desinteresada contribución al arte islandés del siglo XX del anónimo enmarcador, que en ningún momento se percató de que era un famoso pintor quien firmaba el cuadro.

Aparte de la anécdota, la madre de Einar me regaló además en aquella visita un par de piedras redondeadas de lava que, según dijo, solían encontrarse en las playas del Este y que, según la tradición, aseguraban a las embarazadas un parto sin problemas.

—Lo único que tienes que hacer es ponerlas bajo la almohada cada noche —me dijo.

—Pero… —observé con desconcierto—, dudo mucho que yo esté embarazado.

—Nunca se sabe —se rió con aire travieso—. Aquí en Islandia pasan cosas muy raras.

Salimos, pues, en dirección a la piscina, yo con mis dos piedras en el bolsillo y con el convencimiento de que nunca lograría ponerme al día sobre las complejidades de la vida en Islandia.

Una vez en la piscina, tras pasar por el ritual de la ducha, me sumergí en los tres Hot Pots de manera consecutiva, hasta que el síndrome del huevo en ebullición me aconsejó que era mejor dejarlo. Inevitablemente, varios de los presentes se interesaron por mi país de procedencia y me preguntaron *How do you like Iceland?* Cuando les dije que había venido para ver el volcán Eyjafiallajökull no disimularon su regocijo. Se rieron, comentaron entre ellos algunas cosas en islandés, y se volvieron a reír hasta que uno de los interfectos, un tipo alto y fornido, con dientes de consejo, me dijo sin aparcar la sonrisa:

—Has venido a ver el fin del mundo y te has encontrado con que aquí la gente no ha cambiado su rutina diaria.

—Pues sí… Más o menos…

—Te diré algo: en contra de lo que parece, los volcanes islandeses, vistos desde lejos, son mucho más peligrosos que vistos de cerca.

Me apunté la sabia frase y les dejé allí riéndose del pobre extranjero que había confundido la erupción de un volcán islandés con una noticia digna de ser convertida en reportaje.

A continuación, me sumergí en la piscina de agua caliente y di unas cuantas brazadas mientras veía de lejos cómo la madre de Einar practicaba una especie de coreografías en el agua, con un grupo de la tercera edad, y Einar se enrollaba con unos desconocidos, confirmando una vez más que las piscinas son lo más parecido a un pub que pueda encontrarse en Islandia.

La tarde transcurrió tranquila en casa de Einar y Margrét, con las niñas jugando en el jardín, la perra Hekla ladrando a todo lo que se movía y yo tratando de pasar en limpio a mi ordenador todo lo que había aprendido sobre Islandia.

Después de cenar, Einar propuso ir a tomar unas cervezas al centro. La primera fue en el Naekst, un bar situado enfrente del Teatro de la Ópera. Estaba a tope y, entre la clientela de aspecto alternativo, había un viejo conocido: Ásgeir, el divertido pintor, siempre sonriente, que había estado casado con la hermana de Einar. Me explicó que había pasado los últimos seis meses viviendo en un pueblo cerca de Alicante y, para demostrarme sus progresos con el castellano, me abrazó mientras repetía: «¡Mucho bien!, ¡mucho bien!».

El Naekst, reconvertido a aquellas horas nocturnas en una especie de café cantante, acogía la actuación de un par de chicas de aspecto divertido: una pequeña y seria, y la otra alta, delgada y payasa. Cantaban en islandés, pero tras ellas había una pantalla en la que aparecía la traducción al inglés de todo cuanto decían. Decididamente, Reykiavik se estaba convirtiendo en una ciudad muy cosmopolita. Su canción estrella, «Te odio», dedicada al complejo mundo de las parejas en crisis, incluía frases tan sensibles como «te odio, y cuando no miras te cambio tu cerveza por meados de gato…». Su mayor éxito, sin embargo, llegó cuando fingieron que eran dos políticas, islandesas por supuesto, que se olvidaban por completo del pueblo y se ponían a hablar entre ellas de sus cosas. Fue un gag muy actual, muy aplaudido por aquel grupo de islandeses claramente partidarios de combatir la *kreppa* (la catástrofe) con risas.

Pasamos por el Prikid y por algún otro bar cuyo nombre no recuerdo, pero la última cerveza —o más bien las últimas cervezas— fueron en el Ölstofa, un local lleno de gente joven con la música suficientemente baja para que se pudiera mantener una conversación sin tener que recurrir a los gritos. Abundaban los grupos de estudiantes muy jóvenes, que lucían una gorra de marinero que indicaba que

se acababan de graduar, y se oían risas por todas partes. La crisis, en aquel momento, parecía algo muy lejano, y los extranjeros podíamos aprovechar que, gracias a la devaluación de la corona, la cerveza salía a mitad de precio que un par de años atrás.

Einar, más en su salsa que nunca, se puso a hablar con todos los conocidos que encontró, que eran casi todos los clientes del bar, y se presentó a los pocos desconocidos del local para contarles que en aquellos momentos era el hombre más feliz del mundo y que Islandia, a pesar de la crisis, le parecía un país maravilloso.

A las dos de la madrugada cerró el bar y nos encontramos de nuevo en la calle. Hacía una noche clara, sin asomo de oscuridad y no demasiado fría. Einar quería continuar bebiendo en otro bar cercano al Parlamento, pero Margrét le hizo desistir con el siguiente argumento: «Es mejor dejarlo cuando aún te lo estás pasando bien». Einar reflexionó, recordó probablemente algunas horribles resacas del pasado, encontró que la propuesta de dejarlo allí era más que razonable y regresamos todos a casa para alborozo de la perra Hekla, que nos recibió, orgullosa de su instinto cazador, con una muñeca de las niñas a medio despanzurrar entre sus afilados colmillos.

19. La resaca de la crisis

Me desperté con resaca, y no es extraño, ya que la noche anterior habían caído más cervezas de las que estoy acostumbrado a beber. Para redondear el panorama, había pasado una noche poblada de extrañas pesadillas en las que se me aparecía Islandia, primero con un volcán del que salía una densa humareda de color negro; segundo, sacudida por un fuerte terremoto; y, tercero, hundiéndose lentamente en el mar hasta desaparecer por completo, como si se tratara de una nueva Atlántida. La catástrofe, la famosa *kreppa*, se consumaba en mis sueños.

Lo primero que hice al levantarme fue mirar por la ventana para comprobar que no había ninguna columna de humo en el horizonte. Por suerte no la había, y el mar no había subido de nivel. Todo estaba en su sitio: lucía un sol espléndido y unos cuantos niños rubios jugaban en la calle con caras de felicidad.

Mientras desayunábamos, les conté a Einar y a Margrét mi extraña pesadilla, pero no pareció que se la tomaran como un aviso de los dioses vikingos. Al contrario, ambos se hartaron de reír mientras Hekla, contagiada por la euforia, daba vueltas a la mesa como si fuera un ciclón.

—Estamos mal, pero no tanto —comentó Einar sin dejar de reír—. Como tú mismo puedes comprobar, de momento la

isla aún no se ha hundido.

A continuación, quizás para tranquilizarme, me propuso ir a visitar la sede del Banco Central. Así podría ver de cerca, dijo, la institución que ostenta el poder económico de Islandia, y comprobar de paso que no estaba al borde del hundimiento. Para redondear la mañana, iríamos a comer con Arthur, un economista norteamericano que vivía desde hacía años en Islandia y que me daría una visión documentada sobre la recesión que estaba viviendo el país.

Nos detuvimos en una gasolinera a llenar el depósito y, mientras Einar pagaba con su tarjeta de crédito, recordé cómo me sorprendía al principio ver que los islandeses utilizaban la tarjeta para pagarlo casi todo, desde un café hasta un coche, pasando por un trayecto en taxi. La utilizaban tan a menudo que a veces hasta me olvidaba de cómo eran los billetes de curso legal, las coronas islandesas.

Sea como sea, la corona islandesa existe y la institución encargada de emitirla es el Banco Central de Islandia, cuya sede, en un edificio negro e inquietante como un río de lava, está situada en pleno centro de Reykiavik, muy cerca del puerto, de los edificios de los ministerios y de la estatua levantada en homenaje al primer colono islandés, Ingólfur Arnarson, que decidió instalar su granja en lo que acabaría siendo la capital de la isla en la lejana fecha de 874.

Ingólfur Arnarson no conoció, por supuesto, ningún tipo de divisa. La corona llegaría mucho más tarde a la isla: en 1874, la corona danesa y en 1918, la islandesa. Lo comprobé visitando en compañía de Einar la curiosa exposición que hay en la planta baja del Banco Central de Islandia, donde se exhiben, junto a las monedas y billetes de curso corriente, piezas de pescado seco y retales de ropa,

que era lo que más circulaba siglos atrás para el intercambio.

—Hace cien años, apenas circulaba dinero en la isla —me comentó Einar—. Casi todo funcionaba a base de trueques. Lo del pescado seco como material de intercambio estaba tan enraizado que en 1944, con la independencia, incluso hubo quien propuso ponerlo en el centro de la bandera de Islandia.

—¡¿Un bacalao seco en la bandera?!

—Ríete, ríete, pero es mucha la gente de todo el mundo que asocia a Islandia con el bacalao.

Mientras me reía pensé que en el fondo tenía razón: cuando preguntas en España qué productos asocian con Islandia, enseguida hay quien dice el bacalao, aunque en los últimos años el nombre de Björk no tarda en aflorar. Pero, bueno, poner una foto de Björk en medio de la bandera también sería un disparate.

En resumen, que lo de la corona islandesa está muy bien y lo del pescado seco denota en el fondo un profundo romanticismo, pero lo que está claro en la economía islandesa de los últimos años es que ha quedado marcada por la *kreppa*, la catástrofe que sacudió la isla en octubre de 2008, cuando los tres bancos comerciales del país se hundieron e Islandia quedó sumida en una gran crisis.

La visita al Banco Central fue breve, ya que ni sus responsables ni los seguratas de la puerta estaban para tours turísticos con la que estaba cayendo en el país. Fue, por tanto, un visto y no visto, aunque Einar me compensó a la salida llevándome a comer a un restaurante del centro, el Tiu Droppar, con Arthur, el economista norteamericano que parecía saberlo todo sobre los últimos años de Islandia.

—Lo que sucedió aquí —me resumió Arthur ya antes de encargar la comida— fue al fin y al cabo lo que puedes

esperar cuando juntas a unos cuantos adolescentes, unas cajas de cerveza y las llaves de un coche. Tienes la certeza de que acabará mal, ya que los adolescentes beberán demasiado, conducirán borrachos y acabarán estrellándose con el coche.

Me gustó aquella imagen en la que los adolescentes eran, por supuesto, los jóvenes banqueros y empresarios atrevidos que, con el beneplácito del Gobierno, habían tomado el mando de los negocios y los bancos islandeses. Hasta octubre de 2008 todo parecía sonreírles: sus empresas iban viento en popa, compraban negocios boyantes en el extranjero, volaban en jets privados, navegaban en yates dorados y los bancos islandeses ofrecían los intereses más altos. Pero la burbuja acabó estallando y ahora los islandeses culpaban a los jóvenes y ambiciosos empresarios de haber arruinado al país.

—El desastre no se pudo detener a tiempo porque era muy difícil de prever —comentó Arthur cuando llegó el casi inevitable plato de bacalao—. Lo ves después, cuando ya es demasiado tarde. Cuando el mercado sube nadie sospecha, nadie se da cuenta. Todos están encantados. Es sólo al final, cuando baja, que empiezan las preocupaciones. Es en el fondo como el cuento del traje nuevo del emperador. Sólo cuando bajó la marea pudimos ver que los bancos islandeses estaban desnudos.

—¿Pero los expertos no lo veían?

—Por desgracia, la economía no es como el tiempo; no es una ciencia exacta sobre la que pueden hacerse predicciones. Depende de las circunstancias. Y en este caso las circunstancias jugaron a la contra… De todos modos, había algunas cifras preocupantes: la Bolsa multiplicó por nueve su valor entre 2003 y 2007, y se triplicó el precio de los pisos. Vivíamos en una burbuja…

Los datos eran alarmantes antes del gran batacazo: los tres bancos principales de Islandia —Glitnir, Landsbanki y Kaupthing—, privatizados en 2001, tenían una deuda externa combinada que excedía en seis veces el Producto Interior Bruto de la nación y suponía unos 160.000 euros por habitante. Operaban en veinte países y habían comprado empresas punteras en Inglaterra y en Dinamarca. Los banqueros corruptos se concedían créditos a si mismos, a sus amigos y a algunos políticos, sin que fuera necesaria ninguna garantía. Eran aquellos años en que todos veneraban a los BuyKings, que eran lo más parecido a los jeques árabes que había entonces en Europa. Sin embargo, el semanario *The Economist* ya había señalado a la corona islandesa, en 2007, como «la divisa más sobrevalorada del mundo».

Era difícil salir de aquel maldito embrollo. El resultado fue que en otoño de 2008 Islandia pasó de ocupar el sexto lugar del mundo, en función del Producto Interior Bruto per cápita, a experimentar una crisis que algunos islandeses calificaron como «nuestro 11 de septiembre». Subieron la inflación y el paro, la corona se devaluó hasta un 60%, se perdieron unos 100.000 millones de dólares y el 14 de octubre de 2008 se produjo un *crash* en la Bolsa islandesa, al desplomarse un 77% y al perder los tres bancos privados prácticamente todo su valor.

—El banco Kaupthing fue nacionalizado y los otros dos fueron intervenidos por el Estado —prosiguió Arthur—. Los tres representaban alrededor del 90% del sistema bancario de Islandia. Ahora están dirigidos por mujeres… A ellas les toca arreglar el desaguisado cometido por los hombres.

—Aquí hay una fuerte tradición de mujeres en el poder.

—Es cierto, y vale la pena recordar que entre los financieros millonarios implicados sólo había hombres, no

más de veinte o treinta. Ellos lo mangonearon todo… Sería interesante que hablaras con la que fue presidenta del país, Vigdis Finnbogadóttir, que es probablemente el personaje más respetado de Islandia. Es una gran mujer, como espero que también lo sean las que ahora dirigen los bancos. Pero la verdad es que hoy estamos en manos del Fondo Monetario Internacional.

—Pero ¿cómo pudo llegarse hasta aquí?

—El Banco Central había situado los tipos de interés a un nivel muy alto, y las economías pequeñas atraen a los especuladores. Por otra parte, los islandeses pedían créditos en el extranjero a tipos más bajos. La deuda de los bancos aumentó y el Gobierno no pudo hacer nada cuando estalló la crisis en octubre de 2008, ya que Islandia contaba con una reserva de divisas muy pequeña. Al final, la única solución fue pedir ayuda al extranjero.

—Al Fondo Monetario Internacional.

—En efecto. El Gobierno solicitó ayuda al FMI, que aprobó un préstamo de 2.100 millones de dólares, completado con otros 2.500 millones de algunos países nórdicos. Islandia tuvo que ser rescatada por el FMI, que aplicó las medidas habituales: salarios más bajos e impuestos más altos. Se ha reducido el poder adquisitivo de los islandeses y se ha resentido el Estado del Bienestar.

—¿Y cómo contemplan ahora los economistas el futuro?

—Dos años después hay síntomas de mejora —sonrió—. Tenemos gente muy preparada y contamos con los ingresos de la pesca, del turismo, del aluminio… Somos sólo 320.000 y no necesitamos tanto para hacer crecer la economía. La devaluación nos fue bien para la exportación, pero es evidente que perjudica a la gente que pagaba sus casas con créditos en divisas extranjeras. Son muchos los que no han

podido hacer frente al pago de sus hipotecas. Y el consumo también se ha resentido.

—Por lo que he oído esos días, los políticos están en el punto de mira de muchos islandeses.

—Las manifestaciones de 2009 consiguieron que dimitiera el Gobierno y que subiera al poder el primer Gobierno de izquierdas, y ahora en las municipales de Reykiavik dicen que ganará un actor cómico… Es como un chiste: a los jóvenes banqueros les han bastado tres años para poner a punto una revolución, cuando la izquierda no había podido lograrlo en décadas.

—¿Crees que el Gobierno era corrupto?

—Quizás de un modo indirecto. Pero en cualquier caso fueron demasiado inocentes. Los que sí eran corruptos eran los financieros millonarios. Un caso curioso es el de David Oddson, que fue primer ministro entre 1991 y 2004 y, entre 2004 y 2005, ministro de Asuntos Exteriores. A partir de 1994 liberalizó los sistemas bancario y fiscal para adaptar la economía islandesa al Espacio Económico Europeo. Antes, entre 1982 y 1991, había sido alcalde de Reykiavik, y entre 2005 y 2009 fue gobernador del Banco Central de Islandia.

—Un hombre importante, por lo que veo.

—Lo fue. A partir de la crisis el pueblo le consideró culpable y ha perdido todo su prestigio. El pasado abril, sin embargo, fue nombrado editor del *Morgunbladid*. Un tercio de los suscriptores se han dado de baja. En estos momentos, los islandeses no perdonan… Estoy convencido que a largo plazo habrá muchos litigios, y aún tiene que resolverse el caso Icesave.

El tema de Icesave, la filial por Internet del Landsbanki, con cuentas de ahorro con intereses muy altos, había soliviantado, una vez más, a los islandeses y los había alejado todavía más de sus políticos. Todo empezó con la

kreppa, en octubre de 2008, cuando el Reino Unido y Holanda reclamaron compensaciones para los más de 400.000 clientes de sus países que habían depositado su dinero en Icesave, por un valor de unos 4.000 millones de euros que, al declararse en bancarrota el banco, quedaban colgados del vacío. Para resolver el caso, en el Reino Unido el entonces primer ministro Gordon Brown recurrió a una ley antiterrorista para bloquear los fondos de ciudadanos islandeses en su país, una medida que cayó fatal en Islandia y que contribuyó a que quebrara toda la banca.

Holanda y el Reino Unido devolvieron la totalidad de sus depósitos a sus ciudadanos y exigieron al Gobierno islandés que pagara los 4.000 millones de euros. El Parlamento islandés aprobó el 30 de diciembre del 2009 una ley que preveía la devolución de los 4.000 millones al Reino Unido y Holanda, para compensar a los ciudadanos afectados por la bancarrota de Landsbanki, el banco que gestionaba los depósitos de Icesave. El pago tenía que hacerse en quince años y al 5.5%, lo que provocó una gran resistencia por parte de los islandeses, que reunieron un total de 56.089 firmas, una cuarta parte del electorado del país, en contra del modo en que se habían pactado las indemnizaciones. El presidente de Islandia, Ólafur Grimsson, se negó en enero de 2010 a ratificar esta ley y anunció que, antes de firmarla, la sometería a referéndum. Este se celebró el 6 de marzo de 2010 y dio un resultado de 93% de votos en contra de la ley y sólo un 2% a favor.

—En la prensa extranjera no se entendió bien el tema Icesave —intervino Einar—. Muchos diarios dijeron que el Gobierno islandés se negaba a pagar. Y esto no es verdad. La razón del rechazo es que los islandeses queremos un buen trato. El que aprobó el Parlamento parecía un nuevo Tratado de Versalles. Cuando los bancos islandeses generaron esta

deuda no consultaron a los islandeses, y ahora tenemos que pagar entre todos los ciudadanos. El Gobierno recibió las cifras del Reino Unido y de Holanda y las aceptó sin rechistar. Lo que pedimos es que se revisen las cifras y haya un buen acuerdo.

Posteriormente, se negoció un nuevo acuerdo más ventajoso, a pagar en 37 años con tipos del 3%), pero en un nuevo referéndum el pueblo islandés volvió a rechazarlo, esta vez con un 59% de votos en contra.

—Europa no se portó bien con los islandeses —concluyó Arthur—. Los acusaron de terroristas y han querido que todos los islandeses paguen por Icesave.

—Y, visto con un poco de distancia, sin entrar en detalles concretos, ¿cómo se puede enfocar lo que ha pasado en Islandia?

—Es interesante mirarlo todo desde un punto de vista de geopolítica estratégica —prosiguió Arthur—. Primero la base norteamericana ligaba Islandia a Estados Unidos, después el país miró hacia Europa y ahora, tras la crisis, hay quien piensa que debería entrar en la Unión Europea, aunque este es un tema que levanta mucha controversia. En cualquier caso —sonrió—, Islandia es uno de los países mejor situados del mundo, a medio camino entre Europa y América, y es evidente que el calentamiento global le beneficiará.

Nos despedimos de Arthur a la salida del restaurante y, mientras caminábamos por la calle Laugavegur hacia el coche, Einar me comentó que haría gestiones para que pudiera entrevistar a la ex presidenta Vigdis Finnbogadóttir, la mujer más respetada de Islandia. Se lo agradecí, por supuesto, ya que aquella mujer se había convertido en toda una referencia. Por otra parte, Einar me recomendó la lectura de *El libro blanco*, de Einar Már Gudmunson, un

escritor muy respetado en Islandia que había publicado sus contundentes opiniones sobre la crisis en que estaba sumido el país.

Aquella misma tarde me hice con un ejemplar traducido al inglés y empecé a leerlo con avidez. La resaca, por suerte, ya se había esfumado. La mía, claro, porque la de Islandia parecía que iba para largo.

20. La Revolución de las cacerolas

Cuando al cabo de un par de días Einar me propuso ir a tomar una cerveza al Kaffi Brenslann acepté encantado. Tenía buenos recuerdos de aquel bar situado en Austurvöllur, la céntrica plaza en la que reinaban la sede del Parlamento de Islandia, el Hotel Borg, unas cuantas terrazas de bares, la iglesia más antigua de la ciudad, la discoteca NASA y, oteando el horizonte desde lo alto de su pedestal, la estatua de Jon Sigurdsson (1811-1879), uno de los héroes del movimiento a favor de la independencia.

Me gusta Austurvöllur, especialmente cuando hace buen tiempo y las terrazas se llenan de gente ávida de dejarse acariciar por los cálidos rayos del dios sol. En el Café de París se instalan los islandeses más tradicionales, mientras que los jóvenes se reparten por las otras terrazas y los adolescentes optan por tumbarse en el césped, junto a la estatua de Jon Sigurdsson, famoso por aparecer en los billetes de 500 coronas.

Mi recuerdo del Kaffi Brenslann se concretaba en la gran cristalera que se abría a la plaza y en las numerosas botellas de cerveza, de más de cien países distintos, que se alineaban detrás de la barra como una invitación al alcoholismo sin fronteras. Me gustaba el ambiente joven que se respiraba y había ido alguna vez a comer alguno de sus

platos informales. Antes de entrar, sin embargo, tuve la primera sorpresa: el bar ya no se llamaba Kaffi Brenslann, si no que había adoptado el nuevo nombre de Islenska Barinn, o Bar Islandés. Consecuencias de la *kreppa*, supongo: cambio de propietario, cambio de orientación, cambio de nombre y quizás cambio de clientela. La decoración interior, por suerte, no había cambiado demasiado. En cuanto a la clientela, era difícil decirlo, ya que a aquellas horas de la mañana el bar se veía comprensiblemente vacío.

Estábamos tomando una cerveza cuando me llamó la atención, junto a la barra, una gran foto que mostraba una de las manifestaciones que en 2009 habían tenido lugar allí mismo, en la plaza del Parlamento, para censurar la actuación de los políticos que dejaron campar a sus anchas a los financieros que habían llevado el país a la ruina.

—Fíjate en que al lado hay otra foto, de cuando la gente se manifestó en el mismo lugar, en 1949, contra la base norteamericana de Keflavik —me comentó Einar—. Entonces la policía lanzó botes de humo para disolverlos. Fue un hito en la historia reciente de Islandia. Ahora la han complementado con esta otra foto mucho más reciente de las manifestaciones, que también han supuesto un antes y un después en la historia de nuestro país.

En la foto más reciente podía verse el edificio del Parlamento, fuertemente custodiado por policías equipados con material antidisturbios, ensuciado con pintura de distintos colores lanzada por los manifestantes.

—En estas dos fotos están representadas dos generaciones de Islandia —resumió Einar—. La de mi padre en la primera, la mía en la segunda. La primera manifestación no tuvo mucho éxito, ya que la base norteamericana no se desmanteló hasta septiembre de 2006, y no por las protestas sino por el fin de la guerra fría,

pero sirvió para demostrar que el pueblo de Islandia sabe reaccionar cuando hay algo que no le gusta. En cuanto a las segundas manifestaciones, provocaron en 2009 que se convocaran nuevas elecciones y un cambio de Gobierno. La reacción de los islandeses fue toda una lección para unos políticos que pretendían continuar después de la gran crisis como si no hubiera pasado nada.

Fue en octubre de 2008, inmediatamente después de que saltara la noticia de la catástrofe económica que se cernía sobre Islandia, cuando empezaron en Austurvöllur las manifestaciones contra el Gobierno. Primero fueron esporádicas, con una presencia testimonial; el 11 de octubre de 2008, el trovador Hördur Torfason, que tuvo su momento de fama a finales de los años setenta, ofreció su altavoz en la plaza del Parlamento para que la gente expresara en voz alta su indignación por lo sucedido. El sábado siguiente ya hubo una manifestación convocada por Raddir Fólksins (las Voces del Pueblo), a la que acudieron muchos islandeses equipados con sartenes y cacerolas que golpearon hasta cansarse para hacer público y sonoro su descontento. A partir de aquel día, la Revolución de las cacerolas fue tomando cuerpo y cada sábado se fueron reuniendo en la plaza del Parlamento numerosos manifestantes que pedían la dimisión del Gobierno, al que consideraban cómplice de los odiados financieros que habían llevado al país a la ruina, y un nuevo escenario político. Fueron manifestaciones en su mayoría pacíficas, en las que no hubo heridos de importancia y en las que nunca se quemó ni un solo coche.

El 20 de enero de 2009, cuando el Parlamento islandés volvió a reunirse después de las largas vacaciones de Navidad, las protestas arreciaron y los manifestantes gritaron al unísono contra «el Gobierno incompetente». Expresando el sentir de los convocados, un joven

envalentonado logró escalar la fachada del Parlamento para plantar en la primera planta la bandera de Bonus, los supermercados más famosos de Islandia, propiedad de uno de los grupos financieros responsables del desastre. El símbolo de Bonus, un cerdito rosa sobre fondo amarillo, se convirtió de este modo en emblema de las protestas contra la corrupción del Gobierno.

Dos días después, el 22 de enero la policía lanzó gases lacrimógenos para dispersar a la multitud, algo que no ocurría desde las manifestaciones contra la base norteamericana de 1949. A pesar del anuncio hecho por el primer ministro, Geir Haarde, el 23 de enero, de que adelantaría las elecciones al 25 de abril de 2009, cuando estaban previstas para el 2011, y de que él se retiraba de la política por culpa de un cáncer de esófago, las protestas continuaron en la calle pidiendo un nuevo escenario político. Cuando ya se contaban catorce semanas de manifestaciones, el 26 de enero Haarde anunció que dimitía como primer ministro. Y todo el Gobierno renunció a continuar.

Una semana después, el 1 de febrero de 2009, subía al poder un nuevo Gobierno de izquierdas, dirigido por la primera ministra Jóhanna Sigurdardóttir, una lesbiana de la Alianza Socialdemócrata que acabaría casándose con su pareja, la autora teatral Jónína Leósdóttir, en junio de 2010. Los socialdemócratas pasaron a gobernar en coalición con la Izquierda Verde, con el apoyo del Partido Progresista. Una de las primeras decisiones del nuevo Gobierno fue echar de su cargo al histórico David Oddson, gobernador del Banco Central que parecía incombustible y que había sido anteriormente alcalde de Reykiavik, de 1982 a 1991, primer ministro entre 1991 y 2004, y ministro de Asuntos Exteriores

entre 2004 y 2005. Su apartamiento simbolizó la caída del antiguo régimen.

En las elecciones del 25 de abril de 2009 tanto la Alianza Socialdemócrata como a Izquierda Verde aumentaron sus votos y pudieron formar un nuevo Gobierno con mayoría parlamentaria. También subió el Partido Progresista, y el Movimiento de los Ciudadanos, creado a partir de las protestas, consiguió cuatro escaños. El Partido de la Independencia, que se había mantenido durante dieciocho años en el poder, hasta enero de 2009, perdió una tercera parte de los votos y nueve escaños. El 10 de mayo de 2009 tomó posesión el nuevo Gobierno, con Jóhanna Sigurdardóttir como primera ministra.

Distintos analistas políticos comentaron que el movimiento ciudadano islandés constituía una «nueva época de rebelión y protestas», y hasta hubo quien lo comparó con la reacción del pueblo en la Revolución francesa. Una cosa estaba clara: los islandeses habían decidido salir a la calle para expresar su protesta por la catástrofe económica y tumbar al Gobierno. Su decidida actuación, que pasó desapercibida en buena parte de la prensa mundial, recibiría con el tiempo el calificativo de Revolución silenciada, y tendría un gran éxito en los foros alternativos de Internet.

—El problema ahora —resumió Einar— es que los islandeses recelamos de los políticos de siempre y buscamos un nuevo escenario político. Es peligroso, ya que es un terreno abonado para líderes populistas, pero tendremos que esperar para ver cómo acaba.

Entre los nuevos líderes surgidos del pueblo, completamente alejados de los viejos esquemas políticos, Einar citó, una vez más, a Jón Gnarr, el actor cómico que había decidido fundar el Mejor Partido para presentarse a las

elecciones a la alcaldía de Reykiavik y a quien todas las encuestas situaban como futuro alcalde.

—Su programa está lleno de cosas graciosas —señaló Einar—. Entre otras cosas promete traer un oso polar para el zoo de animales domésticos de Reykiavik, un Parlamento libre de drogas y toallas gratis en las piscinas públicas. Veremos qué hará cuando gobierne, porque está claro que sólo con bromas no lograremos salir adelante.

Einar no fue el único que me habló de Jón Gnarr. Casi todos los islandeses, de hecho, hablaban de lo mismo aquellos días; de la irresistible ascensión de Jón Gnarr, un actor cómico de 43 años que plantaba cara a los partidos tradicionales y que se hacía merecedor de un capítulo aparte.

21. Jón Gnarr, actor cómico y alcalde

Fueron pasando los días y en las elecciones del 29 de mayo de 2010, tal como pronosticaban las encuestas, Besti Flokurinn (el Mejor Partido) se convirtió en la lista más votada para el Ayuntamiento de Reykiavik, con el 34,7% de los votos y 6 de los 15 escaños en disputa, desbancando al conservador Partido de la Independencia, que se quedó sólo con 5. El actor cómico Jón Gnarr, de 43 años, se confirmaba como futuro alcalde (sería elegido el 15 de junio). Los islandeses parecían desconcertados, pero el hartazgo de los viejos políticos era tal que una lista alternativa sin un programa concreto se había llevado la mayoría de los votos.

El día antes de las elecciones, en vista de que todos hablaban de Jón Gnarr, alquilamos con Einar el DVD de su última película, *Bjarnfredarson*, y nos dispusimos a verla después de cenar. La película, derivada de una exitosa serie de la televisión islandesa, repasaba la vida de un pobre chico islandés, hijo de una madre soltera feminista y comunista radical que había querido educarlo en la libertad y el compromiso, sin desviarse ni una pizca de la ortodoxia… y había visto como, con el tiempo, se convertía en nada menos que un asesino. El estreno de la película había tenido un éxito tan espectacular en Islandia que había dejado en un segundo lugar a la superventas *Avatar*. Era evidente, sin

embargo, que como alcalde de Reykiavik, Jón Gnarr no lo tendría tan fácil.

—Jón Gnarr empezó como músico punk para pasarse después a la comedia —me situó Einar—. A finales de 2009 creó el Mejor Partido y pronto lo veremos como alcalde de Reykiavik.

Nacido en Reykiavik en 1967, hijo de un policía que militaba en el comunismo y de una cocinera, Jón Gnarr fue siempre un mal estudiante. A los 11 años decidió que no le interesaba la escuela, ya que, según confesó, tenía vocación de payaso o de pirata, y se negó a aprender nada más. A los 13 dejó de ir a clase y se unió a la gran familia punk de Reykiavik. A los 14 le enviaron a una escuela para adolescentes difíciles, pero a los 16 no aguantó más y se fugó. Jón, que se proclama de ideología anarquista, se unió a grupos ecologistas, escribió poesía y viajó con la primera banda de Björk. Quizás por eso su esposa, Jóga Johannsdóttir, una masajista, se encuentra entre las mejores amigas de la superestrella Björk, que le dedicó la canción «Jóga».

En sus tiempos punk, Jón se hacía llamar Jónsi Pönk (algo así como Johnny Punk), pero nunca tuvo un gran éxito como músico. En 1990, cuando tenía 23 años, emigró a Suecia, donde estuvo trabajando un tiempo en la fábrica de automóviles Volvo. Dos años después regresó a Islandia, totalmente convencido de su vocación de actor cómico. Su carrera, a partir de 1992, fue ya imparable: triunfó en la radio y en la televisión, donde tuvo un programa estrella llamado *Gnarrenburg*, «la ciudad de Gnarr», nombre con el que algunos han rebautizado a Reykiavik desde que él llegara a la alcaldía.

En el año 2000 Jón Gnarr, después de haber tenido éxito en varias series televisivas, estrenó su primera película,

Islenski draumurinn («El sueño islandés»), que trata de un ciudadano islandés que sueña con hacerse rico importando cigarrillos búlgaros. La película fue de las tres primeras en cuanto a taquilla, lo que confirmó la fama de Jón Gnarr. En 2002 llegó su segunda película, *Madur eins og ég* («Un hombre como yo»), una comedia romántica. En 2009, *Bjarnfredarson* supuso su mayor éxito hasta ahora.

Padre de cinco hijos, Jón Gnarr manifestó cuando decidió entrar en la política para satirizar a los partidos políticos islandeses que «nunca había sentido interés por la política, pero creo que hay que ayudar a que los ciudadanos se diviertan». Y añadió: «Se pueden hacer cosas serias siendo divertido. Nosotros ofrecemos confianza a la gente». Quizás por eso sus promesas electorales eran toallas gratis en las piscinas públicas, una disneylandia cerca del aeropuerto, un oso para el zoo doméstico de Reykiavik, un Parlamento libre de drogas para el 2020 y una «transparencia sostenible».

—Lo terrible es que la gente sabe que Jón es un actor cómico, pero no saben nada de sus ideas políticas —comentó Einar, expresando el desconcierto general—. Incluso cuando le ves actuar, nunca sabes si está hablando en serio o en broma.

Para formar el Mejor Partido, Jón Gnarr recurrió, a finales de 2009, a sus amigos, muchos de los cuales proceden de las filas del punk islandés. «Que algo sea divertido no quiere decir que no sea serio», insistió Jón, que se promocionó en la pequeña pantalla al ritmo de la canción «Simply the Best», de Tina Turner, y que en sus programas de radio solía llamar por teléfono a la Casa Blanca, a la CIA y al FBI para ver si habían encontrado su cartera. El tercer lugar de la lista del Mejor Partido fue para Ottarr Proppe, que entre 1988 y 1994 formó parte de la banda de punk Rass y de la de rock HAM, y que en 1992 actuó en la película *Sodoma Reykiavik*.

«Me considero a mi mismo una persona muy moral», declaró Jón Gnarr a la prensa durante las elecciones. «Me sentía como un personaje de Beckett, de esos que tienen obligaciones morales pero que no pueden comprender lo que está sucediendo. Era algo así como *Esperando a Godot*, yo estaba en el limbo. Cuando decidí fundar el Mejor Partido fue porque tuve la impresión de que Islandia necesitaba algo nuevo, aire fresco». Y añadía: «He dicho que Besti Flokkurinn es un partido anarco-surrealista, que combina lo mejor del anarquismo y del surrealismo. Y esta ha sido siempre mi convicción política, de verdad».

En una larga entrevista para el semanario *The Reykjavik Grapevine*, Jón Gnarr explicaba, en mayo de 2010, cómo su vocación política se había originado a partir de la indignación ciudadana frente al estallido de la crisis. «Escuchaba todos los vacíos discursos políticos, pero nunca me llegaban, hasta que llegó el colapso económico. Entonces pensé que ya tenía suficiente de esta gente. Después del hundimiento y de los hechos que siguieron, empecé a leer las noticias locales y a ver los debates políticos, y me dejaron tan frustrado que pensé que debía hacer algo, que tenía que joder al sistema. Para cambiarlo y conseguir algo».

Sobre la corrupción islandesa, añadía: «En Sicilia tienen un sistema fuerte, en el que todos tienen un nombre de familia con el que pueden identificarles. Todos saben quién es quién, de que pueblo vienes y quién es tu tío. Pero aquí, te puedes llamar Einar Gudmundsson y nadie sabe quien eres. Y aquí es donde aparecen los partidos políticos, formando alianzas feudales que descienden del sistema que teníamos en el siglo XII. Tenemos los cuatro partidos de siempre: socialistas, conservadores, granjeros y

socialdemócratas, que a veces cambian de nombre o se dividen, pero en el fondo mantienen los mismos privilegios feudales con que siempre hemos sido gobernados. Mi padre era un policía, y un comunista convencido. Fue policía hasta los 45 años, y nunca le ascendieron, porque era del partido político equivocado. Así es como funciona nuestro sistema. Todo se resuelve conociendo a alguien, a través del nepotismo. Tienes que conocer a alguien para poder hacer algo».

Desde que el 15 de junio de 2010 Jón Gnarr tomó posesión como alcalde de Reykiavik, se ha tenido que acostumbrar a un nuevo escenario y a lidiar con el liderazgo político de una ciudad de más de 150.000 habitantes. Su «cara de palo» le permite de momento no meter la pata, pero está por ver qué pasará en el futuro, qué soluciones aportará para ayudar a Reykiavik a salir de la crisis. De momento, en agosto del 2010 causó sensación cuando acudió al desfile por las calles de Reykiavik del Orgullo Gay vestido de *drag queen*, con un vestido floreado, peluca rubia y labios pintados. Y también fue objeto de muchos comentarios cuando felicitó las vacaciones de Navidad en un video en el que aparecía con una máscara de Darth Vader y un gorro de Papá Noel. En abril de 2011 provocó una polémica cuando, alegando que era pacifista, se negó a recibir en el Ayuntamiento al almirante de la Marina de Alemania. «Soy pacifista y estoy en contra del militarismo en cualquiera de sus formas», dijo. «No creo que esto sea una falta de respeto para con la gente que nos visita. Sencillamente, no quiero ningún contacto con lo militar. Es mi opinión más sincera que Reykiavik debería ser una ciudad de paz. Los islandeses deberían mostrar con sus acciones que somos un país libre de

militares. Deberíamos hablar constantemente a favor de la paz y protestar contra la guerra».

Aunque estas manifestaciones no le causaron grandes problemas a Jón Gnarr, el hecho de que subiera los impuestos municipales originó, según las encuestas, una gran pérdida de popularidad del Mejor Partido. Fue entonces cuando algunos recordaron lo que había declarado a *The Reykjavik Grapevine* poco antes de ser elegido: «No sé cómo funciona el sistema de impuestos, es muy complicado. Si por mi fuera, nadie pagaría impuestos. A mí no me gusta pagar impuestos, siempre estoy en deuda con Hacienda y el sistema me ha golpeado. No es justo y quiero cambiarlo».

22. Ministra con niño

Katrin Juliusdóttir, ministra de Turismo e Industria desde mayo de 2009, después de que los manifestantes forzaran la convocatoria de nuevas elecciones, me citó a última hora de la tarde en la sede del Parlamento de Islandia para una entrevista. La plaza estaba tranquila aquel día, muy lejos del ambiente crispado de las manifestaciones de finales de 2008 e inicios de 2009. Había salido el sol y muchos jóvenes lo celebraban tumbados en la hierba, bebiendo cerveza bajo la estatua de Jón Sigurdsson.

Mi entrada en el Althingi, el Parlamento islandés, se solucionó con un sencillo trámite administrativo y, una vez en el interior, me encontré rodeado de un ambiente funcional y moderno, con mucha luz, alejado de los parlamentos oscuros y solemnes que conocía. Un niño de unos diez años, vestido con una camiseta de baloncesto y pantalón corto, entró con aire enfadado y el pelo revuelto. Unos metros detrás suyo apareció una mujer alta, rubia y guapa, de 36 años, que se presentó como «Katrin Juliusdóttir, ministra de Industria, Energía y Turismo».

—Lo siento, llego tarde —se excusó Katrin nada más llegar—. Tengo un día muy ajetreado. Soy parlamentaria desde hace siete años y ministra desde hace uno, pero hoy es un día especialmente movido. No sé si tendremos

suficiente tiempo. Además, le he prometido a mi hijo que le acompañaré a hacer deporte.

El niño de la camiseta de baloncesto, su hijo, continuaba refunfuñando mientras jugaba con una pelota. Estaba claro que le iba a robar a su madre por unos minutos y no pensaba perdonármelo.

—Bien pensado, será mejor que vayamos a un bar —dijo de pronto la ministra—. Allí estaremos mejor.

Salimos del Parlamento y ganamos la plaza. A pie. La gente saludaba a la ministra y ella les correspondía con una sonrisa, mientras el niño nos seguía sin dejar de botar la pelota. «Aquí todos nos conocemos», se limitó a decirme. Ni rastro de guardaespaldas, coche oficial o algo parecido. Da la impresión de que en Islandia, a diferencia de lo que sucede en la mayoría de países, no hay ningún muro que separe a los políticos del pueblo. Ser tan pocos tiene sus ventajas.

Recorrimos un par de calles y nos instalamos en un bar de la calle Laekjargata, muy cerca de la oficina del primer ministro. Pedimos unas bebidas, también para el niño, por supuesto, y disparé la primera pregunta.

—¿Cómo vivió las manifestaciones ante el Parlamento? No debió ser fácil ver al pueblo manifestándose contra los políticos.

—No lo fue, es cierto —la ministra torció el gesto—. Fueron muchos los que vinieron a manifestarse ante el Parlamento. Yo sabía que no era nada personal, ya que se manifestaban contra el sistema y contra la recesión, pero fueron unos días difíciles. Bueno, conviene aclarar que había dos tipos de manifestantes; por un lado los pacíficos, a los que era más difícil mirar a los ojos; de hecho, yo quería estar con ellos. Por otro lado estaban los violentos. Con estos no

estaba de acuerdo. Eran pocos, pero eran los que salían en las noticias.

—¿Cómo acabó todo?

—El Partido Socialdemócrata, mi partido, decidió dejar la coalición de Gobierno en la que estaba. El Gobierno quedó en minoría y se celebraron elecciones. Tras ellas, por primera vez hubo una mayoría de izquierdas.

—Aún así, parece que los partidos tradicionales continúan siendo cuestionados.

—Es una pena, pero es así. Mi opinión es que los partidos seguirán, pero tendrán que hacer un examen de conciencia, mirar a fondo en su interior. Al fin y al cabo, un partido político no es una institución; es sólo la gente que lo forma. Mi partido es relativamente nuevo, sólo tiene unos diez años. Después de esta crisis, está claro que tendremos que revisar nuestra manera de trabajar. Íbamos en la dirección equivocada, ya que Gobierno y oposición estaban a la greña. En momentos así, la gente quiere que todos trabajemos unidos.

—¿Lo han hecho?

—Sí, pero la gente está decepcionada y cuesta mucho recuperar su confianza. Lo que ha pasado aquí, en Reykiavik, tendría que ser una señal de alarma que sirviera para hablar de cuál es la función del político y cómo queremos que funcionen los partidos.

—Salen nuevos políticos, como Jón Gnarr, que ha triunfado en las elecciones al Ayuntamiento de Reykiavik.

—Para mí es un tipo muy listo, un chico excelente que tiene buena gente en su lista, aunque en mi opinión hay demasiados hombres. Pienso que pueden hacer buenas cosas para Reykiavik. Hay muchas cosas por hacer y la gente nos envía un mensaje. Si no tenemos más votos es probable que no los merezcamos.

Tras revisar el panorama político, muy agitado en los últimos años, pasamos a cuestiones que afectaban directamente a su Ministerio de Turismo e Industria.

—El turismo ha crecido mucho en los últimos 10 años —resumió la ministra—. Y preveíamos que este año sería aún mejor, pero la erupción del Eyjafiallajökull creó serias dudas. Hubo noticias confusas, alarmistas, aunque la verdad es que sólo afectó un poco a las infraestructuras y estaba muy localizado.

—Es evidente que en Islandia no cundió la alarma.

—Sólo algunos granjeros tuvieron que ser desalojados. Por otra parte, aquí, en Reykiavik, llegan algunas cenizas que arrastra el viento, pero muy pocas. Donde sí hubo tensión fue en la anulación de vuelos en Europa. El turismo cayó un 20% en abril respecto a 2009. Pero confío en que lo superaremos. Al fin y al cabo, aquí tenemos una erupción cada cuatro años. Puede ser peligrosa, pero es también una hermosa experiencia, aunque los efectos de la ceniza sean nocivos.

—Dejando de lado el volcán, ¿considera que la principal atracción de Islandia sigue siendo la naturaleza?

—Sí, aunque el turismo cultural ha subido mucho en los últimos años. De todos modos, la naturaleza es nuestro punto fuerte, ya que en una zona relativamente pequeña tienes glaciares, volcanes, lagunas, géiseres, cascadas… Ahora vienen más turistas que nunca, y esto nos indica que hay que proteger la naturaleza.

—El avistamiento de ballenas y de focas es otro aliciente.

—Y estamos trabajando en un programa de desarrollo de tours de bienestar, con piscinas, spas, excursiones por los glaciares, etc. Estamos trabajando en este plan y en el de promoción del turismo de fuera de temporada.

—¿Les afectó mucho la crisis en octubre de 2008?

—La notamos, claro, fue un golpe muy fuerte, pero no afectó al turismo. La devaluación le ha ido bien a este sector. Por otra parte, ahora tenemos mucha gente cualificada que vuelve a trabajar en el turismo, un sector fundamental para nuestra economía.

—Los bares de noche de Reykiavik, que eran uno de los centros de la movida hace unos años, parecen haberse apagado un poco.

—Tenemos muchos bares, y muy animados, pero la naturaleza es sin duda el principal tirón de la isla. Es más definitoria para nosotros que la vida nocturna.

—Islandia se caracteriza, respecto a otros países, por tener más mujeres en puestos importantes. ¿Cómo se explica esto?

—Es cierto que hay muchas mujeres que mandan, pero aún falta mucho por hacer. En el Gobierno actual por primera vez hay paridad entre hombres y mujeres, y en el Parlamento hay un 40% de mujeres. Antes el techo estaba en un 30%. Ha sido una lucha constante, pero esperamos que vaya mejorando en el futuro. Estamos trabajando en ello.

—Hay otro tema que me llama la atención en la sociedad islandesa: la proliferación de madres solteras.

—Yo también lo soy —la ministra sonrió y echó una mirada a su hijo, que continuaba con su aire enfadado—. Es algo muy personal. Aquí somos muy liberales y hay muchas madres solteras. También hay familias combinadas. Pero en general las familias son muy fuertes. Sin mi padre y mi madre, que me ayudan mucho, yo no podría hacer mi trabajo de ministra.

Como ministra de Industria, Katrin Juliusdóttir tenía que lidiar con un tema muy espinoso: el de la gran presa de Kárahnjúkar, que había provocado la destrucción de una parte del paisaje del noroeste de la isla para beneficiar la instalación de una serie de fundiciones de aluminio. El fuerte debate entre ecologistas e industrialistas no le era ajeno.

—Tenemos un objetivo —me dijo tras respirar a fondo—: Intentar conciliar los diferentes puntos de vista. Ahora trabajamos en una legislación con especialistas de todos los ámbitos para intentar categorizar las distintas partes del país para producir energía. Será algo histórico para los islandeses. Buscaremos la unidad. No todos estarán contentos, claro, pero estamos haciendo un esfuerzo para conciliar las distintas posturas. Todo se hará democráticamente.

—¿Cree que la energía es el futuro de Islandia?

—Los recursos naturales son el pasado, el presente y el futuro. Tenemos la pesca, las cascadas, la energía geotérmica… Ahora legislaremos sobre los recursos naturales, para que queden en manos del pueblo, no en manos privadas.

—¿Cómo ve el futuro de Islandia tras el duro golpe de la crisis?

—Saldremos adelante, seguro. Tenemos que crear una economía más estable, una sociedad más estable. Ahora tenemos que trabajar en la estabilidad, con crecimiento interno y exportaciones de industria creativa, como la de juegos para ordenador, la del medio ambiente, la de la energía… Estas industrias son las que hacen avanzar.

—¿Y qué pasará con los bancos?

—Los bancos se pasaron. No sucede en ninguna sociedad que muevan diez veces más dinero que la economía del país. Por suerte tenemos buenos cimientos: la pesca, el aluminio, el turismo, que supone un 20% de la entrada de divisas extranjeras.

—¿Cuál es la receta para salir de la crisis?

—Que la gente se una. Es la única manera: la unidad. Somos un país rico y lo continuaremos siendo. Tenemos un buen estado del bienestar, ayudamos a los que tienen problemas. Mucha gente compró casas con créditos en moneda extranjera y, tras la devaluación, le cuesta pagarlos. Pero saldremos de esta.

La entrevista terminó antes de lo previsto, ya que el hijo de la ministra tenía que ir a hacer deporte e insistió ante su madre en que se estaba haciendo tarde.

«Es como todos los niños de 11 años», sonrió la ministra, comprensiva, mientras nos despedíamos en la puerta del bar.

23. Hotel Borg

Había quedado con Einar en el Hotel Borg para tomar una cerveza a última hora de la tarde. Lloviznaba, de repente hacía frío y el cielo estaba encapotado, como si fuera a llover, o a nevar, de un momento a otro, pero me sentía a gusto en Reykiavik, una ciudad que sabe ser acogedora incluso cuando la naturaleza muestra su lado más hostil. La plaza del Parlamento estaba desierta, pero podía ver, a través de la cristalera, a un grupo de jóvenes bebiendo y conversando alegremente en el contiguo Kaffi Islenska. Y es que, por mucho frío que haga, los bares de Reykiavik tienen la virtud de ofrecer siempre un cálido refugio al caminante.

El ambiente del Hotel Borg es completamente distinto al de la mayoría de bares de Reykiavik. Más formal, más lujoso, pero igualmente cálido, como corresponde al hotel más antiguo de la isla. Su elegante fachada blanca y sus salones Art Déco rezuman una elegancia avalada por sus muchos años de historia, aunque es cierto que en el último día de 2008 los manifestantes no dudaron en asaltarlo cuando el Gobierno, cumpliendo con la tradición, estaba reunido en uno de sus salones. En fin, que nada es como solía ser en Islandia, ni siquiera el generalmente apacible fin de año.

—El Hotel Borg es el mejor de Reykiavik. Sus propietarios aseguran que en este edificio puede resumirse la historia de

la ciudad —me comentó Einar mientras contemplábamos las distintas fotos antiguas enmarcadas cerca de la entrada, en varias de las cuales se veía a un tipo con aspecto de forzudo —. La historia de sus orígenes es muy curiosa. Lo fundó Jóhannes Jósefsson, que era en realidad un aventurero y uno de los hombres más fuertes del mundo.

La verdad es que no me sorprendió la referencia al hombre más fuerte del mundo, ya que en la historia de este concurso, que empezó a celebrarse a nivel mundial en 1977, varios islandeses han inscrito su nombre. El primero, en los años ochenta, fue Jón Páll Sigmarsson, que en 1979 empezó a competir en levantamiento de potencia, que no es lo mismo que levantamiento de pesas. En 1983, a los 23 años, quedó segundo en el concurso del Hombre más fuerte del mundo. En 1984, 1986, 1988 y 1990 quedaría en primer lugar. En 1991 le sucedió otro islandés, Magnus Ver Magnússon, que volvería a ganar en 1994, 1995 y 1996.

—Como podrás apreciar si te fijas en mí —sonrió Einar hinchando el pecho de un modo ridículo—, los islandeses somos en general muy fuertes. Por eso no es sorprendente que ganemos este tipo de concursos.

Generalizaciones al margen, merece la pena detenerse en la biografía de Jóhannes Jósefsson, fundador del Hotel Borg y destacado protagonista de una historia típicamente islandesa. Nacido en Islandia en 1883, desde muy joven se convirtió en campeón de lucha islandesa. A los 25 años, en 1908, compitió en lucha grecorromana en los Juegos Olímpicos de Londres, quedando en cuarto lugar. Después viajó por el mundo mostrando su descomunal fuerza, hasta que terminó formando parte del circo Barnum & Baileys, y concretamente del Greatest Show on Earth, donde luchaba contra oponentes armados sin más ayuda que la de sus puños. En los años en que trabajó para este importante

circo, entre 1912 y 1915, Jóhannes Jósefsson nunca fue derrotado.

—Ganó mucho dinero gracias a la lucha —dijo Einar— y en 1927 regresó a Islandia convertido en millonario —remató Einar—. Su sueño era ser propietario de un hotel de lujo y no paró hasta fundarlo en Reykiavik.

Jóhannes Jósefsson eligió para construir su hotel un solar muy céntrico, situado en la plaza del Parlamento, muy cerca de la antigua catedral. Como arquitecto, optó por Gudjón Samuélson, el mismo que construyó la Hallgrimskirkja, la espectacular iglesia, con una fachada que recuerda a un acantilado rocoso, que domina la ciudad. Puso la primera piedra en 1928, y dieciocho meses después, en enero de 1930, inauguró con toda la pompa el restaurante. Cuatro meses después abría sus puertas el hotel, convertido desde el primer momento en una referencia de Reykiavik.

—El Hotel Borg siempre ha ocupado un lugar en la historia de Islandia —destacó Einar—. En una reciente reforma, en 2008, se cargaron su puerta de entrada, pero la han llevado a un museo. No podíamos dejar que se perdiera. Te aseguro que alojarse en el Borg es algo que imprime carácter.

Gracias a los contactos de Einar, que casualmente, o no, conocía al recepcionista, pudimos visitar alguna de las 56 habitaciones del Hotel Borg, a la vez sobrias y elegantes, diseñadas con tres tipos de madera y cinco tipos de piel para conseguir el ambiente Art Déco adecuado, con todo tipo de modernidades incorporadas. Las fotos del Reykiavik de época, de entre 1925 y 1949, permitían reforzar la idea de que el Borg era un hotel histórico.

Las suites de la última planta, con vistas de 360 grados sobre la ciudad, eran ciertamente espectaculares, así como el Salón Dorado o el restaurante Silfur, donde dimos cuenta

de un menú gastronómico basado en las especialidades islandesas, incluidos, por supuesto, salmón y bacalao, pero también el sabroso cordero islandés. Los altos techos y los grandes ventanales que dan a la plaza del Parlamento contribuían sin duda a realzar la elegancia del Hotel Borg, que asoma en alguna de las novelas de Halldór Laxness.

Para culminar nuestro paseo por la historia, Einar recordó que un amigo común, el escritor italiano Nicola Lecca, había publicado en 2006 una novela, titulada precisamente *Hotel Borg*, que homenajeaba a este histórico hotel. En él, precisamente, se aloja el personaje del compositor Alexander Norberg cuando decide abandonar su exitosa carrera y celebrar un último concierto, con el *Stabat Mater* de Pergolesi, en la vieja iglesia que hay junto al Hotel Borg.

—Nicola vivió varias semanas en Reykiavik cuando estaba escribiendo la novela —recordó Einar—. Le encanta esta ciudad y regresa de vez en cuando. Bueno, de hecho a Nicola le gusta pasar temporadas en distintas ciudades europeas.

Recordé, en efecto, que unos meses atrás se había instalado por un tiempo en Barcelona. Le obsesionaba Europa, le gustaba la vida nómada y le fascinaban los antiguos hoteles tradicionales, esos que expresan en su decoración el espíritu de otra época. No me sorprendía, pues, que para su novela islandesa hubiera elegido el título de *Hotel Borg*.

Ya estábamos en la calle cuando Einar recordó las anécdotas que le contaba su padre de los viejos tiempos, cuando en los años cincuenta sólo podías beber alcohol en el Borg y otros contados establecimientos.

—Según dicen, se formaban colas ante el hotel —comentó riendo—, ya que había un número máximo de

clientes y, cuando el bar estaba lleno, tenías que esperar a que saliera alguien para poder entrar.

—Veo que el Borg siempre ha sido una institución.

—Puedes estar seguro. Hubo un tiempo en que todo lo interesante sucedía en el Borg. Había conciertos de jazz memorables y cuentan que Björk y Gudmundur Ingólfsson actuaron juntos aquí en 1987. Entonces Björk no era tan famosa, por supuesto. Él tocaba el piano, Gudmundur Steingrímsson la batería y Thórdur Högnason el contrabajo. Acabaron formando el grupo Björk Gudmundsdóttir & trío Gudmundar Ingólfssonar, que tocaba música de jazz y bebop. Luego, como sabes, Björk prescindió del apellido y se dedicó a otro tipo de música.

—Y le fue bastante mejor.

—Ganó más dinero y se convirtió en una artista internacional, pero ella también pasó por el Hotel Borg… Bueno, yo creo que los salones de este hotel han visto de todo. Aquí se celebraban bailes elegantes y los oficiales de la base americana solían venir al Borg para desconectar, ya me entiendes. En los años ochenta hubo incluso conciertos de rock en este hotel. Hay hasta un documental de 1982 que lo cuenta. Se titula *Rokk í Reykjavik*… De eso hace mucho tiempo, claro…

24. El arte de ser islandés

Cuando, repasando en casa la actualidad de los últimos meses, Einar me comentó que el escritor Hallgrímur Helgason, autor de la novela de culto *101 Reykiavik*, había aparecido en la prensa, a principios de 2009, golpeando enfurecido el coche del primer ministro, en el transcurso de una manifestación contra el Gobierno, pensé que estaría bien entrevistarle para ver cuál era su visión de la Islandia de después de la crisis. Le había conocido en el verano de 2001, en mi primera visita a la isla, y estaba seguro que tanto Islandia como él habían cambiado mucho desde entonces.

Hallgrímur Helgason no puso ningún inconveniente para que nos viéramos en cuanto le llamé, como suele ser habitual en Islandia, aunque me sorprendió que me citara a las 9 de la mañana en el céntrico Café de París. De hecho me sorprendieron dos cosas: que me citara a una hora tan temprana, cuando años atrás era famoso por vivir la noche a tope, y que eligiera aquel viejo café que nada tenía que ver con la movida juvenil de Reykiavik.

—Es normal —me dijo Einar cuando se lo comenté—. El tiempo pasa y los gustos cambian. Hallgrímur ya no es un joven. Nació en 1959 y por tanto ya ha superado la barrera de los cincuenta años.

Para preparar la entrevista, rescaté de mi ordenador un artículo de Hallgrímur, escrito antes de la crisis, titulado: «El arte de ser islandés». Era un escrito muy optimista, como correspondía a aquella época, y llevaba el siguiente subtítulo, inspirado sin duda por aquellos años eufóricos en que los islandeses creían estar en la cresta de la ola: «Cómo comportarte cuándo sabes que eres el mejor pero nadie más lo sabe».

Con un sentido del humor muy islandés, Hallgrímur Helgason contaba en el mencionado artículo que vivir en Islandia era algo muy especial, «ya que nunca sabes lo que va a pasar: un día puedes despertarte descubriendo que tu casa ha sido rodeada por lava fresca, y al siguiente ves que tienes la bodega inundada. La Navidad puede ser tan calurosa como en las islas Canarias y puede nevar en la Noche de San Juan». «Es como vivir con un alcohólico loco», resumía la situación. «Es por ello que los islandeses hemos desarrollado una gran tolerancia, hacia nuestro país y hacia los alcohólicos. En todas las fiestas familiares y en todas las reuniones hay siempre un borracho que molesta, y los reunidos se limitan a aparentar que en realidad no está allí».

Los muchachos imposibles, apuntaba Hallgrímur en su artículo, son por otra parte muy típicos de Islandia. «Fijaos en las novelas *Gente independiente* de Halldór Laxness, *Ángeles del universo* de Einar Már Gudmundsson, o la mía *101 Reykiavik*», escribe. «Todas tratan de chicos imposibles. La primera va de un granjero que quiere sacrificar a sus hijos por su cordero; la segunda de un poeta que enloquece cuando su novia le deja y se mata; y la tercera va de un vago desesperado que se acuesta con la amante de su madre y la deja preñada. Nos encantan esos tipos, nos encanta odiarlos. Es una sensación parecida a la que tenemos con nuestro propio país: lo queremos y lo odiamos.

Odiamos lo frío que es, pero nos encanta que nunca haga demasiado calor. Odiamos ser tan pocos, pero nos encanta que aquí viva tan poca gente. Odiamos el oscuro invierno, pero nos encantan el sol de medianoche del verano. Odiamos los elevados precios, pero nos encanta gastar nuestro dinero. Odiamos el viento, pero nos encanta el aire fresco. Odiamos lo pequeño que es Reykiavik, pero nos encanta lo fácil que resulta ir a todas partes. Odiamos que no haya árboles en Islandia, pero nos encanta que no nos tapen la vista. Odiamos lo lejos que estamos del resto del mundo, pero nos encanta que el mundo, con todas sus guerras y ataques terroristas, esté tan lejos de nosotros. Incluso odiamos el nombre de Islandia. Suena demasiado frío. Pero también nos encanta: suena tan *cool*».

Como puede comprobarse, ni los islandeses son gente fácil de clasificar ni Islandia es un país fácil. Es más: «Islandia es un país imposible», escribe Hallgrímur Helgason, aunque se apresura a añadir: «Pero es posible vivir aquí... o casi». Y concluye: «Los islandeses somos orgullosos, inquietos y dispuestos a todo. Igual que nuestro país. Con Islandia, uno nunca sabe lo que pasará; con los islandeses, sólo sabes que algo va a pasar».

En los últimos años, justo antes de la gran crisis, a caballo de la euforia de sus ambiciosos financieros, los islandeses habían llegado a creerse «los mejores del mundo». «Cuando yo era niño, nos enseñaron que la gente de América tenía una bebida llamada Coca-Cola», escribe Hallgrímur Helgason. «Ellos bebían Coca-Cola y nosotros decidimos hacer lo mismo. PERO MÁS. ¿Así que beben Coca-Cola en América? Pues nosotros beberemos más que ellos. Nos llevó sólo una década derrotar a los norteamericanos. Y ahora hasta comemos más hamburguesas que ellos. Y más pizzas que los italianos. Y bebemos más cafés con leche que

ellos. Y tenemos más ordenadores per cápita que los japoneses. Y más teléfonos móviles que los finlandeses. Compramos más libros que los noruegos y utilizamos más internet que los de Hong Kong. E incluso vivimos más años que los georgianos. Y tenemos más mujeres hermosas que los venezolanos. Así que tenemos más sexo que los franceses, y nuestras fiestas duran más que las de los españoles».

Pero dejemos por un momento el artículo de Hallgrímur Helgason y vayamos a los datos, o a las ideas preconcebidas: de entrada, Islandia no es un país tan frío como podría parecer visto desde España; o por lo menos no lo es la región de Reykiavik, donde vive un 60% de los islandeses. La temperatura más baja jamás registrada en la isla fue de 38 bajo cero, en 1918, en la costa norte. Si nos centramos en Reykiavik, que tiene un clima más suave gracias a la corriente del Golfo, la temperatura más alta fue de 24.8 grados en 2004, y la más baja de 24.5 bajo cero en 1918. El promedio de la capital en los meses más fríos es de 2 grados positivos, lo que no está tan mal para una isla cuyo nombre significa «País de hielo». El problema, dicen allí, no es el frío, sino las pocas horas de sol que tienen en invierno. Cierto que en verano tienen el sol de medianoche, pero en invierno todo cambia: en Akureyri, en el norte, tienen en diciembre sólo tres horas de sol al día, mientras que en Reykiavik llegan a cuatro: el sol sale hacia las 11.30, con mucha timidez, y se pone a las 15.30. Es entonces cuando abundan en Islandia las depresiones, o la llamada «tristeza de invierno»…, pero es también entonces cuando reina en el cielo la aurora boreal, unas luces maravillosas que se mueven en el cielo y que hacen que cada día parezca Navidad.

Sea como sea, Islandia es una sociedad muy avanzada que ostenta el récord de coches y de ordenadores por unidad familiar, y también el récord de libros por habitante, y hasta el de poetas por metro cuadrado. A los que no les gusta vivir allí, siempre les queda el recurso de viajar, ya que los islandeses viajan, por término medio, cuatro veces al año fuera de su país. Hay quien sostiene que es para poder comprar alcohol a la vuelta en las tiendas libres de impuestos del aeropuerto, y puede que algo de esto haya, pero también es cierto que a los islandeses les gusta viajar en invierno para disfrutar del sol del Mediterráneo. Eso sí, siempre acaban regresando, ya que el islandés es nostálgico por naturaleza.

Si nos fijamos en los tópicos, los islandeses tienen fama de ser altos, fuertes, rubios y bellos, aunque también los hay morenos, bajos, debiluchos y feos. De todos modos, hay hechos que confirman el tópico. Por ejemplo, los dos islandeses que han sido proclamados hombres más fuertes del mundo: Jón Páll Sigmarsson y Magnus Ver Magnusson. Por otra parte, también entre las reinas de belleza han destacado las islandesas; en 1985 Hofi Karlsdóttir se convirtió en la primera ciudadana de Islandia elegida Miss Mundo; Linda Petursdóttir lo fue tres años después, en 1988, y Unnur Birna Vilhjálmsdóttir fue coronada en 2005. Teniendo en cuenta que en Islandia viven sólo 320.000 personas, el promedio no está nada mal.

Continuando con los tópicos, hay dos que siempre salen cuando se habla de Islandia: estamos ante una sociedad liberal en la que el sexo es mucho más desinhibido que en el resto del mundo, y el índice de alcoholismo es muy alto. Empecemos por el sexo. Según una encuesta realizada por la empresa de condones Durex entre más de trescientos mil jóvenes de cuarenta y un países, los islandeses son los más

precoces del mundo a la hora de iniciarse en las relaciones sexuales. Suelen empezar de promedio a los 15,7 años. Más datos: un 52% posee un vibrador, cuando el promedio en el resto del mundo es de un 27%, y un 56% utiliza juguetes sexuales. Suelen tener relaciones sexuales 109 veces al año (el promedio mundial es de 103) y a lo largo de su vida tienen 12,4 compañeros de relaciones sexuales (el promedio mundial es de 9).

Los islandeses son desinhibidos en cuestión de sexo, hay que admitirlo, y a menudo son ellas las que abordan a los hombres en los bares. Sin embargo, no les gusta que se diga demasiado. En 2005, por ejemplo, se armó una polémica considerable cuando, en la televisión de Estados Unidos, Oprah Winfrey trató el tema en uno de sus programas; la invitada era una presentadora de la televisión islandesa, Svanhildur Hólm, una guapa y estilizada rubia que admitió que los islandeses solían iniciarse en el sexo a los quince años, que no les costaba tener relaciones el primer día que salían con alguien y que muchas islandesas eran madres solteras antes de los veinte años, sin que por ello fueran estigmatizadas. El diario *Morgunbladid* publicó varias cartas de protesta y se acusó a Oprah de manipular las respuestas de Svanhildur Hólm, pero una encuesta oficial de 2004 indica, en efecto, que un 64% de los niños de la isla son hijos de madres solteras, que por supuesto no sufren ningún estigma. Por otra parte, hay poca tradición de casarse en Islandia; por lo general, muchas parejas deciden hacerlo cuando tienen que celebrar la confirmación de los hijos, como si se tratara de un trámite más. Cuando nace un hijo, no faltan las facilidades, seas soltero o casado: el Gobierno concede tres meses de permiso a la madre, tres meses al padre, y otros tres meses para que la pareja se los distribuya como le convenga.

En cuanto al alcoholismo, otro de los tópicos sobre los islandeses, datos oficiales indican que un 16% de los ciudadanos de Islandia tiene problemas con el alcohol, aunque lo que más llama la atención cuando vives en Reykiavik no es lo mucho que beben, sino lo mal que beben, ya que suelen beber sólo el fin de semana, y con una urgencia desmesurada, como si el juego consistiera en emborracharse cuanto antes, sin disfrutar del proceso intermedio. Y eso que beber sale caro; según otra estadística, el precio de las bebidas alcohólicas en Islandia es un 126% más alto que el precio medio de los países de la Unión Europea.

Dado que en Islandia les encantan las estadísticas, ahí van algunos datos más: un 81% de los islandeses cree en la vida después de la muerte y, según un estudio dirigido por el profesor de folklore islandés Terry Gunnel, un 8% cree que los elfos existen y un 37% cree que «posiblemente existen». No es extraño que, después de un hecho insólito, los islandeses echen la culpa a los elfos o a los espíritus. En 2001, por ejemplo, mientras se hacían las obras del Centrum Hotel, una excavadora extrajo una roca y alguien dijo que le había parecido ver una sombra. Enseguida salió un experto que aseguró que era el espíritu encargado de velar por un vikingo fallecido muchos años atrás.

Toda esta vena espiritual, muy ligada a la tierra, la encauza la religión Ásatrú (de «asa-tru», fiel a los dioses), que venera a los antiguos dioses vikingos y que celebra en plena naturaleza unos rituales en los que invocan a Odín, dios de dioses, y a Freya, diosa del amor. Está reconocida en Islandia desde 1973, su sumo sacerdote es, desde 2003, el músico Hilmar Örn Hilmarsson y en los últimos años se ha puesto de moda, entre las jóvenes parejas, casarse por el

ritual Ásatrú, que como mínimo es más original que el cristiano.

Desbordado por el exceso de datos, decidí tomarme una pausa y pasé lo que quedaba del día viendo la televisión, jugando con las niñas y paseando junto al lago con Hekla, un perro que, tras adquirir la suficiente confianza con su nueva familia, se iba alborotando a medida que pasaban los días. A mi alrededor, todo estaba en paz en aquellos momentos, y el fantasma de la crisis parecía ser tan solo un invento que poco tenía que ver con la realidad. Pero de hecho continuaba allí, y no podía ignorarlo.

Cuando por la noche regresé al artículo de Hallgrímur Helgason descubrí que lo de ser islandés se había complicado mucho en los últimos años, cuando unos cuantos ambiciosos financieros se habían convertido en los atrevidos «*BuyKings*» y habían salido a la conquista del mundo. «Así, pues», resumía Hallgrímur Helgason, «somos una pequeña nación que se ha creído que es grande, tal como dijo Eidur Gudjohnsen, nuestro futbolista estrella internacional y capitán de la selección, en una reciente entrevista. A veces esta megalomanía puede parecer un poco absurda. Nuestro servicio exterior, por ejemplo, es tan grande como nuestra Seguridad Social; somos la única nación de Europa, aparte del Reino Unido, que puso en marcha una CNN de 24 horas los 7 días de la semana, y cada año estamos convencidos de que ganaremos el Festival de Eurovisión».

Hallgrímur aportaba otros datos: Reykiavik, «una ciudad del tamaño de Alicante o Karlsruhe, tiene dos compañías aéreas internacionales, tres bancos internacionales, un futbolista internacional, tres Miss Mundo (Estados Unidos sólo tiene dos) y produce uno de los programas televisivos

más importantes para niños. Es mucho, pero el hecho de que esté mencionándolo significa que aún no ha desaparecido del todo nuestro antiguo complejo de inferioridad».

Lo de los tres bancos internacionales se había esfumado después de la crisis de otoño de 2008, y la estrella de Eidur Már Gudjohnsen se había apagado tras su marcha, en 2009, del Fútbol Club Barcelona, pero no podía negarse que, a pesar de la *kreppa*, Islandia aún tenía unos cuantos motivos de los que sentirse orgullosa. Al día siguiente tendría la suerte de poder comentarlo con Hallgrímur, más que nada para poner al día su artículo sobre «El arte de ser islandés».

25. Hallgrímur Helgason en el Café de París

Hallgrímur Helgason apareció puntual en el Café de París, a las 9 de la mañana, con una barba poblada, la cabeza rasurada y una expresión que a primera vista no sabría decir si era de cansancio o de decepción, o quizás de ambas cosas, como si la vida no le hubiera tratado muy bien últimamente. Nos sentamos en una mesa junto a un gran ventanal y pedimos sendos cafés. Nada de alcohol a aquella hora tan temprana. Los periódicos del día llevaban en portada el triunfo del cómico Jón Gnarr en las elecciones municipales.

—En 1996, cuando publicaste *101 Reykiavik*, el centro del Reykiavik más moderno era el Kaffibarinn —le comenté para romper el hielo—. En 2001, quedamos en el Vegamót, otro bar de moda, y ahora, en el Café de París y a las 9 de la mañana. ¿Significa esto que envejeces o que has renunciado a la noche y a los locales más al día?

—Me temo que ambas cosas —respondió con una sonrisa escéptica—. La verdad es que antes no venía nunca por aquí; en cambio ahora me encuentro a gusto en el Café de París. Debe de ser la edad… De todos modos, envejecer es algo natural y es normal que comporte un nuevo estilo de

vida. Antes vivía sobre todo la noche y ahora me voy a dormir pronto. Mi vida ha cambiado en los últimos años, ciertamente.

En *101 Reykiavik*, la novela de más éxito de Hallgrímur Helgason, el Kaffibarinn era el centro de casi todo, por lo menos para los jóvenes. El joven protagonista, Hlynur Björn, se pasaba la vida en aquel bar que parecía escapado de Alaska, agobiado por el alcohol, las drogas y toda la información inútil que recibía a través de Internet. Cuando conocí a uno de los dueños del Kaffibarinn, el director de cine Baltasar Kormakúr, hijo del pintor Baltasar Samper, recuerdo que me comentó cómo habían logrado que Damon Albarn, uno de los miembros de Oasis, fuera socio del bar: «Se pasaba el día bebiendo aquí. Un día le levantamos la cabeza de la mesa y le dijimos: "Eh, tú, ¿quieres ser nuestro socio?". Le hizo gracia lo de tener un bar en Islandia y se apuntó». En poco tiempo el Kaffibarinn se convirtió en un local mítico en el que se bailaba sobre las mesas a las cinco de la madrugada y al que acudían famosos de todo el mundo.

—Ahora los chicos del Kaffibarinn son los que han tomado el poder —me puso al día Hallgrímur—. Están en el Mejor Partido, el que ha triunfado en las municipales sin decir lo que va a hacer. Se presentaron por hacer una broma y han ganado. Es algo muy del estilo de Hlynur, mi protagonista en *101 Reykiavik*…

—Deduzco que no te caen muy bien los del Mejor Partido.

—He escrito artículos contra ellos, ya que pienso que lo que ahora necesitamos son políticos íntegros y honestos, no cómicos. Cuando los sistemas se hunden, hay peligro de populismo y yo veo a los miembros del Mejor Partido como nuevos populistas. En la campaña han dicho cuatro cosas

graciosas, pero necesitamos algo más, necesitamos un cambio de verdad.

—¿Y de dónde vendrá este cambio?

—No lo sé —meneó la cabeza insistentemente—. Quizás hemos sido demasiado perezosos, o hemos estado demasiado ocupados para hacer algo nosotros.

—¿Has tenido alguna vez tentaciones políticas?

—Nunca. Estuve casado con una concejal del Ayuntamiento de Reykiavik y sé que la política es un asunto sucio. Es trágico: si quieres cambiar cosas de la sociedad, tienes que vivir durante años en esta cueva oscura que es la política. Y yo no quiero. Es triste, pero no.

—¿Crees que el poder corromperá a Jón Gnarr?

—Es probable. Cuando sea alcalde, dentro de unos días, todo lo verá diferente. Fíjate en David Oddson. Fue sucesivamente alcalde de Reykiavik, primer ministro y gobernador del Banco Central. Era un buen político, pero parece que se corrompió… De todos modos, si no tienes carisma, estás muerto. Jón Gnarr tiene carisma, pero no tiene ni idea de lo que hará.

—Pensar que todo empezó como una broma…

—Querían el poder desde el primer minuto, pero fingían que era una broma. En diciembre de 2009, cuando Jón Gnarr fue elegido autor del Teatro de Reykiavik, que depende del Ayuntamiento, impuso una cláusula que decía que si era elegido alcalde no valdría. Entonces ya sabía lo que quería.

—He leído que Einar Örn Benediktsson, miembro de los Sugarcubes y amigo de Björk, también está en su equipo.

—Como número 2. No me gustan los grupos políticos como este.

Era evidente que Hallgrímur Helgason, superados ya los cincuenta, desconfiaba de aquel grupo de jóvenes, surgidos de la escena alternativa, que habían subido al poder

aprovechando el desencanto de los islandeses. Para él todo era una gran broma, pero pensaba que el país no estaba en aquel momento para bromas.

—Reykiavik ha cambiado mucho desde que escribí mi novela —reflexionó mirando a la gente que paseaba por la calle, como si pudiera ver el cambio reflejado en sus rostros—. Nos hemos internacionalizado… pero ahora no tenemos dinero.

—La crisis de octubre de 2008 fue un duro golpe, sin duda, pero en la calle no se nota demasiado. Un ejemplo: he visto que están construyendo el gran edificio del Convention Center.

—Decidieron que era más barato terminarlo que cancelar los contratos —se encogió de hombros—. En los últimos diez años Reykiavik se ha consolidado como una ciudad cosmopolita. Fue *trendy* en los años 90, pero ahora está más segura de sí misma. No sé si el volcán ha cambiado las cosas… Ya sabes el chiste que corre: ahora tenemos *ash* (ceniza) en vez de *cash* (dinero).

—¿Piensas que el volcán es como un símbolo de lo que está pasando en Islandia?

—Ha sido como Islandia tirándose un pedo hacia Europa para mostrar que estamos muy enfadados —soltó una risa seca—. La verdad es que me ha sorprendido el impacto de la erupción. Nunca había sucedido nada parecido. Aquí tenemos una erupción cada pocos años. Esta ha sido muy mala y puede afectar al turismo.

—El volcán y la crisis parecen centrar toda la atención en Islandia. Visto con perspectiva, ¿crees que lo mejor de la crisis fueron las manifestaciones de protesta?

—Eso estuvo muy bien, sí. Por primera vez en muchos años, la gente reaccionó y se montó una pequeña revolución. Los islandeses estábamos tan cabreados que

salimos a la calle para decir que no queríamos aquel Gobierno que había sido cómplice de los financieros que nos hundieron.

—El anterior Gobierno dimitió, hubo nuevas elecciones y ahora manda el centro-izquierda. ¿Qué opina la gente del nuevo gobierno?

—Tampoco les satisface, pero pienso que lo que está haciendo es limpiar todo el lío que dejó el Gobierno anterior. Los de antes, los del Partido de la Independencia, son como los conservadores ingleses. Ellos son los responsables de la situación económica. La política del mercado libre quiso privatizarlo todo. Tuvieron pánico en las últimas elecciones generales, cuando perdieron muchos diputados, pero ahora, en las municipales, se han recuperado en parte. No tienen perdón: lo capitalizaron todo, explotaron a la gente.

Hallgrímur Helgason echó un vistazo alrededor: el Café de París continuaba casi vacío, como si se hubiera contagiado de la escasa marcha que demostraba el país después de la catástrofe de 2008. No muy lejos de allí había una serie de bares y discotecas que habían estado de moda años atrás; eran bares a la última, con un diseño rompedor, en los que montaban sus fiestas los financieros corruptos cuando estaban en la cresta de la ola.

—Aquellos financieros parecían los amos del mundo —comentó mientras pedía otro café—. Pero todo era capital ficticio, vivían en un mundo de ficción…

—Pero entonces se les veía como unos héroes.

—Es cierto. La gente los veía como unos triunfadores que sabían como moverse en el mundo de los negocios, pero ahora son odiados y la mayoría deberían terminar en la cárcel —hizo una pausa—. Espero que al final vayan.

—¿Crees que hubo complicidad entre políticos y economistas?

—Sí. Islandia es un ejemplo pequeño de lo que pasa a nivel mundial. Los nuevos hombres de negocios, avalados por las medidas de liberalización de los gobiernos, han encontrado la manera de mover el dinero muy deprisa por todo el mundo, gracias en parte a Internet. Han creado compañías pantalla, han abierto cuentas en islas del Caribe… Era difícil saber nada del sistema tan liado que crearon. La culpa es de los políticos que les dejaron hacer. La tecnología ha hecho que todo vaya muy de prisa y los *BuyKings* encontraron la manera de ir siempre muy deprisa. Costará muchos años saber qué hicieron… y encontrar donde está el dinero.

—Lo más sorprendente es que Islandia era un país rico, un modelo para todo el mundo, y, después de octubre de 2008, todo aquel dinero parece haberse evaporado.

—Se suponía que éramos uno de los países más ricos del mundo, pero aquí ahora sólo tenemos un Convention Center a medio construir… Nunca vimos el dinero real, aunque los financieros hacían grandes fiestas, invitaban a estrellas del rock, iban a cenar a Mónaco en su avión privado…

—¿Ha afectado esto también al mundo del arte?

—Afecta a los artistas de gran presupuesto, como Olafur Elliasson. Pero no a los artistas normales. Ahora estamos mejor porque ahora tenemos muchas cosas nuevas sobre las que crear.

Cuando le pregunté si pensaba que lo sucedido le inspiraría una nueva novela, Hallgrímur Helgason lo meditó durante unos segundos, pero acabó meneando la cabeza. Era pronto para saberlo. Quizás algún día… Había que dejar tiempo para tener perspectiva de lo que realmente había pasado. Ahora aún estaban inmersos en la crisis y la lucha por el día a día no permitía la distancia necesaria.

—Ahora hago una vida más familiar —dijo pasando al plano personal—. Tengo tres hijos, de 26, 6 y 5 años. Paso más tiempo en Islandia por ellos. Viajo mucho, pero siempre regreso a casa. Hago vida en Reykiavik y en la casa que tengo en el norte. Allí estoy más en conexión con la naturaleza.

—¿Aprovechas la energía de la tierra? —comenté, recordando que en un encuentro anterior me había dicho que Islandia es el lugar ideal para un escritor, ya que la actividad volcánica te hace sentir no sólo que la isla está viva, sino que te alimenta con su fuerza.

—Aquí en Islandia siempre pasan cosas —sonrió—. La crisis económica, el volcán… Fuera te aburres. Todo parece igual desde hace siglos. Aquí, en cambio, el paisaje te inspira mucho.

—¿Piensas que la familia islandesa es distinta que la del resto de Europa?

—Aquí hay muchos divorcios. Tenemos hijos, nos casamos, nos separamos… La mayoría de los niños tienen más de un padre o una madre… Va bien, pero quizás sería mejor de la otra manera. ¿Nos tenemos que casar para siempre? No, no creo. Yo ahora tengo una nueva esposa y dos niños, pero he pasado por un infierno los últimos dos años.

—En general, ¿cómo dirías que son las familias islandesas?

—Son muy permisivas en el aspecto de la moral. La gente piensa más en el ahora que en el mañana. Hacen lo que sea porque tienen ganas de hacerlo y no piensan en las consecuencias. Aquí uno puede ser primer ministro y que el país quiebre y no se siente culpable. Es el modo de vida islandés.

—Hace unos años decían que erais la gente más feliz del mundo.

—Sí, porque somos una pequeña nación de sólo 320.000 habitantes. Incluso con los grandes problemas que tiene ahora el país, seguimos disfrutando de este sentimiento de pertenecer más a una gran familia que a un país… Hace poco estaba en Seúl, una ciudad de 10 millones de habitantes, y me sentía como una hormiga. Me pasa siempre en las grandes ciudades…

—Aquí es diferente, por supuesto.

—Aquí todos se sienten alguien. Incluso la chica que nos sirve el café tiene un facebook y siente que es alguien y que tiene un modo de vida feliz y saludable. Este es un país lleno de oportunidades, incluso para estudiar en el extranjero. Seguro que saldremos de esta crisis. No es una depresión fuerte; se ve poco en la calle, porque la gente aún tiene sus coches y muchos mantienen sus casas… Es más un factor psicológico.

—Hace unos años escribió «El arte de ser islandés». ¿Cambiaría algo de aquel texto?

—Ahora no sería tan optimista, por supuesto. Todos nos hemos vuelto más pesimistas. A la fuerza. La crisis fue muy fuerte. Hace unos años éramos los reyes del mundo; ahora somos más humildes, pero básicamente decía que este era un país muy impredecible en el que nunca sabías lo que iba a pasar, pero donde siempre acababa pasando algo. Y esto sigue siendo cierto, como lo prueban las elecciones del pasado sábado. Me sorprendió que eligieran a un comediante.

—¿Qué se ha hecho de los *BuyKings*?

—Decían que eran buenos hombres de negocios y han fallado. Pienso que somos un país joven y que tenemos que crecer. Tenemos mucho camino por recorrer, porque como

nación somos todavía unos adolescentes. En los últimos años nos lo hemos pasado bien, y ahora tenemos resaca. Es normal… pero seguro que habrá otra fiesta. Es la manera de ser adolescente… Aquí siempre pasan cosas. Esto es lo bueno. En Francia, donde viví durante unos meses, y en Europa en general, tenía la impresión de que la gente era más vieja y sabia, pero también más aburrida.

—Usted escribió que en todas las familias islandesas hay un alcohólico al que se le trata como si no lo fuera. ¿Piensa que hay más alcohólicos ahora que hace unos años?

—Creo que ahora no hay tantos borrachos como antes, quizás porque somos más cosmopolitas. La gente bebe más vino y con más moderación. Los jóvenes de ahora son más maduros y beben menos. La cosa se ha estabilizado. Yo pensaba, al escribir aquello, en la tolerancia que tiene el país, incluso con los alcohólicos. Eso está bien. Pasa igual con los gays. Somos muy tolerantes.

—La primera ministra es lesbiana.

—Sí, tenemos una primera ministra lesbiana, un alcalde comediante y quizás en el futuro una vampiresa como presidente.

—Aquí hay mucha endogamia, ¿verdad?

—Muchísima. Puede ser algo bueno, ya que todo es más cercano, pero también puede cansarte. En uno de mis libros digo que la gente está muy feliz cuando se va de Islandia… y muy feliz cuando vuelve. El lugar donde se sienten mejor los islandeses es en el aeropuerto, porque o bien se van de este «jodido país» o vuelven a su «amado país». Que te reconozcan por la calle está bien, pero también puede ser terrible. En el extranjero me gusta estar un par de horas en una librería, hojeando libros. Aquí es imposible: siempre hay alguien que te dice algo.

—Las estadísticas indican que aquí en Islandia la gente lee mucho.

—Los índices de lectura han bajado, pero aún hay muchos lectores en comparación con otros países. La crisis, por ahora, no ha afectado a la venta de libros. Incluso algunos escritores están haciendo dinero, ya que si los publican fuera, cobran en euros, que ahora valen el doble. Ahora vendemos bien fuera libros y pescado.

—¿Qué nuevas novelas ha escrito? ¿Ha regresado a Reykiavik?

—Después de *101*, escribí una novela histórica sobre Halldór Laxness. Estaba ambientada en la Islandia rural y por todo el mundo. Trataba de un escritor que muere y queda bloqueado dentro de una novela para toda la eternidad. Es como tres libros en uno. Después, escribí una comedia de ciencia ficción sobre Dios. Pasaba en el universo. Después la de un bloguero cabreado que escribía desde el campo, en algún lugar del norte de Islandia, contra la sociedad. Decía que la gente tenía que leer más poesía y escuchar menos música…

—Tengo entendido que ha regresado a Reykiavik en su última novela.

—Es un poco como *101 Reykiavik*, pero el protagonista es un asesino que se refugia en Reykiavik y sale por la tele disfrazado de sacerdote. Se tiene que esconder de la mafia en Islandia y es una situación cómica, ya que es un asesino en el país más pacífico del mundo, donde no puedes ni comprar una pistola.

—¿Y cómo lleva su vocación de artista?

—En mis pinturas nada ha cambiado. En los últimos años no he pintado mucho: sólo tres o cuatro cuadros. He hecho dibujos y fotos, pero tampoco demasiados. Estoy como en la nevera.

—Para terminar, me han dicho que su novela *Stormland* tiene algo que ver con una actuación suya durante las protestas, cuando atacó el coche del primer ministro.

—¿También sabes eso? Claro, en Islandia todo se sabe enseguida. Es la vida retransmitida en directo… La novela era una parodia, por supuesto, pero un día, en una manifestación, me vi golpeando el coche del primer ministro e intentando agredirle, como el personaje de la novela. Fue un gran escándalo en el país. Me avergüenzo, pero de todos modos creo que se lo merecía. Lo que los políticos le hicieron a nuestro país es imperdonable.

Lo dejamos aquí. Hallgrímur Helgason consultó el reloj, comentó que se le había hecho tarde, se puso el sombrero y salió del café con prisas. Sin moverme de la mesa, vi como en la calle le abordaban tres jóvenes, probablemente unos fans, y pensé que tenía razón: en Islandia es inevitable tener la sensación de que tu vida está siendo transmitida en directo en todo momento, como si hubiera cámaras de televisión haciendo el seguimiento al segundo.

26. El regreso de los dioses vikingos

Había leído varios artículos sobre Jórmundur Ingi Hansen, un ingeniero que durante ocho años lideró la religión Ásatrú, un neopaganismo islandés, fundado el primer día de verano de 1972 en el Hotel Borg (¡de nuevo el escenario imprescindible!), que adora entre otros a Thor, antiguo dios del trueno, Odín, dios de dioses, poeta y mago, y Freya, diosa de la fertilidad, del amor, de la magia y de la guerra. El punto de partida de los fieles de Ásatrú era que, a pesar de que Islandia había aceptado el cristianismo en el año 1000, en realidad nunca había abandonado a los dioses paganos que expresaban su fuerte vinculación con la naturaleza.

Había leído artículos sobre Jórmundur Ingi y había visto fotos suyas, pero no le conocía personalmente. Es por ello que cuando le vi sentado solo en una mesa del Café de París —inconfundible con su poblada barba, su bigote con las puntas hacia arriba y un medallón antiguo colgado del cuello— decidí abordarle para conversar unos minutos. No puso ningún problema, al contrario. Con una educación exquisita me invitó a sentarme a su lado y me comentó que estuvo en el pequeño grupo fundador de Ásatrú y que lo lideró entre 1994 y 2002, hasta que le relevó Hilmar Örn Hilmarsson. «Hubo algunas diferencias por el tema del dinero y me fui», dijo sin entrar en detalles. «La

organización aún sigue yendo en el mismo sentido, pero no quiero saber lo que hacen hoy».

Cuando le pregunté a qué pensaba que se debía la vigencia del paganismo en la Islandia del siglo XXI, se aclaró la garganta y respondió:

—En Islandia el cristianismo fue una imposición en el año 999, pero en el fondo los habitantes de la isla nunca renunciaron a su religión —me dirigió una mirada cortante—. Los comerciantes islandeses tenían que vender fuera y para ello necesitaban una licencia que en aquel tiempo otorgaba la iglesia. Hasta el siglo XVIII nadie podía hacer negocios en Islandia si no tenía la misma religión que el rey. Ni los judíos podían. En el siglo X, los obispos, que eran buenos negociantes, vendían la licencia. Cuando Noruega se hizo cristiana en 998 era obvio que los islandeses tendrían que pagar impuestos por el comercio, y para evitarlo se hicieron cristianos. Fue más por asuntos formales que por convencimiento.

—¿Pero piensa que todavía hoy los islandeses siguen creyendo de verdad en los dioses paganos?

—En un encuentro con el Dalai Lama, él me dijo que nadie cambia nunca de religión. Un ejemplo lo tenemos en el Tíbet: les han querido imponer otro modelo, pero ellos siguen con sus creencias. Aquí nos pusieron a Dios en la cima, pero el resto de las creencias continuó igual.

Mientras hablaba con Jórmundur Indi, recordé lo que había leído días atrás sobre Ásatrú: cuando en 1972 los fundadores fueron al Ministerio de Justicia y Asuntos Religiosos para inscribir la nueva religión, el ministro les recibió pero pensó que era una broma, quizás porque Jórmundur Indi se movía en aquellos tiempos en ambientes *hippies* y la cosa no parecía muy oficial. Cuando por fin comprendió que iba en serio, les dio largas y les pidió más

documentación. El diario *Visir* relató así la visita: «Los representantes de Ásatrú obtuvieron sólo respuestas vagas del ministro, y al parecer, fue por eso que actuó Thor. Cuando ya acababa la visita, y el ministro se había puesto en pie para despedir a los invitados, se oyó un trueno terrible en el centro de Reykiavik que causó daños muy cerca del ministerio». El despacho quedó a oscuras, ante el asombro del ministro, y casi un año después, en mayo de 1973 Ásatrú fue legalizada.

—La antigua religión, o las viejas creencias, como lo prefiera, dependían de los espíritus de la naturaleza —expuso Jórmundur Indi—. La divina naturaleza se encarnaba muy probablemente en personajes fuertes que después de la muerte pasaban a ser espíritus. Había una jerarquía de dioses como en el Olimpo griego. Thor, Odín, Freya, Baldur… En cierto modo eran adorados por los islandeses como se hacía en Grecia y Roma con sus dioses.

—¿Y continúan siendo vigentes esas creencias?

—Hoy estamos más cerca de la religión original, porque es más natural creer en la naturaleza o en las fuerzas de la naturaleza. Durante mis años al frente de Ásatrú, la afiliación creció de un modo espectacular, lo que indica que muchos islandeses se sienten cerca de estas creencias.

—Hablando de naturaleza, ¿qué cree que significa la erupción del volcán Eyjafiallajökull?

—Todo se puede interpretar por el lado positivo o por el negativo. Los dos son necesarios. Ninguno puede existir sin el otro. Ha habido una erupción, que es algo físico. Lo que hacen los espíritus de la naturaleza, según nuestra creencia, es minimizar los daños. Controlan el viento, el agua, la ceniza… Hay que reconocer que los islandeses hemos sido increíblemente afortunados en esta erupción. Han caído muy pocas cenizas sobre Reykiavik y ha habido pocos

granjeros afectados. Estoy seguro que en dos o tres años todo volverá a ser como antes.

—¿Usted cree en los elfos?

—Sí, claro —clavó una mirada incisiva en mí, como si la pregunta le ofendiera—. Representan a los seres ocultos, a la naturaleza viva. Un buen amigo que venía del Tíbet me dijo que un espíritu de la tierra es un ser vivo que usa la tierra como cuerpo. Se dicen muchas cosas sobre ellos, pero son importantes porque controlan el medio ambiente a su alrededor. Allí donde viven elfos, las flores huelen mejor y el cielo es más azul. Los elfos construyen a su alrededor un lugar mágico en el que todo es perfecto. Es como el paraíso de los cristianos.

—¿Ha visto elfos en alguna ocasión?

—Siento su presencia de un modo muy fuerte. En algunos lugares hay rocas que están clavadas profundamente en el suelo. Allí puedes sentir la energía que acumulan.

—¿Sus antepasados pensaban lo mismo que usted?

—Mi bisabuelo era un chamán. Tenía espíritus que le asistían. Aquí, en Islandia, nunca se ha utilizado el término chamán, pero lo era.

—¿Y sus padres?

—Mi madre era del Este de la isla. De niña… Bueno, mi abuela no creía en los espíritus. Era una mujer moderna y a finales del XIX y principios del XX todos querían ser modernos. Mi madre, en cambio, me decía que siempre jugaba con los elfos. Tenía muchas habilidades de chamán, pero no las desarrolló. Entre los islandeses está muy enraizada la creencia de que en las grandes rocas pueden vivir seres ocultos. A veces incluso ponen rocas en el jardín para que vengan a proteger su casa. No es tan extraño: la religión sintoísta de Japón hace lo mismo.

—Últimamente están cambiando muchas cosas en Islandia. En octubre de 2008 llegó la gran crisis, y en el norte se construyen grandes presas y fábricas de aluminio. ¿Lo ve como una violación de la madre naturaleza?

—En algunos casos estas acciones pueden ser una ofensa a la naturaleza, pero no siempre. Yo no soy pesimista. Somos criaturas vivas en la Tierra y nuestro deber es sacar lo mejor de ella, pero con cuidado. Aunque sólo sea para preservar la belleza. Pienso que tenemos que tratar bien a la naturaleza, pero no pararlo todo. Hay muchos lugares preciosos que hay que preservar.

—Islandia, en cualquier caso, es un país especial. Gracias a su naturaleza volcánica pueden obtener energía geotérmica.

—Desde el punto de vista físico, es un país muy especial, en efecto. Aquí hay ríos y lagos de agua caliente, volcanes, fumarolas… Islandia ha sido creada por unas fuerzas de la naturaleza, por las fuerzas constructoras de la naturaleza. La isla de Surtsey salió del fuego en 1963. Si no surge tierra nueva, todo se erosionará.

—Cuando viaja al extranjero, ¿siente que hay menos fuerza en otros países?

—Es una pena, pero he observado que a la mayoría de los países no les preocupa la naturaleza. Creen en la ciencia y en el progreso. Sólo cuando se destruye el medio ambiente la gente toma conciencia. En el siglo XVIII en Inglaterra y Alemania surgieron grupos de protesta allí donde la industrialización era más fuerte, donde más bosques destruían. La gente vuelve a las viejas creencias, a la naturaleza.

—Ante los cambios acelerados que vive el mundo, ante las evidencias del cambio climático, ¿es usted optimista de cara al futuro?

—Más bien sí, aunque en cierto modo soy pesimista porque pienso que la naturaleza se vengará si no actuamos bien. Si pescas demasiado, se acaba el pescado. Si cultivas demasiado la tierra, la conviertes en un desierto. La naturaleza siempre tiene que estar en equilibrio.

—¿La religión Ásatrú tiene mucho éxito en Islandia?

—Siempre ha formado parte de la realidad islandesa y tiene muchos adeptos. De alguna manera, la iglesia se apropió de los espíritus de la naturaleza.

—Aquí en Islandia es bastante común, por lo que he visto y oído, referirse a los espíritus de los antepasados como si estuvieran presentes de algún modo.

—Por supuesto que hay espíritus de los antepasados. Este es un sentimiento muy fuerte en Islandia. Los espíritus de los que vivieron antes en la isla nos protegen. Se explican muchas historias sobre ellos y la verdad es que todo lo que hacemos depende lo que han hecho antes nuestros ancestros. Si hoy vivimos bien en Islandia es por lo que antes hicieron los islandeses que nos precedieron.

—Hoy las cosas no van muy bien. En octubre de 2008 llegó la crisis, y con ella la recesión.

—Hay fatalidades, como la recesión. Pero pienso que tenía que llegar porque la gente se comportó durante unos años de una manera estúpida. Tenemos que aprender de la experiencia.

Cuando ya nos despedíamos, me fijé en el espectacular medallón que llevaba en el pecho. Tenía varios dibujos y letras en caracteres antiguos. Era todo un contraste con su pose elegante, su corbata y su cuidado bigote.

—Es un Yggdrasil, el árbol de la vida —me explicó—. Me protege. Cuando no lo llevo me siento peor. Es como los futbolistas, que van siempre con su amuleto… No es muy viejo. Me lo hice hacer hace unos treinta años, pero la idea

es muy antigua. Lo hice partiendo de textos de las Eddas y de representaciones antiguas del árbol de la vida. Son imágenes muy vinculadas a la historia de Islandia.

—Usted es ingeniero, ¿verdad?

—Estudié ingeniería y arquitectura, pero nunca ejercí.

—En cualquier caso, son estudios racionales que contrastan con su dedicación a Ásatrú.

—Es que yo soy muy racional. Al fin y al cabo, estamos haciendo lo mismo que hace 2000 años en Roma o en Grecia. Ellos descubrieron las estrellas y les otorgaron divinidades que las movían. Nosotros hacemos lo mismo con la naturaleza.

—¿Aún se conservan rituales antiguos?

—Los hay, pero se fueron perdiendo… De todos modos, a partir de los textos antiguos ha sido relativamente fácil reconstruirlos. Por cierto, cuando viajé a Lituania, un país que nunca ha sido cristiano, vi que tienen rituales idénticos.

Unos días después de mi conversación con Jórmundur Indi leí en una revista que en 1999, durante su mandato, Ásatrú había inaugurado un cementerio pagano. Posteriormente, a principios de 2008, surgió la idea de construir un templo para albergar rituales paganos. En enero de 2008 compraron unos terrenos en una colina del centro de Reykiavik, muy cerca de Perlan, y convocaron un concurso en el que participaron cinco arquitectos. En septiembre todo estaba preparado para iniciar la construcción, pero la crisis de octubre frenó el ambicioso proyecto. Aquel día los dioses paganos chocaron con la crisis financiera.

27. Einar Már Gudmundsson, escritor comprometido

Cuando Einar Már Gudmundsson me abrió la puerta de su casa de las afueras de Reykiavik pensé que tenía aspecto de leñador canadiense, pero en cuanto vi el desorden de libros que presidía la casita de madera que utilizaba como estudio no tuve ninguna duda de que estaba ante un escritor de esos que viven imbuidos, veinticuatro horas al día, en un universo propio.

Hacía frío en el estudio, pero aquello también encajaba en el retrato del personaje, un hombre duro, con aspecto de estar poco dispuesto a hacer concesiones. Tampoco me sorprendió que tuviera cinco hijos. Nacido en Reykiavik en 1954, Einar Már Gudmundsson había publicado varios libros de poesía y había tenido un gran éxito con su primera novela, *Ángeles del universo* (1993), con la que recibió el premio de Literatura del Consejo Nórdico en 1995. Pero, aparte de su faceta de creador con una fuerte personalidad, Einar Már se había caracterizado por ejecer de intelectual comprometido, especialmente en unos momentos en que la crisis económica y la desconfianza en los partidos políticos tradicionales tenía desorientados a los islandeses. Fruto de aquel compromiso habían sido su participación en las

manifestaciones de enero de 2009 y un ensayo que había titulado *El libro blanco*, en el que mezclaba las opiniones contundentes con la poesía.

—Me dicen que es poco habitual, pero a mi no me lo parece —me indicó en cuanto se lo comenté—. Los poetas tenemos que tener opiniones sobre este mundo, especialmente en los momentos difíciles. No podemos dejarlo todo en manos de los *expertos*, porque después pasa lo que pasa, que resulta que los expertos no son tan expertos. Los políticos, economistas y abogados han estado demasiado lejos de la gente, encerrados en sus especialidades. Tenemos que invadir su espacio.

—En su libro habla del dinero que circuló en los años de euforia en Islandia como un capital ficticio. ¿Qué quiere decir exactamente?

—Ahora se habla mucho del capital ficticio, lo que indica que hay una relación entre lo que ha pasado y la ficción. Los escritores ya no necesitamos recurrir a la fantasía porque lo que pasa en este mundo es, de alguna manera, fantástico. A veces los escritores tenemos que bajar a la calle y estar con la gente. Yo soy escritor y, como tal, me considero un privilegiado. Los lectores me leen y me siguen, y yo quiero devolverles algo de lo que ellos me dan. No quiero ser un servidor de la clase gobernante.

—No es, desde luego, el primer caso de un escritor comprometido con su tiempo.

—Por supuesto, los ha habido y los continuará habiendo. Tenemos, por ejemplo, los casos de Háldor Laxness o Bertolt Brecht.

—Y George Orwell.

—Orwell es mi favorito, ya que era totalmente antidogmático, aunque siempre encontrarás contradicciones en ellos. Orwell parte del socialismo y del comunismo, pero

en sus novelas siempre hay individualistas. Yo, como ciudadano, soy consciente de que influyo en mis libros. Quiero escribir sobre lo que pasa, lo necesito. A veces ocurre que tú no eliges el tema, sino que el tema te elige a ti.

—Recapitulemos: en el otoño de 2008 llegó el *crash* financiero que sumió a Islandia en una crisis profunda.

—Islandia quedó muy tocada, pero en mi libro Islandia es un microcosmos de lo que ha pasado y de lo que pasará en el mundo. Quizás en Islandia hemos tenido la suerte de verlo como un laboratorio, ya que somos un pequeño país de sólo 320.000 habitantes en el que los movimientos son transparentes. Aquí la economía ficticia llegó a multiplicar por doce la real. Fue una locura.

—Un exceso, ciertamente.

—Pero pasa igual en todo el mundo. Nos venden la globalización diciendo que iremos hacia un mundo feliz en el que las finanzas pueden viajar libremente. Por eso les dan sueldos tan altos a los financieros, y bonificaciones y lo que sea… Pero cuando se hunde todo, dicen que es el pueblo el que tiene que pagar.

—Se refiere al caso Icesave, supongo.

—Sí, claro. Ellos, los financieros, están viviendo en Londres con todo el lujo y me cargan a mí sus errores. Es la vieja historia de privatizar los beneficios y nacionalizar las pérdidas.

—Al final tuvieron que recurrir al Fondo Monetario Internacional.

—Ahora entendemos cómo va… En Latinoamérica se quieren librar de él y en Islandia les damos la bienvenida. ¡Ja!

—Después de la gran crisis, el pueblo islandés está cabreado porque los políticos dieron respaldo a los

financieros, pero estos dicen ahora que ignoraban sus movimientos. ¿Es creíble?

—Los políticos manipulan con el lenguaje. Con el neoliberalismo han creado un nuevo lenguaje que utilizan para mantener la ilusión. ¡Esto es precisamente lo que tiene que hacer un escritor: denunciar esta manipulación del lenguaje!

—Islandia era el país más feliz, según las encuestas,… y de repente llegó la recesión.

—Si retrocedemos a la generación de mis padres, cuando Islandia era un país de granjeros y pescadores, los políticos y los sindicatos luchaban para crear el estado del bienestar. Sucedió en todos los países nórdicos. Fuimos progresando con el tiempo, pero con el neoliberalismo lo privatizan todo y va a parar a manos de sus amigos financieros. ¡Y tenemos que volver a arrebatárselo! El estado del bienestar es algo muy importante.

—Pero usted sabe que no será fácil.

—No, ya. Dicen que es un capitalismo de casino, pero lo triste es que juegan con el dinero de la gente. Es la ideología del mercado financiero. Al principio, Mitterrand estaba en contra, pero al final el poder de las finanzas se ha hecho con el poder del mundo. Es fácil verlo en Islandia, un país pequeño, casi transparente, pero no es distinto lo que ha pasado en otros países. Dicen que nos ha ocurrido por culpa de unos políticos estúpidos… ¡y no es así!

—¿No lo es?

—Todas estas regulaciones vienen de la City de Londres, que quería competir con Wall Street. Pedían esa libertad. En Islandia, la Cámara de Comercio era la que tomó el poder, como la City. Aquí, en el Parlamento islandés les hacían las leyes a medida. Eran cómplices de los financieros.

—¿Está hablando de corrupción?

—Hemos visto escándalos clamorosos. Antes la gente creía que eran honestos. Parece una ficción leer ahora que los bancos pagaban a los políticos y obtenían a cambio lo que querían.

—Usted ha estado en México. ¿Qué aprendió allí?

—Estuve en Ciudad Juárez y me contaron historias escalofriantes de traficantes de drogas. Era terrible, pero en el fondo vi que aquí teníamos el mismo sistema. Los jefes narcos, para ser aceptados por la sociedad, limpiaban su dinero construyendo escuelas, universidades… Aquí, en Islandia, los grandes bancos hacían lo mismo. Ayudaban al deporte, a las orquestas sinfónicas… Hacían que la gente dependiera de ellos.

—¿Cree que son criminales?

—Depende de cómo defina la palabra criminal. Después de la Revolución francesa, el pueblo quería la ley para reflejar el sentido de la justicia, pero hoy la ley es para mantener el sistema. Según el sistema, no son criminales, pero si pensamos en términos de justicia y moralidad, sí lo son. Para mí, los que son responsables tienen que pagar. La gente no tiene que pagar su deuda. Ahora, cuando el gobierno da dinero a los bancos, nos lo quita a nosotros, a la gente.

—Hay una comisión de investigación en marcha.

—En efecto, y creo que es honesta. Pero esta es sólo una pequeña parte del problema. La mayor parte de los crímenes ha sido legal. Construían una maraña de empresas que iban vaciando, provocando bancarrotas, pidiendo créditos… Esto es lo que hicieron los barones financieros de Islandia. Pedían grandes créditos y quebraban la compañía, pero antes ya habían pasado el dinero a otra. Así se iba el dinero. Piensa que con este sistema se crearon cien o doscientas compañías de este tipo en Islandia.

—El aspecto positivo es que el pueblo ha reaccionado indignado. Salió a la calle a manifestarse.

—Hubo grandes manifestaciones, sí. El pueblo quería que se marchara tanto el Gobierno como los financieros. Lo hicieron, y nada ha cambiado, pero ahora sabemos que podemos hacerlo. Los de izquierdas que vinieron después de las manifestaciones cerraron las puertas al pueblo y dijeron: no nos molestéis.

—¿Y qué significa en este contexto el triunfo de un actor como Jón Gnarr? ¿Es una reacción contra los partidos tradicionales?

—Demuestra que el sistema político está en crisis. No los entendemos. Ahora hay algo nuevo que refleja la protesta, pero al mismo tiempo no tienen nada que decir. Refleja la crisis de alternativas.

—Hace tan solo unos años, una encuesta indicaba que los islandeses eran la gente más feliz de la tierra.

—La crisis no tiene nada que ver con la felicidad. La gente pobre puede ser feliz. Era una manera de engañarnos. Nos decíamos constantemente que éramos un país feliz, pero… Hay un término medio entre el complejo de inferioridad y la megalomanía. Que se lo digan a los nazis… Pasa lo mismo en España con la crisis de la construcción. Nos ponen en la Clase Superior cuando los bancos tienen dinero, y cuando no, nos tiran a la basura. Creo que la gente de todo el mundo piensa que nos han engañado… Pero mi felicidad no ha cambiado. Es más, probablemente la gente es más feliz ahora. Antes nadie osaba hablar en voz alta, y ahora sí. Quizás por eso he escrito ahora el libro, porque nadie puede parar a un poeta.

—Es evidente que hay una crisis de partidos. ¿También de ideología?

—La gente piensa que los miembros del Mejor Partido, como Jón Gnarr, son honestos y les escucharán, pero cuando hablamos de alternativas, tenemos que aceptar que está todo muy confuso en todo el mundo. No es como en 1968, cuando había una solidaridad internacional que podía acabar con la guerra del Vietnam. Hoy el poder imperial parece que puede hacer lo que quiera.

—¿Habrá reacción?

—Pienso que la gente pronto se cansará de la situación, aunque no sabemos cómo decir no. No creo que nadie quiera volver al comunismo como era antes. Por lo que veo, los jóvenes van hacia el anarquismo, hacia la música… De jóvenes, nosotros éramos radicales, trotskistas, etcétera, pero pienso que los jóvenes pueden aprender de algunas cosas nuestras. Siempre ha habido una corriente de surrealismo entre los jóvenes. La única manera de sobrevivir es siendo optimista. En este sentido, el Quijote es mi ídolo. Tenemos que creer que protestar sirve de algo. Siempre hay que plantear nuevas preguntas…

—Volviendo al Fondo Monetario Internacional…

—Lo mejor para Islandia es hacer tratos sin el Fondo Monetario. Podemos tener créditos de Noruega, pero el Fondo Monetario es tan poderoso que impone sus condiciones en todos los préstamos.

—Cambiando de tema, he visto que aquí en Islandia tienen muchos niños.

—Necesitamos gente para poblar la isla —rió Einar Már—. Somos pocos. Yo tengo cinco hijos, aunque en mi generación el promedio es de dos. Hay más niños en Islandia que en el resto de Europa. La razón puede ser que la sociedad moderna islandesa es tan nueva que los lazos familiares son muy grandes. Los abuelos se ocupan de los nietos y todos ayudan.

—¿Es eso consecuencia del Estado del bienestar?

—Ayuda, pero… Mira, en la generación de mi madre, la nacida en la década de 1930, las mujeres se quedaban en casa. En mi generación, en cambio, ganaron mucha libertad. Cuando yo era niño, había la calle y la madre. Y las amas de casa estaban mucho en casa, explicando historias. Era como en los libros de García Márquez… Lo peculiar de Islandia es que siempre ha sido una sociedad más igualitaria. Todos se conocen y ricos y pobres pueden vivir en la misma calle. Y el hecho es que no ha habido una cultura específica para cada clase. Esto es importante. Todos lo leen todo. En los 60 llegó la liberación de la mujer y todo ha ido cambiando.

—Ahora hay muchas mujeres en puestos clave del poder.

—En Islandia no hay discriminación. En las sagas las mujeres siempre son importantes, aunque allí no tengan una posición relevante. Las mujeres llevaban la casa, decidían. Después siguieron teniendo ese papel las mujeres de los pescadores y de los granjeros.

—¿Y por qué hay tantas madres solteras en Islandia?

—Aquí es normal. Nadie le da importancia. La iglesia nunca ha tenido demasiado poder en Islandia, aunque es difícil generalizar. Por ejemplo, mi hija tiene tres niños y el primero vino a los 20 años, cuando era estudiante. En este campo, los islandeses quizás están preparados para lo inesperado. Yo estudié en Copenhague cuando ya tenía dos hijos. Tuve uno en 1983 y otro en 1984. Entre los estudiantes daneses era poco habitual, pero aquí no nos da miedo tener hijos muy pronto.

—¿Usted siempre quiso ser escritor?

—Desde el momento en que empecé a escribir en serio, cuando tenía 21 o 22 años, supe exactamente todo lo que quería hacer. Mi destino era ser escritor. No quería ser profesor o académico. Quería escribir novelas y poesía.

—¿Influye de algún modo escribir en un país de sólo 320.000 habitantes?

—Es muy importante tener los libros traducidos, pero la gran base de todos los escritores son los lectores de su país. El mercado del libro de Islandia es relativamente grande, aunque no lo parezca. Hay libros que venden 10.000 copias o más. Aquí la gente lee mucho. Algunos venden 1.000 y otros 5.000. El Estado, además, te ayuda. Obtiene mucho dinero del IVA de los libros y reparte una parte. Puedes tener un salario para escribir un libro durante un máximo de tres años. Además tienes las traducciones, las subvenciones, las conferencias en escuelas, las colaboraciones en prensa… Todo ayuda.

—¿Afecta el clima, el hecho de tener mitad invierno y mitad verano, mitad sol de medianoche y mitad oscuridad?

—Es como los volcanes. Los islandeses ni los vemos. Están allá pero no nos preocupan. Fuera, todos nos preguntan por los volcanes y si tenemos miedo. Y la verdad es que ni lo hemos pensado. Adoptas una actitud estoica. Yo escribo tanto en verano como en invierno. Me gusta el sol en verano y me gusta la oscuridad del invierno.

—Escribe en *El libro blanco* que en invierno, las auroras boreales son como el yoga de los nórdicos.

—Es cierto. Son bellísimas y relajantes. Vale la pena pasar un invierno de oscuridad para ver una buena aurora boreal.

—Los islandeses viajan mucho, pero siempre regresan a la isla. ¿Por qué?

—Es como en los viejos tiempos. Tiene que ver con una palabra islandesa que significa tanto «quedarse en casa» como «estúpido». Tienes que marchar para volver con más experiencia. Es como los héroes de las sagas. Islandia está aislada, pero siempre de jóvenes leemos poesía extranjera. Yo mismo leía a Lorca, a Rimbaud, etc. Islandia era para mí

un buen lugar para saber cosas sobre el mundo. Te vas, pero cuando regresas ves que lo que buscabas lejos ya lo tenías aquí cerca y no lo veías. Tienes que marcharte para ver lo que tienes en casa. Es así.

28. La Señora Presidenta

Vigdis Finnbogadóttir, la que fuera presidenta de Islandia entre los años 1980 y 1996, la mujer más respetada del país, me abrió la puerta de su casa de la calle Aragata, en el barrio universitario de Reykiavik, con una amplia sonrisa. No se veía en la casa ni vigilancia, ni arcos detectores de metales ni guardias de seguridad. Todo el mundo sabía donde vivía la ex presidenta, pero nadie se preocupaba por su seguridad. Al fin y al cabo, Islandia es un país tranquilo en el que ni hay ejército ni la policía lleva armas de fuego, y en el que raramente pasa nada.

Tras sentarnos en un salón espacioso, con un gran ventanal abierto a la luz y al paisaje, y unos cuantos cuadros de tema islandés, de alegres colores, en las paredes, me invitó a empezar la entrevista. Lo hice recordando que Islandia era de los países más pobres a principios del siglo XX; sin embargo, hacía sólo unos años era de los más ricos y en el otoño de 2008 llegó el gran golpe de la recesión.

—El país ha cambiado drásticamente, sí —admitió—. Éramos uno de los países más pobres, una isla de granjeros y pescadores. Pero después vino la libertad, y la libertad te da siempre alas.

—¿Se refiere a la independencia, que llegó en 1944?

—Antes, en 1928, vino la soberanía. Entonces firmamos un contrato con los daneses que incluía un párrafo que decía que si en un plazo de 25 años lo decidían ambos países, podría llegar la independencia. Fue muy hermoso como se prepararon los islandeses. Enviaron jóvenes al extranjero para estudiar técnica y para crear buenas escuelas, se interesaron en cómo aprovechar el agua caliente del subsuelo…

—Pero la Segunda Guerra Mundial abrió un paréntesis.

—La Segunda Guerra Mundial trajo trabajo a Islandia, ya que vinieron aquí los soldados ingleses y estos necesitaban gente. Al final la pobreza se acabó. Después vino la generación de mis padres, la del cambio de siglo, que fue la que preparó la nueva sociedad. Y después, la que hizo que Islandia se enriqueciera.

—Pero tras la riqueza vino el *crash* de 2008.

—Es triste, porque con la generación del dinero, que era muy egoísta, hubo mucha deshonestidad. Y no lo hemos sabido hasta ahora… Este informe de cómo fue posible la mala dirección en los bancos es terrible. Y la pena es que las autoridades no fueron lo suficientemente fuertes como para pararles los pies.

—¿Y en qué momento se encuentra ahora mismo Islandia?

—Ahora estamos en un cruce de caminos, en un momento de cambio. Tenemos que cambiar nuestra actitud ante la vida y cultivar la disciplina. La autodisciplina ha sido demasiado débil en los últimos años. Pero no sólo aquí, sino en todo el mundo. Todos lo querían todo para ellos, y esto es más conspicuo en los países donde teníamos un Estado del Bienestar. Los que piensan sólo en ellos y no en los otros no nos llevan a ninguna parte. No puede ser satisfactorio a la larga. Tenemos que tener más autodisciplina, más

autorrespeto. Si tenemos más autorrespeto, respetaremos a los otros. Nos dignificará.

En aquel momentó sonó el timbre de la puerta y la señora presidenta se levantó a abrir. Regresó con una sonrisa y una explicación:

—Eran los de la Asociación de Prevención del Alcoholismo, que venían a cobrar la cuota. Es lo que decíamos: falta autodisciplina también en el tema del alcohol, de las drogas... También el jugar con los ordenadores se está convirtiendo en una especie de droga para los niños. Es como un casino. Me preocupa mucho eso de los jóvenes. Es puro escapismo. Antes disfrutábamos de la vida de una manera más amplia.

—¿Me está diciendo que no ve con buenos ojos el futuro?

—No, no. Yo soy optimista sobre el futuro del país, básicamente porque si eres pesimista no eres capaz de cambiar nada... Seguro que nos recuperaremos partiendo del autoanálisis, que es una de las llaves para coger fuerza de cara al futuro. Mucha gente falló en Islandia y contagió a la sociedad. Fue una pena. La gente decía: «Si el vecino compra esto, ¿por qué yo no?». Hoy los niños son los damnificados. ¿Qué pasa con los niños? Mi hija tiene tres hijas. Ella dice que la gente trabaja tanto que deja a los niños ante el ordenador. A los niños no se les enseña a ser responsables.

—Hace unos años decían que en Islandia vivía la gente más feliz del mundo. ¿Cree que sigue siendo así?

—Era sólo una encuesta de un periódico. Decían que éramos los más felices... pero yo nunca me lo creí. Es una cuestión psicológica. Fíjate en los viejos islandeses de las sagas. Ellos nunca se quejan. Si le preguntas a un islandés si es feliz te dirá: «Sí, claro». Si se lo preguntas a un francés, en cambio, se quejará de que esto no va bien, de que la vida

es cara, de que… Aquí nunca se admitirá que no somos felices. Es el carácter nacional. Pero somos tan felices como en cualquier otro país.

—Sin embargo, hace sólo dos años Islandia eran un país rico y ahora…

—Nos tenían engañados. Era un espejo que no reflejaba la realidad. Construyeron una torre de Babel que no tenía nada que ver con la realidad. Ellos se lo decían y se creían que eran los mejores. Sus yates flotaban en un mar de champán.

—¿Qué recuerdos tiene de cuando fue presidenta, entre los años 1980 y 1996?

—Fueron unos buenos años, fui afortunada, pero le diré la verdad: me lo pasé mejor antes, cuando era directora de teatro.

Vigdis Finnbogadóttir tenía una carrera poco habitual para alguien que se dedicó a la política. Nacida en Reykiavik en 1930, hija de un ingeniero que era profesor en la Universidad de Islandia y de una enfermera, estudió francés y literatura francesa en la Universidad de Grenoble y en la Sorbona, en París, entre 1949 y 1953. Después estudió Historia del Teatro en la Universidad de Copenhague y se graduó en inglés y francés por la Universidad de Islandia. Con esta preparación académica, muy orientada hacia las letras, no es sorprendente que entre 1954 y 1957, y entre 1961 y 1964, formara parte de la Compañía de Teatro de Reykiavik. Durante los veranos trabajaba como guía turística y fue también profesora de francés. El teatro, sin embargo, era lo que más le interesaba. Entre 1972 y 1980 fue directora artística del Teatro de Reykiavik y entre 1976 y 1980 fue miembro del Consejo Asesor de Asuntos Culturales de los países nórdicos. En 1980, sorprendentemente, se

convirtió en la primera mujer del mundo que era elegida democráticamente presidenta de un país.

—Ser presidente comporta muchas obligaciones —me comentó como si añorara aquellos tiempos—. Aquí se hace un arte muy bueno, tanto en teatro, como en pintura o en escritura. Yo disfrutaba con el teatro. Ahora la lengua islandesa está herida por la americanización, pero yo sé que se salvará porque lo que salva a la lengua es tener a buenos escritores, y aquí, aunque sólo seamos 320.000, los tenemos.

—Entre otros tuvieron a Halldór Laxness, un premio Nobel.

—Fuimos buenos amigos, y dirigí algunas de sus obras. Sus personajes son siempre muy fuertes. En su novela *Campana de Islandia* describe la lucha por la libertad, cómo llega a ser importante la libertad. Por cierto, ahora pregunto yo: ¿Ha visto la recesión en las calles de Reykjavik?

—Pues no, se sigue viendo una sociedad con un buen nivel de vida.

—Hace poco vino una televisión japonesa y pensaba filmar pobres durmiendo en la calle, y no encontraron nada de eso. ¿Sabe por qué? Pues porque aquí la gente no lo expresa, aunque por primera vez en muchos años hay unas cifras de paro importantes.

—En Islandia llaman la atención las muchas mujeres que ocupan cargos importantes, empezando por usted, que fue la primera jefe de estado del mundo.

—Las mujeres han sido importantes a lo largo de la historia de Islandia, pero oficialmente sólo lo eran los hombres. En un país pesquero las mujeres siempre son importantes, ya que son las que se ocupan de todo lo de la casa mientras los hombres se hacen a la mar. Por eso los marineros las valoran mucho. Yo no estaba metida en

política, sino en cultura. Fueron los marineros los que me animaron y aplaudieron. Yo no me lo inventé. ¿Recuerda lo que pasó el 24 de octubre de 1975?

—Pues no.

—Fue el día que la ONU declaró que el mundo tenía que tener un Día de la Mujer. Las mujeres de aquí no estaban satisfechas de que sólo fueran los hombres los que dirigieran el país. Por eso decidieron tomarse un día libre, el Día de la Mujer. Dejaron de trabajar por la tarde y se reunieron en la calle. Era un día precioso, soleado, y al parar las mujeres las fábricas tuvieron que parar, y las factorías de pescado... Todo cerró y se vio que el papel de la mujer era importante, ya que era un pilar de la sociedad. La noticia se dio en todo el mundo como una huelga de mujeres en Islandia, pero no fue exactamente una huelga.

—¿Usted también paró?

—Yo también paré, claro. Entonces estaba en el Teatro de Reykiavik.

—Ahora hay más mujeres en el Gobierno.

—Lo que pasó después de aquel día fue que los inteligentes vieron que no podía haber elecciones sin una mujer candidata. Un día vi mi nombre en un papel, sin esperármelo. Vi que si aceptaba podía ayudar a mi país y puse lo mejor de mi parte. Los candidatos éramos tres caballeros y yo. Para mi sorpresa, gané. Se necesitaba mucha valentía. Podía haber sido un gran fracaso y de hecho yo me conformaba con quedar segunda, pero... Con eso se aceptó que las mujeres tuvieran un papel destacado en Islandia. Antes las mujeres ocupaban el lugar 6 o 7 en la lista, para empujar a los hombres. Fue bueno para el país, ya que se demostró que era posible.

—¿Qué recuerda de cuándo era presidenta?

—Yo fui elegida por la gente y siempre pensé que tenemos que volver a los valores de siempre. El mundo hoy es extraño. Parece que el ser humano no quiere aceptar la paz y siempre hay conflictos. Y, sin embargo, a la gente le gusta vivir en paz, plantar árboles, ver crecer a sus hijos… Cuando era presidenta, yo hablaba de mantener la identidad y las lenguas de Europa. Y todavía lo hago. Los valores no están en el dinero, sino en la identidad. Son más para la mente que para el cuerpo. El dinero y los jets privados eran sólo juguetes en manos de algunos ricos…

—En la crisis financiera sólo han salido nombres de hombres, no de mujeres.

—Pienso que nunca habría pasado lo que pasó si hubiera habido más mujeres llevando el barco. Los que jugaban con el dinero de todos como si estuvieran en el casino eran todo hombres, y además tenían los bancos. La privatización fue mal, el neocapitalismo no ha sido bueno. Era *«eco me nihi mi»*, lo digo en latín. Todo va sobre mí.

—Algo que también diferencia a Islandia es que las madres solteras son siempre bien aceptadas.

—En una sociedad pequeña como esta, la gente lo acepta. No es una catástrofe como sucede en algunos países católicos.

—Usted llegó a presidenta estando divorciada, y adoptó una niña sin estar casada, ¿verdad?

—Y nunca lo he lamentado. Tener a mi hija fue la felicidad de mi vida. Ella ha tenido tres hijas. Ya ve, colecciono mujeres. En el futuro mis nietas serán mujeres fuertes que ayudarán a este país.

—En sus años jóvenes, en 1949, consta que usted se manifestó contra la base norteamericana.

—Siempre he sido pacifista. No me gustaba que hubiera tropas extranjeras en Islandia. Teníamos que decir que no lo

aceptábamos. Los intelectuales estábamos en contra. No éramos comunistas, pero nos preocupaba la identidad islandesa. Una presencia militar extranjera siempre es muy delicada. Era una cuestión de orgullo.

Recordando que Vigdis Finnbogadóttir había sido guía turística en su juventud, decidí preguntarle por las bellezas de Islandia, por la naturaleza de aquel país volcánico que cada vez atraía más turistas.

—Yo era guía turística, sí, porque siempre me han fascinado los paisajes y la historia del país —apuntó—. Fundé la Escuela de Guías Turísticos para que tuviéramos unos guías bien preparados. No basta con decir mirad esto, mirad aquello, un buen guía tiene que explicar el pasado del país. Las novelas sudamericanas, por cierto, siempre empiezan con el pasado, con referencias a los abuelos o antepasados. García Márquez, Isabel Allende…

—¿Por qué cree que vienen tantos turistas a Islandia?

—Hacer turismo en Islandia es muy interesante por el paisaje. Es único, no hay otro igual en ningún lugar del mundo. Islandia es como una roca que se levanta entre América y Europa, justo donde chocan las placas continentales. Un país muy interesante, sin duda, y no sólo desde el punto de vista geológico.

—¿Cuál es su paisaje favorito de Islandia?

—Me gusta allá donde estoy: Thingvellir, los fiordos del oeste, los alrededores de Akureyri, el lago Myvatn… Desde fuera, Islandia se ve muy pequeña, como un punto en el Atlántico, pero es más grande que Irlanda y los volcanes no son un peligro, ya que sólo afectan a una parte del país. El problema fueron las cenizas y los vuelos anulados. Cuando la madre naturaleza se enfada, no podemos hacer nada. Cuando la madre naturaleza tose, no podemos… Todo ha sido más bien raro. Quizás la naturaleza no está satisfecha

con nosotros. En los últimos tiempos ha habido volcanes, terremotos… Aquí, en Islandia, la gente está muy próxima a la naturaleza.

—Cambiando de tema, ¿cómo vivió la erupción del Eyjafiallajökull?

—Aquí me siento orgullosa de mis compatriotas, que se apresuraron a ayudar a los granjeros afectados por la ceniza del volcán. La unidad es admirable. Aquí, para combatir el paro, las familias ayudan mucho. En esta nación hay unidad. A la gente le preocupa la vida de los otros. Somos un país pequeño y el prójimo queda siempre muy cerca.

—Se dice que Islandia es un buen laboratorio para ver lo que pasa en el mundo, ya que, al ser un país pequeño, todo pasa unos años antes. ¿Está de acuerdo?

—Pienso que Islandia puede ser un ejemplo de cómo abrirse a las otras culturas.

—¿Qué papel juegan las sagas en la historia de Islandia?

—Nuestra historia está en el paisaje, no en los edificios. Nuestro arte es el lenguaje, porque el lenguaje es libre. No tenemos monumentos como en España, pero el lenguaje es nuestro tesoro. Las sagas son nuestros castillos. Y el lenguaje, aunque sólo lo hablen 320.000 personas, es nuestro sentimiento.

—Borges decía que Islandia era «la isla secreta».

—Sé que Borges admiraba mucho Islandia. A él no lo conocí, pero sí a su viuda, María Kodama. En su lápida, en Suiza, hay una frase de las eddas o de las sagas.

—¿A qué se dedica ahora?

—La verdad es que tengo poco tiempo para mí misma. No tengo tiempo para hacer media, calceta o bordados. Estoy muy ocupada en la Unesco, en el Instituto de las Lenguas. Yo planeaba un Instituto de Lenguas Extranjeras. Me dedico a mis nietas. Viajo mucho.

—¿Qué recuerdos tiene de España?

—Soy del Club de Madrid para promover la democracia. Trabajo mucho con ellos, y viajo a menudo a Barcelona por la cuestión de las lenguas. Estoy en el Comité de la Paz de la Unesco. Hace poco estuve en una reunión de acercamiento de las culturas. A veces alguien utiliza las lenguas para crear conflictos, cuando están hechas para entendernos.

—En estos momentos en que la recesión crece en todo el mundo, ¿piensa que Islandia es un laboratorio a escala de lo que sucederá?

—Hay una teoría sobre esto. Quizás deberíamos de crear un centro aquí de cómo salir de la crisis. Se puede aprender mucho de la crisis de Islandia. No pienses nunca que lo que ha pasado no te concierne. Todo te concierne.

—¿Le han pedido consejo los políticos tras la recesión?

—Me pidieron que hablara para salvar el buen nombre de Islandia. Y me gusta hacerlo, porque los que crearon la recesión eran unos pocos, pero crearon una mala imagen del país que no se corresponde con la realidad.

Epílogo
NUEVA ISLANDIA

Sucedió durante un viaje a Canadá, un frío mes de noviembre. Había ido hasta allí para escribir un reportaje sobre los osos polares que se concentran cada otoño en los alrededores de Churchill, en el estado de Manitoba. Los osos acuden por centenares, siguiendo las ancestrales rutas migratorias, y esperan pacientemente a que se congele la bahía de Hudson para así poder entrar a cazar focas en el hielo. Cuando las detectan, se yerguen sobre las patas traseras, cogen impulso y se lanzan con fuerza con las delanteras para romper el hielo y matar a la foca de un zarpazo. Puede ser una escena cruel o un acto de supervivencia, depende de cómo se mire.

Fue aquel un viaje emocionante en el que tuve que soportar las rachas heladas del inmisericorde viento del norte y temperaturas de hasta 28 grados bajo cero. Los osos, por suerte, llegaron puntuales a la cita y se dejaron ver cerca de la costa en lo que fue una experiencia inolvidable; los vi caminando como sombras heladas entre los árboles del bosque, tumbados en la nieve, blanco sobre blanco, retozando, luchando, cuidando a sus retoños e incluso hurgando en los cubos de basura de Churchill en busca de un sustento que escaseaba mientras no se congelaba la bahía.

Pero lo mejor de los viajes es que, aparte de proponerte el conocimiento de otros mundos, a veces te ofrecen regalos inesperados, y sería pretencioso renunciar a ellos. Escribió Chesterton que «el viajero ve lo que ve; el turista, lo que ha ido a ver». Ante esta disyuntiva, conviene pertrecharse de la mirada del viajero y no conformarse con ver lo que ya sabíamos que veríamos antes de la partida; hay que dejarse seducir por el factor sorpresa y lanzarse a recorrer caminos que en un principio no teníamos previstos. Es allí donde radica la emoción y la esencia del viaje.

Fue en un bar de Churchill, el Gypsy's, donde conocí a Kelsey Elliasson, un guía desdoblado en editor de un diario local que tenía la curiosa particularidad de publicarse sólo «ocasionalmente». Kelsey, que vivía en una cabaña en medio del bosque, me contó anécdotas de sus encuentros con osos polares y se lamentó de cómo había evolucionado la población de Churchill en los últimos años. «Vine a vivir aquí porque me atrae la naturaleza, pero esto se parece cada vez más a Disneylandia», me dijo con la mirada triste. Durante largo rato estuvimos hablando de osos polares y de la posibilidad de la aventura en pleno siglo XXI. Fue una agradable conversación en la que descubrí que Kelsey tenía antepasados islandeses. «En el verano de 2007 viajé allí por primera vez», me contó, «y me sorprendió ver un nivel de vida tan alto. Cuando preguntaba de dónde salía tanto dinero, nadie sabía qué contestarme. Creo que ahora, después de la crisis, ya conozco la respuesta».

Fue Kelsey Elliasson quien me informó de que en el sur del estado de Manitoba, a orillas del lago Winnipeg, había una colonia conocida como Nueva Islandia. En cuanto escuché aquel nombre, supe que tenía que ir allí… Al cabo de unos días viajé hasta Thompson en un tren de una lentitud exasperante que avanzaba como un fantasma por el

paisaje helado; una vez allí, alquilé un coche para ir todavía más al sur. Estuve conduciendo entre inacabables bosques de abetos, lagos helados, ríos impetuosos y poblaciones de aspecto fantasmal, hasta que al llegar a The Pas, una población de pioneros que se vanagloria de su pasado trampero, me desvié hacia el este, hacia Nueva Islandia.

Tanto los campos como la carretera estaban cubiertos de nieve, pero a medida que iba descendiendo hacia el sur las curvas del paisaje se iban suavizando hasta desembocar en un conjunto de apacibles pueblos de aspecto y nombre nórdicos, como Eriksdale o Arrborg, con casas de madera que parecían escapadas de Suecia, Noruega o Islandia. Un anuncio de un concesionario de coches que llevaba el nombre de Viking Motors, con un gran vikingo dibujado en la fachada, me hizo caer en la cuenta de que ya había llegado a Nueva Islandia. Poco después cruzaba el Icelandic River, un nombre que no dejaba lugar a dudas.

El final del día coincidió con mi llegada a Riverton, un pueblo situado a orillas del lago Winnipeg. Me instalé en un motel cochambroso en el centro y, en vista de que ya era oscuro, había nieve por todas partes y el frío arreciaba, cené un plato rápido en el restaurante chino del motel y me encerré en la habitación para repasar mis datos sobre Nueva Islandia.

Fue a partir de 1860 cuando un 20% de los islandeses, empujados por el hambre y por la destrucción de las tierras fértiles por culpa de las erupciones volcánicas, decidió emigrar a Estados Unidos en busca de una vida mejor. Su primer destino fue Brasil, pero pronto lo cambiaron por Estados Unidos, probablemente porque tenía un clima más parecido al suyo. Fueron muchos los que emigraron al estado de Milwaukee, entre ellos Sigtryggur Jonasson, que

años después se convertiría en el primer islandés que emigraría a Canadá.

En 1873, un total de 115 islandeses se unieron a Jonasson, que se había establecido en el distrito de Ontario. Desde aquel asentamiento, muchos decidieron seguir a un misionero escocés, de nombre John Taylor, que se fue en busca de mejores tierras hacia el estado de Manitoba. Taylor, Sigtryggur Jonasson y otro islandés llamado Einar Jonasson encontraron lo que buscaban en la orilla oeste del lago Winnipeg, muy cerca del White Mud River, que rebautizaron como Icelandic River. Allí delimitaron un área de 58 kilómetros de largo que llegaba hasta la llamada Big Island, a la que decidieron dar el nombre islandés de Hecla. A este nuevo territorio, que los colonos ocuparon a partir de 1875, lo llamaron Nueva Islandia.

En el verano de 1876 llegaron a Nueva Islandia otros 1.200 islandeses, que huían de la erupción del volcán Askja, que arrasó 6.500 kilómetros cuadrados de tierras. No les esperaba una vida fácil, ya que tuvieron que luchar contra una naturaleza desbordante y varias epidemias, pero su espíritu vikingo y la lectura de la Biblia y de las sagas mantuvieron su esperanza. Aprendieron a labrar la tierra y a pescar en las aguas del lago, y en 1877 se trazó un primer borrador de Constitución. En 1878 se celebraron las primeras elecciones en Nueva Islandia, una región que en 1887 se incorporó al estado de Manitoba. Para entonces, una nueva oleada migratoria de ucranianos y polacos ya había empezado a diluir el carácter islandés de Nueva Islandia.

A la mañana siguiente, cuando fui a dar una vuelta por los alrededores del motel, comprobé que justo enfrente había un parque dedicado a la memoria de los pioneros islandeses. El azar —o los dioses vikingos, o quizás los elfos— me había

llevado hasta allí. Leyendo las placas de los monolitos descubrí que Riverton había sido bautizado por los primeros colonos como Lundi, nombre islandés que significa frailecillo, y que uno de los monumentos estaba dedicado precisamente a la memoria del capitán Sigtryggur Jonasson (1852-1942), «padre de la Nueva Islandia», fundador del primer diario islandés de América del Norte y miembro de la primera legislatura de Manitoba en 1896. Otro monolito indicaba que el diario en cuestión se llamaba *Framfari* (Progreso) y que se elaboró allí mismo, «en un cobertizo de madera al este del Icelandic River», desde el 10 de septiembre de 1877 hasta el 24 de junio de 1880. Un tercer monumento del parque estaba dedicado a la memoria del poeta Guttormur J. Guttormsson (1878-1966), nacido en una granja cerca de Riverton. En él podía leerse, en islandés y en inglés, uno de sus poemas. Traducido al castellano dice así:

> El alma humana
> no es ni alba ni noche,
> no tiene ni principio ni fin.
> Es eterna, ilimitada,
> como el espacio.
> No es ni culpable ni inocente.
> Es, en sí misma, Dios.

Animado por este inesperado reencuentro con la historia de los islandeses emigrados a Canadá, subí al coche y me dirigí hacia el norte, hasta la isla de Hecla. Tras cruzar el puente que la une con tierra firne, me desvié hacia Heclastaddir, el pueblo islandés de la isla. Lucía un sol espléndido, pero el frío era intenso, de varios grados bajo cero, y el lago empezaba a congelarse. No había nadie en la isla, ni un

alma; lo único que pude ver fueron casas de madera muy cuidadas que recordaban las de Islandia, un pequeño puerto y los edificios comunitarios de la iglesia, del ayuntamiento y de la escuela, fundada en 1890 y reconstruida en 1922. En varias de las casas ondeaba la bandera de Islandia y en una de ellas había un gran casco vikingo en el jardín.

Todo estaba cerrado en Hecla, sin duda un buen destino en verano, pero no en otoño. Incluso la gasolinera, la Guesta Hús (Casa de huéspedes) y una tienda de regalos estaban cerradas a cal y canto, asediadas por la nieve y el hielo. Me entretuve leyendo las lápidas del cementerio: Tomasson, Helgason, Jornsson… Casi todos los nombres eran islandeses. En un monolito erigido con ocasión del centenario de Hecla, un texto daba las gracias al «esfuerzo y perseverancia» de los pioneros islandeses que en 1876 se instalaron en aquella isla.

Me hubiera gustado hablar con alguien sobre los orígenes islandeses, pero Hecla estaba totalmente desierta. Según supe después, la isla se había convertido con el tiempo en un agradable lugar de veraneo al que acudían los turistas para ver un rincón de Islandia trasladado a Canadá. En invierno, sin embargo, el frío y la desolación se apoderaban de ella.

Leí el cartel en islandés cuando abandoné la isla, *Komid aftur*: vuelve, y me dirigí hacia el sur, hacia Gimli, la población que pasa por ser la capital de la Nueva Islandia. Gimli significa «el lugar de los dioses» y tenía una gran estatua de un vikingo en el centro, muy cerca del lago, y un Viking Motel a la salida, junto a la carretera. Todo muy nórdico, muy islandés. Me instalé en el Viking Motel, que tenía un gran barco vikingo pintado en la fachada y una foto de Magnus Magnusson, uno de los dos islandeses

proclamados Hombre Más Fuerte del Mundo, junto al mostrador de recepción.

—Supongo que tus antepasados debían de ser islandeses —le dije al recepcionista, un joven alto, fuerte y rubio.

—Yo nací aquí, pero mis padres son rusos.

—¿Y el nombre de Viking Motel?

—Gimli es un pueblo islandés —se encogió de hombros, como si fuera tan sólo una etiqueta comercial—. En verano vienen muchos turistas. Incluso hay un festival vikingo en agosto.

Estaba claro que había llegado fuera de temporada. Por lo visto, en verano venían multitudes, atraídas por la Nueva Islandia y también porque Gimli era el nombre del representante de los enanos en *El señor de los anillos*.

Cuando salí a pasear por el pueblo —con anorak, guantes y gorro—, no tuve mucha más suerte: el propietario del pub era de origen irlandés, el muchacho que atendía en la tienda alternativa, húngaro, y la chica del Fish and Chips ni lo sabía ni le importaba.

Tuve que ir al New Iceland Heritage Museum para reencontrarme con Islandia. Allí, en el interior de un edificio de líneas modernas, había un gran mapa de Nueva Islandia, unos cuantos objetos que habían traído los primeros inmigrantes, un ejemplar del diario *Framfari*, una reconstrucción de las primeras casas, unos cuantos poemas cargados de nostalgia, estatuillas de dioses vikingos y pegatinas que proclamaban: «*Leif landed first… Ask any Icelander*» (Leif desembarcó primero… pregúntale a cualquier islandés), en referencia al descubrimiento de América por parte de Leif Eriksson hacia el año 1000.

La historiadora Elva Sigmundsson, autora del libro *Icelandic Settlers in America*, me contó allí mismo que

actualmente había unos 26.000 islandeses en todo el estado de Manitoba.

—Es la comunidad más grande fuera de Islandia —precisó— y en este museo mantenemos la memoria de la Nueva Islandia.

—¿Todavía hablan islandés?

—Se habla en casa, pero ya no se enseña en la escuela. Hasta ahora se ha mantenido, pero me temo que la generación actual lo está perdiendo.

—¿Conservan las tradiciones de Islandia?

—Algunas. Hay un festival islandés a primeros de agosto, pero el Thorrablót (la fiesta pagana que celebra el final del invierno) ya sólo se celebra en Aarborg. Por otra parte, también se ha perdido lo de cambiar el apellido de padres a hijos. Yo me llamo Simundsson, pero tendría que llamarme Gudmundsdóttir.

—¿Ha estado alguna vez en Islandia?

—Hace unos veinte años. Es una isla preciosa… pero yo ya me considero canadiense. Toda mi vida he vivido aquí y Gimli es un buen lugar para vivir.

A la salida del museo hojeé un diario antiguo que me había dado Elva, el *Lögberg Heimskringla. The Icelandic Commmunity Newspaper*. Era del 15 de noviembre de 2008 y llevaba un artículo sobre cómo la crisis financiera había asestado un duro golpe a Islandia. Lo más curioso era que la publicidad de la última página era del Landsbanki, uno de los bancos quebrados. Fue entonces cuando recordé lo que me había dicho Kelsey Elliasson unos días antes en Churchill: «La crisis de Islandia es tan fuerte que muchos islandeses igual se plantean ahora emigrar, como en el siglo XIX. Si quieren venir aquí, nosotros encantados. En Manitoba hay sitio de sobras para todos».

Esperemos que no tengan que hacerlo y que Islandia salga de esta, pensé. Y a continuación me reafirmé en la certeza de que tenía que regresar a aquella isla secreta y remota, cuanto antes.



XAVIER MORET ROS. Nacido en Barcelona (España) en 1952, estudió Filología Inglesa y Periodismo en la Universidad Autónoma de Barcelona. De donde más ha aprendido, sin embargo, es de los viajes. Traductor de *Superman* y de *Batman* en su juventud, ha tenido la suerte de poder ganarse la vida combinando tres de las cosas que más le gustan: leer, escribir y viajar. Se inició en el oficio de periodista en los diarios ya difuntos *Catalunya Express* y *El*

Correo Catalán, y durante más de diez años formó parte de la sección de Cultura de *El País*. También ha trabajado en TV3 y en *La Vanguardia*, y a partir del 2006 es reportero de viajes de *El Periódico*, hecho que le supone ir viajando por el mundo escribiendo reportajes. A los 30 años escribió su primera novela, *El americano que amaba a Moby Dick*, y en 1998 publicó su primer libro de viajes, *América, América*. En 2002 ganó el premio Grandes Viajeros con *La isla secreta*, en 2004 el premio 23 d'abril con *Dr. Pearson*, y en 2006 el Sent Soví con *El Bulli desde dentro*.

(*de la web del autor*)

Notas

[1] lo cierto es que en la segunda edición en catalán lo hice; parte del contenido de los capítulos 9, 10, 11, 12, 14 y 15, en un redactado distinto, se puede leer allí. <<